




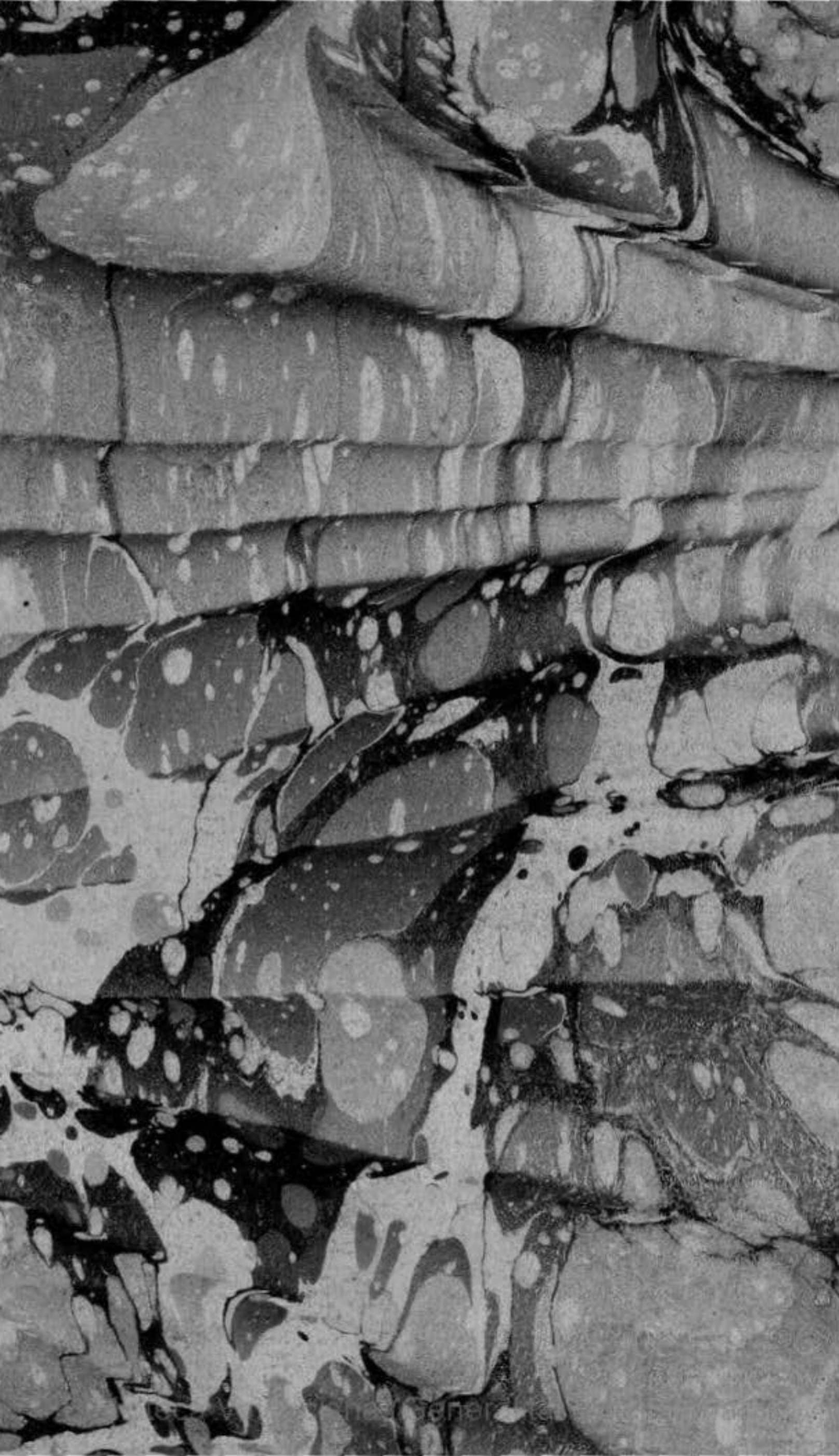
Biblioteca  Valenciana

Barba Azul ó La llave enc



31000000923345

CV/7502





7.000

C. V.  

---

7502



# BARBA AZUL.

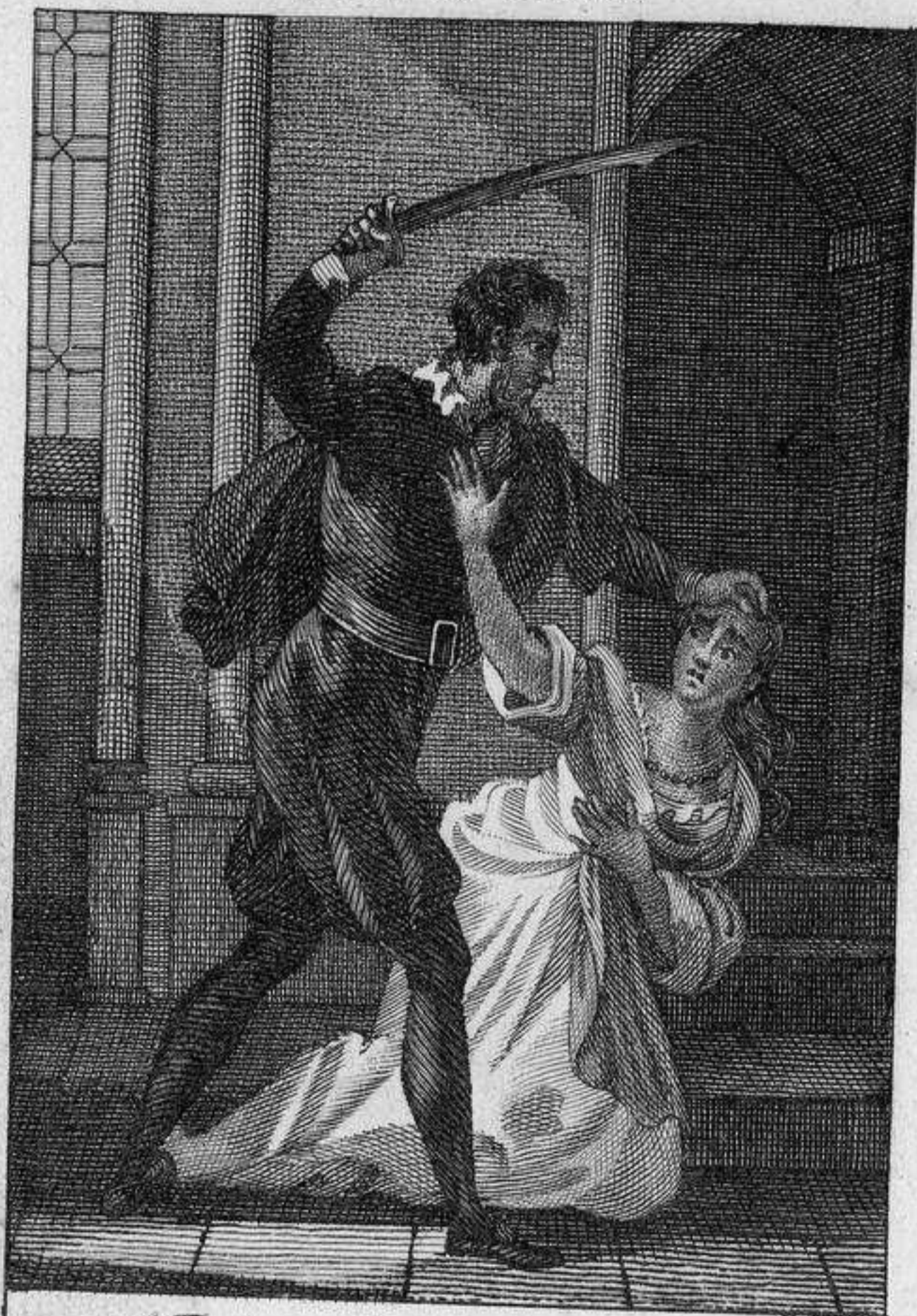
*Esta obrita se hallará venal en las  
librerías siguientes.*

Madrid en la de Calleja.	
Toledo.....	<i>Hernandez.</i>
Alicante.....	<i>Itier.</i>
Cadiz.....	<i>Hortal y Compañía.</i>
Sevilla.....	<i>Viuda de Vazquez.</i>
Córdoba.....	<i>Berard.</i>
Granada.....	<i>Gomez Moreno.</i>
Jaen.....	<i>Carrion.</i>
Málaga.....	<i>Carreras.</i>
Badajoz.....	<i>Passini.</i>
Salamanca..	<i>Blanco.</i>
Coruña.....	<i>Calvete.</i>
Santiago.....	<i>Rey Romero.</i>
Oviedo.....	<i>Longoria.</i>
Burgos.....	<i>Villanueva.</i>
Valladolid..	<i>Roldan.</i>
Zamora.....	<i>Sanchez.</i>
Bilbao.....	<i>García.</i>
Vitoria.....	<i>Barrio.</i>
Orense.....	<i>Pazo.</i>
Santander..	<i>Riesgo.</i>
Pamplona...	<i>Longás.</i>
Zaragoza....	<i>Polo.</i>
Barbastro...	<i>Lafita.</i>
Calatayud...	<i>Larraga.</i>
Barcelona...	<i>Sierra.</i>
Reus.....	<i>Sanchez.</i>
Murcia.....	<i>B-nedito.</i>
Palma.....	<i>Guasp.</i>





*Barba Azul.*



*No hay remedio... morirás*

*Teodoro Blasco la g.ª V.ª*

BARBA AZUL

la Llave Encantada.



COLECCION

*de*

CUENTOS MARAVILLOSOS.



VALENCIA:

Imprenta de CABRERIZO.

1829.

R. 104591

---

*Propiedad de la casa de CABRERIZO.*

---

WWW

IMPRESA DE JOSÉ GIMENO.

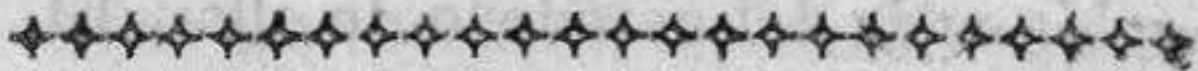
*¡ Miren que frusleria!  
dirá tal vez algun crítico re-  
molon: ¡ venírse nos ahora con  
cuentos de niños! Pero este  
señor Aristarco no habrá te-  
nido nunca el gusto de hablar-  
se rodeado de nietezuelos que  
le pidan un cuento, y á quie-  
nes sería una vaciedad refe-*

rir las hazañas del Caballe-  
ro de la Criste Figura, ó  
las Aventuras del Hijo de  
Ulises; porque á ser así, á  
buen seguro que se habia de  
complacer en hallar reunidas  
en este tomito una porcion de  
consejas maravillosas, que  
han de tener con tanta boca  
abierta á las inocentes cria-  
turas para cuyo entreteni-  
miento se han escrito. ¡Ojalá

que no saliésemos nunca del  
país de los encantos! Solo  
alli fuimos verdaderamente  
felices; y el hombre de buen  
corazon nunca deja de oír con  
tierno interés los senciltos  
cantares con que le arrulla-  
ban en la cuna, y los cuen-  
tos prodigiosos con que le  
entretenia su madre. No ne-  
guemos, pues, á los niños de  
ahora los dulces placeres que

en aquella edad dichosa disfrutamos, que harto presurosa correrá la razon á desvanecer tan gratas ilusiones.





## EL BARBA AZUL.

**H**abia un hombre que tenia magnificas casas en la ciudad y en el campo, bagillas de plata y oro, vestidos bordados, y carrozas muy preciosas; pero este hombre tenia por desgracia la barba azul: lo cual le hacia tan feo y horrible, que su presencia ahuyentaba á todas las mugeres. Una vecina suya, dama distinguida, tenia dos hijas hermosas en estremo. Pidióle este caballero una en matrimonio, dejando á eleccion de la madre la que ella quisiera darle. No le querian las hijas, y se le cedian una á otra por no poder resolverse á tomar un hombre que tenia la barba azul; pero lo que mas les repugnaba era que él se habia casado ya con muchas mugeres, y no

se sabia nada del paradero de ellas. El Barba Azul, para trabar conocimiento, las llevó con su madre, tres ó cuatro de sus mejores amigas, y algunos jóvenes de la vecindad, á una casa de campo, en que permanecieron por espacio de ocho dias seguidos. No se veian mas que paseos, batidas, diversiones de pesca, bailes, festines y refrescos: no se dormia, pasando toda la noche en darse chascos los unos á los otros: fue todo últimamente tan bien, que la menor comenzó á hallar que el amo de casa no tenia ya tan azul la barba, y que era un sugeto muy caballeroso. Quedó concluido el casamiento, luego que estuvieron de vuelta en la ciudad. Al cabo de un mes dijo el Barba Azul á su muger, que estaba precisado á hacer un viage á las provincias por un negocio grave, y durante el espacio de seis semanas á lo menos; que la rogaba que en su au-

sencia tratase de divertirse bien, mandase venir á sus buenas amigas, las llevase al campo si le gustaba, y que tuviese regalada comida en todas partes. Aquí están, le dijo, las llaves de las dos trasteras mayores; las de la bagilla de plata y oro que no sirve todos los dias, las de mis arcas que encierran todos mis tesoros, las de mis cofrecillos en que está mi pedreria, y la llave maestra de todas las habitaciones. Por lo que hace á esta llavecita, es la del gabinete que hay al extremo de la galeria mayor de la habitacion baja: ábrelo todo tú, y ve por todas partes; pero en órden á este gabine-tillo, te prohibo entrar en él, y en tanto grado te lo prohibo, que si te acontece el abrirle, debes temerlo todo de mis iras. Prometió ella que observaria puntualmente cuanto acababa de prescribírsesele; y el marido despues de haberla abrazado, sube al co-

che , y parte para su viage. No aguar-  
daron las vecinas y buenas amigas que  
las enviasen á buscar para ir á casa de  
la recién casada ; porque se hallaban  
sumamente impacientes de ver todas  
las riquezas de su casa ; y no se habian  
atrevido á frecuentarla mientras es-  
taba el marido en ella , á causa de su  
barba azul que les hacia miedo. Ételas  
aqui ya inmediatamente recorriendo  
los cuartos , gabinetes , guardaropas,  
á cual mas vistosos y ricos. Subieron  
despues á las trasteras , en las cuales  
no pudieron acabar de admirarse del  
número y primor de las colgaduras,  
camas , sofás , papeleras , veladores,  
mesas , y espejos en que se veian de  
pies á cabeza , y cuyos remates , los  
unos de cristal , los otros de plata so-  
bredorada , eran los mas hermosos y  
magníficos que jamás se habian visto ;  
y no cesaban de ponderar y envidiar  
la felicidad de su amiga , la que sin

embargo no se divertia con ver todas estas riquezas, á causa de la impaciencia que tenia de ir á abrir el gabinete del cuarto bajo. Dejóse apurar tanto de su curiosidad, que sin atender á que era cosa descortés el dejar á las visitas, bajó por una escalera escusada, y con tanta precipitacion, que estuvo á pique de romperse los cascos por dos ó tres veces. Habiendo llegado á la puerta del gabinete, se detuvo por algun tiempo pensando en la prohibicion que su marido le habia hecho, y considerando que podia sobrevenirle alguna desgracia por haber sido desobediente; pero era tan fuerte la tentacion, que no pudo vencerla: tomó pues la llavecilla, y abrió temblando la puerta del gabinete. No vió nada al principio, á causa de que las ventanas estaban cerradas; y pasados unos instantes comenzó á descubrir que el piso estaba cubierto todo de sangre

cuajada, en que como un espejo se miraban los cuerpos de muchas mugeres muertas colgadas á lo largo de la pared: eran todas las mugeres con quienes se habia casado el Barba Azul, y á las que habia degollado una tras otra. Estuvo esta muger á punto de morir de pavor; y se le cayó de la mano la llave del gabinete que acababa de sacar de la cerradura. Despues de haber vuelto algo en sí, alzó la llave, cerró la puerta otra vez, y se subió á su habitacion para recobrar algo mas sus potencias; pero no podia conseguirlo por hallarse tan estremadamente conmovida. Habiendo notado que estaba manchada de sangre la llave del gabinete, la enjugó por dos ó tres veces; pero no se desprendia la sangre; y por mas que lavó y aun estregó la llave con arena, quedó sangre siempre en ella, porque la llave estaba

encantada , y no habia medio ninguno de limpiarla enteramente ; pues cuando se quitaba la sangre por un lado, volvía á presentarse en otro. El Barba Azul volvió de su viage en la noche misma , y dijo que habia recibido en el camino algunas cartas , en que se le habia comunicado que acababa de concluirse á favor suyo el asunto que habia motivado su partida. Hizo su muger cuanto le fue posible para manifestarle que se hallaba sumamente contenta con su pronto regreso. Pidióle él al siguiente dia las llaves, que ella entregó, pero con tan trémula mano que sin mucha dificultad adivinó el marido cuanto habia pasado. ¿De que proviene , le dijo él , que no está la llave del gabinete con las otras?— No puede menos , dijo la muger , que yo la haya dejado allá arriba sobre mi mesa. — Dámela luego , dijo el Barba Azul. Despues de algunas dilaciones

fue preciso traer la llave. Habiéndola examinado el Barba Azul, dijo á su muger: ¿Por qué hay sangre en esta llave? — No lo sé, respondió la pobre muger mas pálida que la muerte. — ¿No lo sabes? repuso el Barba Azul, yo lo sé bien por mi parte: Has querido entrar en el gabinete. Pues bien, señora; en él entrará usted, é irá á tomar su puesto al lado de las damas que ha visto allí. Se echó ella á los pies de su marido llorando, y pidiéndole perdon con todas las verdaderas señales de hallarse arrepentida de su desobediencia. Ella hubie-  
ra enternecido á una piedra, hermosa y afligida como se hallaba; pero el Barba Azul tenia un corazon mas duro que una piedra. Es preciso morir, señora, le dijo él, y ahora mismo. — Ya que es preciso morir, respondió ella mirándole con los ojos anegados en lágrimas, dame algun lu-



gar para hacer oracion. — Te doy medio cuarto de hora , repuso el Barba Azul , pero ni siquiera un momento mas. Luego que ella estuvo sola, llamó á su hermana , y le dijo: Ruégote, hermana mia Ana, que subas á lo alto del torreón para ver si mis hermanos llegan; ellos me prometieron que vendrian á verme hoy , y si los ves , hazles señal para que se apresuren. Subió Ana á lo alto del torreón , y la pobre afligida le gritaba de cuando en cuando : *Ana , hermana mia Ana, ¿no ves llegar á ninguno? Y Ana le respondía: No veo nada mas que el sol que polvorea , y la yerba que verdeguea.* Sin embargo, teniendo el Barba Azul una gran cuchilla en la mano , gritaba con toda su fuerza: Baja presto , ó subiré allá arriba. — Un instante mas , si gustas, le respondió su muger , la que al punto gritaba muy bajito: *Ana , hermana mia Ana,*

¿no ves llegar á ninguno? Y Ana respondia: *No veo nada mas que el sol que polvorea, y la yerba que verdeguea.* — Baja pues pronto, gritó el Barba Azul, ó subiré allá arriba. — Voy, respondió la muger; y gritaba despues: *Ana, hermana mia Ana, ¿no ves llegar á ninguno?* — Veo, respondió Ana, una gran polvareda que viene hácia este lado. — ¿Son mis hermanos? — ¡Triste de mí! no, hermana mia; veo un rebaño de carneros. — ¿No quieres bajar! gritaba el Barba Azul. — Un ratito mas todavía, respondió su muger; y gritaba ella despues: *Ana, hermana mia Ana, ¿no ves llegar á ninguno?* — Veo respondió ella, á dos caballeros que vienen hácia aquí, pero están bien distantes todavía. — ¡Alabado sea Dios! exclamó la muger de allí á un instante, mis hermanos son. — Hágoles señal cuanto puedo, para que se aceleren. — El Barba A-

zul se puso á gritar con tanta fuerza, que hacia retemblar toda la casa. La pobre muger bajó, é iba á echarse á sus pies enteramente desconsolada y desgüeñada. De nada vale todo eso, dijo el Barba Azul, es preciso morir; y tomándola despues del cabello con una mano, y levantando con la otra la cuchilla, iba á cortarla la cabeza. Volviéndose la pobre muger hácia él, y mirándole con moribundos ojos, le suplicó que le acordara un breve instante para recoger su espíritu. No, no, dijo él, encomiéndate bien á Dios; y levantando el brazo..... Llamaron con tanta fuerza á la puerta en aquel momento, que el Barba Azul se quedó enteramente pasmado: y habiendo abierto vió llegar inmediatamente á dos caballeros, quienes, echando mano á sus espadas, volaron en derecha hácia él. Conoció que eran los hermanos de su muger, el uno soldado dra-

gon y el otro mosquetero; de modo que al punto echó á huir para ponerse en salvo; pero le persiguieron tan de cerca los hermanos, que le cogieron antes que él llegase á las gradas de la fachada de la casa. Le atravesaron el cuerpo con sus espadas, y le dejaron muerto. La pobre muger estaba casi tan muerta como su marido, y carecia de fuerzas para levantarse é ir á abrazar á sus hermanos.

Acaeci6 que el Barba Azul no tenia heredero ninguno, por lo que le sucedió en todos sus bienes la muger. Esta emple6 una parte de ellos en casar á su hermana Ana con un hidalgo jóven, que la amaba ya mucho tiempo hacia; otra en comprar capitancias á sus dos hermanos; y la restante en casarse ella misma con un sugeto muy caballeroso que la hizo olvidar los malos tiempos que habia pasado con el Barba Azul.



## LA CAPERUCILLA ENCARNADA.

**H**abia en cierta aldea una niña la mas bonita que pudiera imaginarse; estaba loca con ella su madre, y mas todavia su abuela. Mandó esta buena muger que hicieran á la muchachita una caperucilla encarnada, y estaba tan graciosa con ella, que todos la llamaban la Caperucilla encarnada.

Un dia hizo la madre galletas, y dijo á la niña: Vete á ver como lo pasa tu abuela, porque me han dicho que estaba mala: llévale una galleta y este pucherito de manteca de vacas. Partió al momento Caperucilla encarnada para ir á casa de su abuelá, que vivia en otra aldea. Al pasar la niña

por un monte se halló con el compadre lobo, que tuvo gran deseo de comérsela; pero no se atrevió á hacerlo por temor de algunos leñadores que habia en la dehesa. Preguntó á la niña el lobo á donde iba. La pobre criaturilla, que no sabia lo peligroso que era el escuchar á un lobo, le dijo: Voy á ver á mi abuela, y á llevarle una galleta y un pucherito de manteca de vacas que mi madre le envia. — ¿Vive muy lejos? le dijo el lobo. — Ah! le dijo Caperucilla encarnada, es á la otra parte de aquel molino que estais viendo allá bajo, muy abajo, en la primera casa del lugar. — Pues bien, dijo el lobo, voy tambien á verla, yo echaré por este camino, y tú por esotro; vamos á ver quien llega mas pronto. El lobo echó á correr con toda su fuerza por el camino que habia mas breve; y la muchachuela tomó el mas largo, entreteniéndose en coger avellanas,

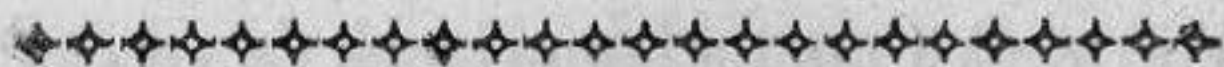
correr tras las mariposas, y hacer ramilletes con las florecillas que encontraba á su paso. No tardó mucho tiempo el lobo en llegar á la casa de la abuela; y llama, tras, tras. — ¿Quién está ahí? — La nieta de usted, la Caperucilla encarnada, dijo el lobo remedando la voz de esta, que le trae una galleta y un pucherito de manteca de vacas que mi madre envia á usted. La buena de la abuela que estaba en cama á causa de que se hallaba algo indispuesta, le dijo á gritos: Tira de la clavijilla y la canilleja caerá. El lobo tiró de la clavijilla, y se abrió la puerta. Se echó sobre la buena mujer, y se la zampó en un decir Jesus.

Cerró en seguida la puerta, y fue á acostarse en la cama de la abuela, esperando á Caperucilla encarnada, que llegó unos instantes despues á llamar en la puerta: tras, tras. — ¿Quién está ahí? — Caperucilla encarnada que

oyó el vozarron del lobo , tuvo miedo al principio ; pero creyendo que su abuela estaba resfriada , respondió: Es su nieta de usted la Caperucilla encarnada , que le trae una galleta y un pucherito de manteca de vacas que su madre envia á usted. Suavizando el lobo su voz , respondió á la niña: Tira de la clavijilla , y la canilleja caerá. Caperucilla encarnada tiró de la clavijilla y la puerta se abrió. Viéndola entrar el lobo , le dijo tapándose con la manta de la cama: Pon la galleta y el pucherito de manteca de vacas sobre el arca del pan , y ven á acostarte conmigo. Caperucilla encarnada se desnuda , y va á meterse en la cama , en donde se quedó pasmada al ver como estaba formada su abuela en ropas menores , y le dijo: ¡Qué brazazos tiene usted , abuela! — Es para abrazarte mejor , hija mia. — ¡Qué pernazas , abuela! — Es para correr me-



jor, niña. — ¡Que orejizas, abuela! — Es para oír mejor, nieta mía. — ¡Que ojazos, abuela! — Es para ver mejor, hija mía. — ¡Que dentazos, abuela! — Es para comerte. Y al decir estas palabras el malvado lobo, se echó sobre la Caperucilla encarnada, y se la tragó.



## LAS HADAS.

Tenia una viuda dos hijas, la mayor de las cuales se le parecía tanto en genio y figura, que quien la veía, veía á la madre; mas eran ambas tan desapacibles y soberbias, que no habia ningun medio humano de hacer vida con ellas. La menor, que por su dulzura y cortesía era un vivo retrato de su padre, era ademas una de las mas lindas mozas que pudieran ver-

se. Pero como naturalmente siempre quiere á los que se les asemejan, la madre estimaba apasionadamente á su hija mayor, y al mismo tiempo aborrecia de muerte á la menor, haciéndola comer en la cocina y trabajar continuamente.

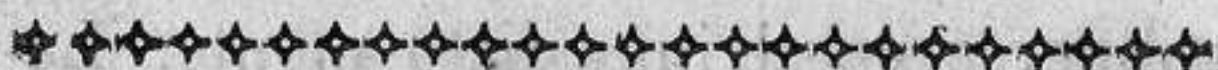
Entre otros quehaceres tenia esta pobre niña el de ir dos veces cada dia por agua á media legua larga de su casa, desde donde traia lleno un gran cántaro. Un dia que estaba en aquella fuente, se le llegó una pobre muger, la cual le rogó que le diera de beber. Por cierto que sí, tia, dijo esta hermosa niña; y lavando al punto su cántaro, tomó agua en lo mas cristalino de la fuente, y se la presentó, sosteniendo siempre el cántaro á fin de que bebiese con mas comodidad. Habiendo bebido la buena de la muger, le dijo: Eres tan hermosa, buena y cortés, que no puedo menos de hacerte un don

( porque era una hada que habia tomado la forma de una pobre de aldea, con el fin de ver hasta donde llegaria la cortesía de esta doncella). Te doy por don, prosiguió la hada, que á cada palabra que digas, te salga una flor ó piedra preciosa de la boca. Cuando esta bonita doncella llegó á su casa, la riñó su madre á causa de que venia tan tarde de la fuente. Disimule usted, madre, dijo esta pobre niña, si he tardado mucho tiempo; y al pronunciar estas palabras, salieron de su boca dos rosas con igual número de perlas y diamantes. ¿Que es lo que estoy viendo? dijo asombrada la madre; yo creo que le salen de la boca perlas y diamantes á mi niña. ¿De donde viene esto, hija? ( La llamó hija suya por la primera vez ). Contóle ingénuamente la pobre niña cuanto le habia ocurrido, pero no sin echar una infinidad de diamantes. Es preciso, dijo la ma-

dre , que yo envíe allá mi hija. Mira, Frasquita , atiende á lo que sale de la boca de tu hermana siempre que habla ; ¿ no te alegrarias tener el mismo don ? No tienes mas que ir por agua á la fuente , y cuando una pobre te pida de beber , dárselo con mucha cortesía. ¿ Que linda cosa pareceria en mí el ir á la fuente ! respondió la soez. Pues yo quiero que vayas , repuso la madre , y ha de ser ahora mismo. Fuése al fin á la fuente , pero refunfuñando siempre. No bien hubo llegado cuando vió salir del bosque á una dama , vestida magníficamente , que se llegó á pedirle de beber. Era la misma hada que se habia aparecido á su hermana , pero tomado la traza y vestidos de una princesa , para ver hasta donde llegaria esta doncella en su groseria. ¿ Acaso he venido aquí , respondió con altanería , para dar de beber á usted ? Cabalmente he traído un frasquito de plata

esprofeso para dar de beber á la señora ; y le aconsejo que beba en él si le agrada. No es usted nada atenta , repuso la hada sin encolerizarse ; y pues es tan poco servicial , le doy por don que á cada palabra que diga , le salga una serpiente ó sapo de la boca. Así que su madre la divisó , le dijo á gritos : ¡ Y bien , hija mia ! Madre mia , respondió la soberbia echando dos víboras y otros tantos sapos. ¡ O cielos ! exclamó la madre ; ¡ que veo ! su hermana es causa de esto ; ella me lo pagará ; y fue volando al punto para castigarla. Huyó la pobre niña , y fue á esconderse en el inmediato monte. La encontró el hijo del rey que volvía de caza ; y viéndola tan hermosa , le preguntó lo que hacía allí sola , y por qué lloraba. ¡ Ay de mí ! Caballero , porque mi madre me ha echado de casa. El hijo del rey que vió salir cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes

de su boca , le rogó que le dijera de que procedia aquello. Ella le contó toda su aventura. Quedó enamorado de esta doncella el hijo del rey ; y considerando que semejante don valia mas que cuanto pudieran dar en dote á otra , se la llevó al palacio de su padre , en donde se casó con ella. Por lo que mira á su hermana , se hizo tan aborrecible que su propia madre la echó de casa , y la desdichada despues de haber acudido á infinitas partes sin hallar el menor amparo en ninguna de ellas , fue á morir en lo interior de un monte.



## LA HERMOSA

### DEL BOSQUE DURMIENTE.

**U**n rey y una reina estaban tan desconsolados por no tener hijos , que

no es posible acertar á decirlo. Fueron á todas las aguas del mundo: votos, romerías, de todo ello se valieron sin que les aprovechase cosa ninguna. Pero al fin quedó la reina embarazada, y parió una niña. Hubo un famoso bautizo; y fueron madrinas de la infantita cuantas hadas pudieron hallarse (se hallaron siete), á fin de que ella, haciéndole cada una de las hadas un don como era la costumbre de las hadas de aquel tiempo, tuviese por este medio todas las perfecciones imaginables. Todos los convidados volvieron despues de la ceremonia del bautizo al palacio del rey, en que habia preparado un festin para las hadas. Pusieron delante de cada una de ellas un magnífico cubierto, con un estuche de oro macizo, en el que habia una cuchara, tenedor y cuchillo de oro fino guarnecido de diamantes y rubíes. Pero al tiempo que cada una

iba ocupando su lugar à la mesa, vieron entrar à una vieja hada, à la que no habian convidado à causa de que habia cincuenta años que no salia de una torre, y la creian muerta ó encantada. Mandó el rey que la dieran un cubierto; pero no fue posible dar à esta hada un estuche de oro macizo como à las demas, porque no se habian hecho mas que siete para las siete hadas. La vieja creyó que la despreciaban, é hizo refunfuñando algunas amenazas entre dientes. Una de las hadas jóvenes que habia à su lado la entendió, y juzgando que ella podria dar algun maligno don à la infantita, fue luego que hubieron acabado de comer à esconderse detras de las colgaduras, à fin de hablar la última, y poder reparar en cuanto le fuera posible el mal que la vieja hubiera hecho. En esto comenzaron las hadas à hacer su don à la infanta. La mas jóven le



dió por don que ella seria la mas hermosa criatura de la tierra; la segunda, que tendria el entendimiento de un ángel; la tercera, que tendria una admirable gracia en cuanto ella hiciera; la quinta, que cantaria como un ruiseñor; la sesta, que sacaria todos los instrumentos con el mayor primor. Habiéndole llegado su vez á la vieja, dijo cabeceando mas de despecho que de vejez, que la infanta se pasaria la mano con un huso, y que moriria de ello. Este horrendo don hizo estremecer á todos los asistentes, y á todos se les arrasaron de lágrimas los ojos. Salió en este momento la hada jóven de detras de la colgadura, y dijo en alta voz las siguientes palabras: Aquietaos, rey y reina, no morirá de esto vuestra hija; es verdad que no poseo suficiente virtud para deshacer enteramente lo que mi compañera mayor ha hecho: la infanta se atravesará la

mano con un huso ; pero en vez de morir de ello caerá solamente en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá el hijo de un rey á despertarla. El rey, con el fin de evitar la desgracia anunciada por la vieja, mandó publicar inmediatamente una pragmática , por la que se prohibia á toda clase de personas el hilar con huso , y tener husos en su casa , bajo pena de la vida. Habiendo ido los reyes al cabo de quince ó diez y seis años á una casa suya de recreo, sucedió que corriendo la infanta un dia en el palacio , y subiendo de cuarto en cuarto llegó hasta lo alto de un castillejo á una guardilla , en que una vieja estaba hilando sola con su rueca. Esta buena muger no habia oido hablar de las prohibiciones que el rey habia hecho de hilar con huso. ¿ Qué haceis ahí , buena muger ? dijo la infanta. Estoy hilando, guapita mia , le

respondió la vieja que no la conocía. Ah! que bonito es eso, repuso la infanta: ¿de que modo haceis? dadme acá, para que yo aea si me seria posible hacer otro tanto. No bien hubo tomado la infanta el huso cuando, como ella era vivísima, algo atolondrada, y que por otra parte el decreto de las hadas lo disponia así, se atravesó la mano con él, y cayó desmayada. La buena vieja en tan extraño apuro, pide á gritos socorro; acuden por todas partes; le echan agua en la cara á la infanta, la aslojan, danle golpes en las manos; y le frotan las sienes con agua de la reina de Hungría; pero con ninguna cosa volvia la infanta en sí. El rey, que al ruido habia salido, se acordó entonces de la prediccion de las hadas; juzgando ciertamente que era preciso que esto acaeciera, supuesto que las hadas lo habian dicho, mandó que pusieran á la infanta en la mejor

habitacion del palacio , y sobre una cama bordada de plata y oro , en donde estaba tan hermosa que parecia un ángel , porque el desmayo no la habia robado los vivos colores de su tez ; sus mejillas estaban encarnadas , y sus labios se parecian al coral : únicamente tenia cerrados los ojos , pero se la oia respirar muy dulcemente , por lo cual inferian que no estaba muerta. Mandó el rey que la dejaran dormir descansadamente , hasta que le hubiese llegado su hora de despertarse. La buena hada que la habia salvado la vida condenándola á dormir por cien años , estaba en el reino de Mataquin , á doce mil leguas de allí , cuando le aconteció este accidente á la infanta ; pero en un instante le dió aviso de él un enanillo que tenia unas botas de siete leguas ( se andaban con estas botas siete leguas de una zancada ). La hada partió al punto , y la vieron llegar al cabo de

una hora en un carro todo de fuego, de que tiraban varios dragones. Fue el rey á darle la mano para bajar del carro. Dió ella por bueno cuanto el rey habia hecho; pero como era sumamente advertida, pensó que cuando la infanta llegara á despertarse, se hallaría en sumo apuro viéndose enteramente sola en aquel espacioso palacio: y he aqui lo que ella hizo. Tocó con su varita de virtudes cuanto habia en el palacio (menos el rey y la reina), camaristas, doncellas, gentiles-hombres, empleados de servidumbre, reposteros, cocineros, marmitones, pinches, guardias, suizos, pages y lacayos, tocó tambien cuantos caballos habia en las caballerizas, con los palafreneros, mastinazos del corral, y la pequeña *Pufla*, perrita de la infanta, que estaba al lado suyo en la cama. Todos se quedaron dormidos luego que ella los hubo tocado, para no despertarse mas

que al mismo tiempo que su ama , á fin de estar prontos del todo para servirla cuando ella necesitase de su servicio. Los asadores mismos que estaban en la lumbre , todos llenos de perdices y faisanes , se durmieron , y tambien la lumbre. Todo esto se verificó en un momento ; porque las hadas no eran pesadas en sus faenas. Entonces el rey y la reina , despues de haber besado á su querida niña , sin que ella se despertase , salieron del palacio y mandaron publicar que estaba prohibido el acercarse á él á toda especie de persona. No eran necesarias estas prohibiciones ; porque en el corto espacio de un cuarto de hora nació alrededor del parque tanta infinidad de crecidos y pequeños árboles , espinos y abrojos enlazados unos con otros , que no hubieran podido pasar por alli animal ni hombre ninguno , de manera que únicamente se veia lo alto de los torreo •

nes del palacio, y aun esto á mucha distancia solamente. Nadie dudó de que la hada hubiese jugado con ello un nuevo chasco de su oficio, á fin de que la infanta no tuviese que temer nada de los curiosos mientras durmiera.

Habiendo ido á caza por aquella parte al cabo de cien años el hijo del rey que reinaba entonces, y que era de una familia diferente de la de la infanta dormida, preguntó lo que significaban aquellos torreones que él veía por encima de un gran bosque espesísimo. Cada uno le respondió conforme había oído hablar sobre esto; los unos decían que era un antiguo palacio en que había duendes; y otros, que todos los brujos de la comarca celebraban allí sus conventículos. La opinión mas comun era que vivía un ogro en el palacio, al que se llevaba cuantos niños podía pillar, para podérselos comer á sus anchuras, y sin que pu-

diesen seguirle, por tener él solo la virtud de hacerse un camino al traves del bosque. No sabia el príncipe que creer de todo ello, cuando un anciano logareño tomó la palabra, y le dijo: Príncipe mio, hace mas de cincuenta años que oí decir á mi padre que habia en este palacio una princesa la mas hermosa que nunca se hubiera visto; que ella habia de dormir aquí por cien años, y que la despertaria el hijo de un rey, para quien estaba reservada. El jóven príncipe se sintió todo inflamado con semejante discurso; creyó, sin vacilar, que le era posible dar cima á tan peregrina aventura; é impelido del amor y de la gloria, se resolvió á ver inmediatamente lo que habia en esto. Apenas se hubo adelantado hácia el bosque, cuando todos aquellos arbolazos, espinos y abrojos, se apartaron por sí mismos para abrirle paso. Marcha hácia el pa-



lacio, que veía al cabo de una calle de árboles en que entró; y vió, lo cual le pasmó algo, que ninguna persona de su comitiva habia podido seguirle, á causa de haberse apiñado mas los árboles despues de su tránsito. No por ello dejó de proseguir en su camino: porque el valor no abandona jamas á un príncipe jóven y enamorado. Entró en el primer patio, cuanto vió en él al principio era capaz de helarle de temor. Reinaba un horroroso silencio; veíase por todas partes la imágen de la muerte; todo era cuerpos tendidos de hombres y animales, que tenian visos de estar muertos. Conoció sin embargo por las narices granujientas y colorados rostros de los suizos, que no estaban mas que dormidos; y sus vasos, en que se veian algunas gotas de vino todavía, manifestaban suficientemente que ellos se habian dormido bebiendo. Atravesó

Un espacioso patio embaldosado de mármol; sube la escalera, entra en la sala de los guardias que estaban puestos en fila con la carabina al hombro, y dando estrepitosos ronquidos. Pasa por infinitos cuartos llenos de gentileshombres y damas, dormidos todos, en pie los unos y sentados los otros. Entra en un cuarto todo dorado; y sobre una cama, cuyas cortinas estaban abiertas por todos los lados, ve el mas admirable espectáculo que jamas se habia presentado á su vista: una princesa que al parecer tenia quince ó diez y seis años, y cuyo resplandeciente lustre tenia algo de luminoso y divino. Se acercó temblando, y asombrándose, se arrodilló al lado de ella. La infanta, como era llegado el fin del encanto, se despertó entonces; y mirándole con unos ojos mas tiernos que lo que al parecer permitia una primera vista, le dijo: ¿Sois vos, prín-

eipe mio? Bien os habeis hecho esperar. Regocijado el príncipe con estas palabras, mas todavía con el modo de decirlas, no sabia como manifestar su gozo y gratitud á la infanta, á la que él aseguró que queria mas que á sí mismo. Sus discursos fueron mal compuestos, por lo cual agradaron mucho mas: poca elocuencia, mucho amor. El príncipe se veia en mayor aprieto que ella, de lo que no hemos de extrañarnos: la infanta habia tenido lugar para pensar en lo que habia de decirle; porque hay apariencia (la historia sin embargo no dice nada sobre esto) de que la buena hada le habia proporcionado durante un tan largo sueño, el gusto de agradables fantasías. Hacia ya finalmente cuatro horas que ellos se hablaban, y no se habian dicho todavía la mitad de las cosas que uno á otro tenian que decirse.

Sin embargo, todo el palacio se ha-

bia despertado con la infanta; cada uno pensaba en desempeñar su obligacion; y como no todos estaban enamorados, estaban muriéndose de hambre. Apurada la camarista al modo de todos los demas, se impacientó, y dijo en voz recia á la infanta que la comida estaba ya en la mesa. Ayudó el príncipe á la infanta para levantarse; pero se guardó muy bien de decirle que estaba vestida como mi abuela, y que su escote era muy alto, porque no por ello era menos hermosa. Pasaron á un salon de espejos, y cenaron allí servidos por los empleados de la infanta. Los violines y oboes tocaron antiguas composiciones, pero famosas, aunque hacia ya mas de cien años que no las tocaban; el limosnero mayor para no malograr el tiempo, los casó despues de la cena en la capilla del palacio, y la camarista les corrió las cortinas. Durmieron

poco: la infanta no tenia mucha falta de sueño; y el príncipe la dejó en la mañana siguiente para volverse á la ciudad, en donde su padre debia estar sumamente inquieto con su larga ausencia. Díjole el príncipe que al cazar se habia perdido en el monte, y pasado la noche en la cabaña de un carbonero, que le habia hecho comer pan negro y queso. Su padre el rey, que era un buen hombre, le creyó; pero su madre no se rindió tan fácilmente á sus persuasiones; y viendo ella que su hijo iba casi todos los dias á caza, y que tenia siempre á mano alguna razon para escusarse cuando habia dormido dos ó tres noches fuera, no dudó ya de que hubiese algun amorcillo; pues vivió mas de dos años con la infanta, en la que tuvo dos hijos, el primero de los cuales, que fue una hembra, se llamó *Aurora*, y el segundo un varon al que dieron el

nombre de *Dia*, á causa de que parecia mas hermoso todavía que su hermana. La reina dijo infinitas veces á su hijo, para obligarle á esplicarse, que era preciso que nos contentásemos en la vida, pero el príncipe no se atrevió jamas á fiar el secreto á su madre; la temia, á pesar de que la queria, porque ella era de la casta de los ogros; y el rey la habia tomado por muger suya únicamente á causa de sus inmensos bienes. Aun se murmuraba en la corte que tenia las inclinaciones de los ogros; que cuando veia pasar algunos niños, le costaba la mayor dificultad para abstenerse de echarse sobre ellos, por lo que el príncipe no quiso decir nada nunca. Pero luego que el rey hubo muerto, lo cual acaeció al cabo de dos años, y que el príncipe se vió dueño, declaró públicamente su matrimonio, y fue con gran ceremonia en busca de su muger la

reina, que se hallaba en su palacio. Hizo ella una magnífica entrada en la ciudad capital, llevando al lado á sus dos hijos. Fue el rey de allí á algun tiempo á hacer la guerra al emperador Cantalabuto, vecino suyo. Dejó la regencia del reino á su madre la reina; y le recomendó muy particularmente su muger é hijos. El rey debia pasar todo el verano en la guerra; y luego que él hubo partido, mandó la reina madre llevar á su nuera é hijos á una casa de campo que habia en un monte, para saciar mas fácilmente sus horribles ganas. Fue allí pasados unos dias la reina madre, y dijo una noche á su cocinero: En mi comida quiero comer á la niña Aurora. ¡Ah! señora, dijo el gefe de cocina. Asi lo quiero, dijo la reina (y lo dijo con el tono de una ogresa que desea comer carne fresca), y quiero comerla con salsa picante. Viendo ciertamente este po-

bre hombre que no convenia andarse en fiestas con una ogresa, tomó su cuchillo largo, y subió al cuarto de la niña Aurora: esta tenia entonces cuatro años, y vino saltando á echarse á sus hombros, y pedirle confites. El gefe de cocina echó á llorar; se le cayó de las manos el cuchillo; y fue al corral á degollar un corderillo, y le guisó con tan buena salsa, que su ama le aseguró que no habia comido mas sabroso bocado en toda su vida. Se habia llevado el gefe de cocina consigo al mismo tiempo á la niña Aurora, y dádola á su muger para que la ocultase en la habitacion que tenia en lo interior del corral. La malvada reina dijo ocho dias despues á su gefe de cocina: A mi cena quiero comer al niño Dia. No replicó el gefe de cocina, resuelto á engañarla como la otra vez. Se fue á buscar al niño, y le halló con un pequeño florete en la mano,



con el que estaba esgrimiendo con un mico grande ; no tenia sin embargo mas que tres años. El gefe de cocina se le llevó á su muger , que le ocultó con la niña Aurora , y dió en lugar del niño Dia , un cabritillo muy tierno que la ogresa halló sumamente sabroso.

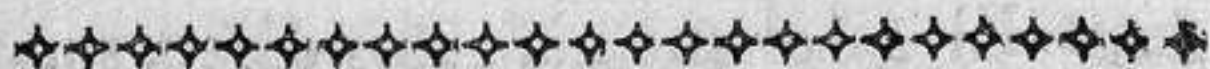
La cosa habia ido grandemente hasta allí ; pero la mala reina dijo una noche al gefe de cocina : Quiero comer mañana á la reina con la misma salsa de sus hijos. Entonces fue cuando el gefe de cocina desesperó de poder engañarla todavía. La reina jóven tenia veinte años cumplidos , sin contar los ciento que habia estado durmiendo ; su cutis estaba duro , aunque hermoso y blanco , ¿y que medio para hallar en el corral un animal de esta dureza ? El gefe de cocina , con el fin de salvar su vida , tomó la resolucion de degollar á la reina ; y subió á

su cuarto con la intención de no hacerlo en dos veces. Se incitaba á sí mismo; y entró con el puñal en la mano en el cuarto de la reina jóven: no quiso sin embargo sorprenderla, y le dijo con sumo respeto la órden que la reina madre le habia dado. Haced, haced, le dijo ella presentándole la garganta, egecutad las órdenes que se os han comunicado; iré á ver á mis hijos, á mis pobres hijos que yo queria tanto: ella los tenia por muertos desde que se los quitaron sin decirle cosa ninguna. No, no señora, le respondió el pobre gefe de cocina muy enternecido, no morirá usted, y no dejará de volver á ver á sus hijos; pero será en mi casa en donde los he ocultado, y engañaré otra vez á la reina haciéndola comer una corza jóven. Se la llevó á su cuarto inmediatamente, y dejándola allí abrazada con sus hijos y llorando con ellos, se fue á

guisar una corza que la reina comió á su cena con el mismo apetito que si hubiera sido la reina jóven. Ella estaba muy gozosa de su crueldad; y se preparaba á decirle al rey luego que volviera, que los lobos rabiosos se habian comido á su muger la reina y dos hijos suyos.

Una noche en que la reina madre correteaba como de costumbre en los patios y corrales para ventear alguna carne fresca, oyó en una sala baja al niño Dia que lloraba, porque su madre la reina queria mandár azotarle á causa de que era malo, y oyó tambien á la niña Aurora que pedia perdon en favor de su hermano. La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos; y estando rabiosa de que la hubieran engañado, mandó desde la siguiente mañana, y con una espantosa voz que hacia temblar á todos, que trageran al medio del patio una gran cuba, que

ella hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes, para hacer echar en ella à la reina, sus hijos, gefe de cocina, muger y criada suya; y habia dado órden para que los trageran maniatados. Todos ellos estaban allí; y los verdugos se disponian á echarlos en la cuba, cuando el rey, á quien no aguardaban tan pronto, entró á caballo en el patio; habia venido en posta, y preguntó muy asombrado lo que significaba aquel horroroso espectáculo. Ninguno se atrevia á enterarle de él, cuando rabiosa la ogresa de lo que ella veía, se echó por sí misma de cabeza en la cuba, y quedó devorada en un instante por los feos animales que habia mandado meter allí. No dejó el rey de sentirlo, porque era su madre; pero se consoló de ello bien presto con su muger y sus hijos.



## EL GATO MAESTRO,

### O CON BOTAS.

**U**n molinero no dejó mas bienes á tres hijos que tenia , que su molino, un asno y un gato. Se hicieron bien pronto las partijas ; no interviniendo en ellas el escribano, ni el procurador, los cuales se hubieran comido brevemente todo aquel escaso patrimonio. El mayor tuvo el molino, tocó el asno al segundo , y solamente quedó para el mas jóven el gato. Este último estaba desconsolado al verse con tan corta hijuela. Mis hermanos, decia, podrán ganar honradamente la vida poniéndose juntos; pero en cuanto á mí, luego que me haya comido mi gato y héchome un manguito con su pellejo , sin remedio me moriré de ham-

bre. El gato que oía estos discursos, pero que aparentaba no oírlos, le dijo con tono pausado y grave: No se aflija usted, amo mio; no tiene mas que darme un talego, y mandar que me hagan un par de botas para meterme en las malezas, y verá usted que no es tan corta su hijuela como piensa. Aunque el amo del gato no hacia el mayor caso de estos dichos, le habia visto hacer tantas habilidades para coger algunos ratones y ratas, como cuando se colgaba de los pies, ó se escondia en la harina haciéndose el muerto, que no desesperó de deberle algun amparo en su miseria. Luego que el gato tuvo lo que él habia pedido, se puso valientemente las botas; y echándose el talego al cuello tomó los cordones con las manos, y se fue à un conejar en que habia muchísimos conejos. Metió salvado y cerraña en su talego; estendiéndose como si estuvie-

ra muerto, esperó que algun gazapo, poco instruido todavia en las astucias de este mundo, llegase à colarse en su talego para comer lo que habia dentro. Apenas se hubo tendido en tierra, cuando ya tuvo motivo de alegría: un atolondrado de gazapillo entró en su talego, y tirando inmediatamente de los cordones el gato maestro, le cogió, y mató sin misericordia. Estando muy ufano con su presa, se fue al palacio del rey, y pidió licencia para hablarle. Le hicieron subir al cuarto de su magestad, en donde habiendo entrado hizo una gran reverencia al rey, y le dijo: He aquí, señor, un conejo de coto cerrado que el señor marques de Carabas (nombre que á él se le antojó poner á su amo) me ha encargado presentaros de su parte. — Di á tu amo, respondió el rey, que le doy muchas gracias, y que me tiene sumamente reconocido. En otra oca-

sion fue á ocultarse en un trigo, teniendo abierto siempre su talego; y luego que hubieron entrado dos perdices en él, tiró los cordones y las cogió ambas. Fue en seguida á presentarlas al rey, como habia hecho con el conejo de coto cerrado. El rey recibió de nuevo con sumo gusto las dos perdices, y mandó que dieran una propina al gato. Continuó este así durante dos ó tres meses, llevando de cuando en cuando al rey alguna caza como cogida por su mano. Un día en que el gato supo que el rey habia de ir á pasear á orillas del río con su hija, la mas hermosa princesa de la tierra, dijo á su amo: Si usted quiere seguir mi consejo, está hecha ya su fortuna: no tiene usted mas que bañarse en el parage del río que yo le indique, y dejarlo despues todo por mi cuenta. El marques de Carabas hizo cuanto su gato le aconsejaba, sin saber



que bien resultaria da ello. Al tiempo mismo de estarse bañando él, llegó el rey á pasar, y el gato se puso á gritar de toda su fuerza: *¡Socorro! ¡socorro! ¡que se nega el marques de Carabas!* A estos gritos sacó el rey la cabeza por la portezuela; y reconociendo al gato que le habia traído tantas veces caza, mandó á sus guardias qué acudieran á socorrer al marques de Carabas. Mientras que sacaban del rio al pobre marques, acercándose el gato á la carroza, dijo al rey que al tiempo de bañarse su amo, habian venido unos ladrones que se habian llevado los vestidos suyos, á pesar de haber gritado él con toda su fuerza pidiendo auxilio: y el perillan los habia escondido bajo una gran piedra. El rey mandó al instante á los empleados de su guarda-ropa, que fueran á traer uno de sus mas vistosos vestidos para el marques de Carabas. Le hizo el rey

mil halagos; y como los magníficos vestidos que acababan de darle realizaban su bella figura (porque era hermoso y bien formado en su persona) le halló la hija del rey muy de su gusto; y no bien hubo echado sobre la princesa el marques de Carabas dos ó tres miradas muy respetuosas y algo tiernas, cuando se quedó locamente enamorada de él. Quiso el rey que el marques entrase en la carroza y se pasease en compañía suya. Gozoso el gato de ver que su plan comenzaba á salir bien, tomó la delantera; y habiéndose encontrado con unos aldeanos que guadañaban un prado, les dijo: *Buenas gentes que guadañais, si no decis al rey que el prado que cortais pertenece al señor marques de Carabas, sereis picados tan menudamente como albondiguillas.* No dejó el rey de preguntar á los guadañeros de quién era el prado que cortaban. Pertenece

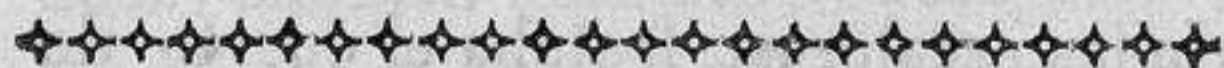
al señor marques de Carabas, respondieron todos á una, porque se habian amedrentado con la amenaza del gato. Teneis aquí un hermoso patrimonio, dijo el rey al marques de Carabas. Ve V. M., señor, respondió el marques, que es un prado que no deja de fructificarme todos los años con abundancia. El gato maestro, que iba delante siempre, halló á unos segadores, y les dijo: *Buenas gentes que segais, si no decis que todos estos trigos pertenecen al señor marques de Carabas, sereis picados á pedacitos como albondiguillas.* El rey, que pasó de allí á un instante, quiso saber á quien pertenecian cuantos trigos se presentaban á su vista. Al señor marques de Carabas, respondieron los segadores; y de nuevo lo celebró el rey con el marques de Carabas. El gato, que iba por delante de la carroza, decia la misma cosa siempre á cuantos encontraba; y

el rey estaba pasmado de los bienes inmensos del marques de Carabas. El gato maestro llegó últimamente á un hermoso palacio de campo, cuyo dueño era un ogro, el mas rico de cuantos se habian visto en el mundo; porque todas las posesiones que el rey habia hallado en su tránsito dependian de este palacio. El gato tuvo cuidado de informarse de quien era este ogro, y de lo que él sabia hacer; y pidió licencia para hablarle, diciendo que no habia querido pasar tan cerca de su palacio sin tener la honra de hacerle una visita. El ogro le recibió con cuanta urbanidad cabe en gente de su clase, y le hizo descansar. Me han asegurado, dijo el gato, que teneis el don de convertiros en toda especie de animales; y que por egemplo, podeis transformaros en leon y elefante. — Todo eso es verdad, respondió ásperamente el ogro; y para manifes-

tarlo vais á verme vuelto en leon. Se atemorizó tanto el gato de tener un leon á su vista, que al punto se fue á los tejados, no sin dificultad ni peligro á causa de sus botas, que de nada valian para andar sobre las tejas. Habiendo visto el gato de alli á algun tiempo que el ogro habia dejado su primera forma, se bajó, y confesó que habia tenido sumo miedo. Tambien me han asegurado, dijo el gato, que poseeis ademas la virtud de tomar la forma de los mas pequeños animalillos; de convertiros, por egemplo, en rata ó raton; y os confieso que lo tengo por imposible todo ello. — ¿Por imposible? repuso el ogro; vais á verlo. Y se transformó al mismo tiempo en un raton, que echó á correr por el suelo. No bien le hubo descubierto el gato cuando se echó encima y se le comió. Entre tanto el rey, que al pasar vió el hermoso palacio del ogro,

quiso entrar en él. El gato que oyó el ruido de la carroza que pasaba sobre el puente levadizo, salió á recibir al rey, y le dijo: Seais muy bien venido, señor, al palacio del marques de Carabas. ¿Como, señor marques, exclamó el rey, tambien es vuestro este palacio? No es posible ver cosa mas hermosa que este patio y cuantas fábricas le cercan; veamos lo interior si gustais. El marques dió la mano á la jóven princesa; y siguiendo al rey, que subia el primero, entraron en un vasto salon, en donde hallaron una opípara merienda que el cegro habia mandado disponer para unos amigos suyos que habian de venir á verle en aquel mismo dia; pero que no se habian atrevido á entrar, sabiendo que el rey estaba alli. Gozoso el rey con las buenas prendas del marques de Carabas, lo mismo que su hija, locamente enamorada de él; y viendo las

inmensas haciendas de que era poseedor, le dijo despues de haber echado cinco ó seis tragos: en vuestra mano está, señor marques, el ser yerno mio. Habiendo hecho el marques grandes reverencias, aceptó la honra que le hacia el rey, y se casó con la princesa en aquel mismo dia. El gato se hizo un señoron, y no corrió ya tras los ratones mas que para divertirse.



## LA CENIZOSA,

### O LA CHINELILLA DE VIDRIO.

Casóse cierto hidalgo en segundas nupcias con una muger, la mas altanera y soberbia que pudiera verse bajo la capa del cielo. Tenia ella dos hijas de su propia índole, y que se la parecian en todo. El marido por su parte

tenia una niña tierna , pero de una dulzura y bondad nunca vistas, en lo cual se asemejaba á su madre , que habia sido una perfecta muger . No se hubo concluido la boda , cuando ya la madrastra dió á conocer su mal genio ; y no pudo sufrir las amables prendas de esta niña que hacian mas aborrecibles todavía á sus dos hijas. Dejó á su cuidado las mas viles ocupaciones de la casa ; esta niña fregaba los platos , barría las escaleras , frotaba el cuarto de la madrastra y los de las señoritas hijas suyas ; se acostaba en el mas alto desvan de la casa y sobre un mal gergon , mientras que sus hermanas estaban en cuartos entarimados , con camas de la última moda y espejos en que se veian de pies á cabeza. La pobrecita niña lo llevaba todo con paciencia , y no osaba quejarse á su padre , el cual la hubiera reñido , á causa de que le gobernaba su muger enteramente. Luego que ella



habia finalizado sus quehaceres, iba á ponerse al lado de la chimenea y á sentarse en la ceniza, lo que fué causa de que la llamaran comunmente en casa la *Cenizosa*. Esta sin embargo, y á pesar de sus malos vestidos, no dejaba de ser cien veces mas bonita que sus hermanas, aunque magnificamente vestidas.

Sucedió que el hijo del rey dió un baile, y que para él convidó á todas las personas de distincion. Fueron convidadas tambien nuestras dos señoritas, porque hacian mucha figura en aquella tierra. Ételas aquí bien alegres y muy ocupadas en elegir los trages y prendidos que les sentarian mejor. Nuevo trabajo para la Cenizosa, pues ella aplanchaba la ropa blanca de sus hermanas y alechugaba sus vuelos. No se hablaba mas que del modo con que se vestirian. Yo, dijo la mayor, me pondré el vestido de terciopelo encarnado y guarnicion de Inglaterra. Por mi par-

te, dijo la menor, no tendré mas que mi guardapiés ordinario; pero en cambio llevaré mi capotillo con flores de oro y mi aderezo de diamantes que no es de los mas indiferentes. Mandaron venir al mejor peluquero para hacerse rizos á la última moda, y comprar lunares en una tienda muy acreditada. Llamaron á la Cenizosa para pedirle su parecer, porque ella tenia buen gusto. La Cenizosa les dió los mejores consejos imaginables, y aun se ofreció á componerles el prendido, lo que ambas hermanas aceptaron. Y al prenderlas le decian: ¿te alegrarias de ir al baile, Cenizosa? — ¡Ay de mí! señoritas, ustedes se burlan de mí; no tengo necesidad ninguna de baile. — Tienes razon; se reirian ciertamente si vieran á una Cenizosa en el baile. Cualquiera otra que la Cenizosa las hubiera prendido al revés; pero esta

era honrada, y las prendió muy primorosamente. Ambas hermanas estuvieron casi dos dias sin comer, tan enagenadas las tenia el contento. Se rompieron mas de doce lazadas á puro apretarlas para hacerlas un talle mas delgado; y continuamente estaban delante del espejo. Llegó por último el dichoso dia; partieron: las siguió con los ojos la Cenizosa por cuanto tiempo pudo; y luego que ya las perdió de vista se echó á llorar. Su madrina que la vió toda llorosa, la preguntó lo que tenia. Quisiera yo ciertamente..... ciertamente..... Ella lloraba tanto que no pudo acabar. Su madrina, que era hada, le dijo: ¿querias ciertamente ir al baile, no es verdad? ¡Ay de mi! si, dijo la Cenizosa dando un suspiro. ¿Pues bien, serás tú buena hija? dijo la madrina; yo te haré ir al baile. Ella la llevó á su cuarto y le dijo: vete al jardin y tráe-

me una calabaza. La Cenizosa fue inmediatamente á coger la mas hermosa que pudo hallar, y la llevó á su madrina, no pudiendo adivinar como esta calabaza podria hacerla ir al baile. Su madrina la ahuecó; y no habiendo dejado mas que la corteza, sacudió en ella con su varilla, y la calabaza se convirtió al punto en un vistoso coche dorado del todo. Fue en seguida á mirar en su ratonera, en la que halló seis ratones enteramente vivitos. Mandó á la Cenizosa que levantase algo la trampa de la ratonera; tocaba con su varilla los ratones conforme iban saliendo, cada uno de los cuales se mudaba en un arrogante caballo; lo que formó un bello tiro de seis caballos de un hermoso pardo de raton tordillo. Viéndose muy apurada para saber como haria á un cochero, voy á ver, dijo la Cenizosa, si hay algun raton en la ratonera; formaremos de él

un cochero. Tienes mucha razon, dijo su madrina; ve á verlo. La Cenizosa trajo la ratonera, en la cual habia tres ratonazos. La hada escogió uno de los tres á causa de su barbaza; y habiéndole tocado se convirtió en cochero, que tenia los mejores bigotes que fueran imaginables. En seguida le dijo vete al jardin, en donde hallarás seis lagartos detras de la regadera, tráemelos. Apenas los hubo traído cuando su madrina los transformó en seis lacayos, que al punto se pusieron en la trasera del coche, con sus vestidos galoneados, y que se tenian tan pegados en ella como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida. La hada dijo entonces á la Cenizosa: ¿pues bien, he aqui ya con que poder ir al baile; no estás contenta?— Sí, ¿pero iré asi, con este ruin vestido? No hizo mas que tocarla su madrina con la varilla, y se convirtieron

sus vestidos al mismo tiempo en otros de tela de oro y plata, enteramente cubiertos de piedras preciosas; y le dió despues un par de chinelas de vidrio, las mas bonitas que pudieran verse en el mundo. Cuando ella se vió adornada de este modo, subió al coche; pero su madrina le recomendó ante todas cosas, que no pasara de la media noche, advirtiéndola que si permanecia un momento mas en el baile, se transformaria su coche en calabaza, sus caballos en ratones, sus lacayos en lagartos, y que sus vestidos tomarian otra vez su primer forma. Prometió á su madrina saldria sin falta del baile antes de media noche. Parte ella no cabiendo en sí misma de alegría. El hijo del rey, á quien avisaron que acababa de llegar una gran princesa que no conocian, salió volando á recibirla: le dió la mano para bajar del coche, y la condujo á la sala

del sarao. Guardáron entonces todos los concurrentes el mayor silencio; se suspendió el baile, y dejáron de tocar los violines: ¡tan atentos estaban todos á las perfecciones de esta desconocida beldad! No se oía ya mas que un sordo susurro: ¡Ah! qué hermosa es! Hasta el rey en medio de sus muchos años, no dejaba de mirarla, y de decir en voz baja á la reina, que hacia ya mucho tiempo que sus ojos no habian visto tan hermosa y amable criatura. Todas las damas examinaban atentamente su prendido y vestido, para proporcionarse otros semejantes en el siguiente dia, con tal que se hallasen tan vistosas telas y obreros tan hábiles. El hijo del rey la colocó en el mas distinguido sitio, y la sacó á bailar despues. Bailó ella con tanta gracia; que de nuevo se atrajo la admiracion de todos. Trajeron un lucidísimo refresco, del que no pro-

bó nada el jóven príncipe, por' estar todo él embebido en contemplarla. Fuese á sentarse ella al lado de sus hermanas, á las cuales hizo mil cumplidos; hízoles probar de las naranjas y limones que el príncipe le había regalado, lo que las dejó sumamente asombradas, porque no la conocian. La Cenizosa oyó dar los tres cuartos para las doce; hizo al punto una gran reverencia á todos los concurrentes, y se marchó lo mas pronto que le fue posible. Así que ella hubo llegado, fue á verse con su madrina; y despues de haberle dado muchas gracias, le dijo que ella deseaba ciertamente ir todavía al baile del siguiente dia, porque el hijo del rey se lo había suplicado. Cuando estaba contando á su madrina lo que habia ocurrido en el baile, llamaron ambas hermanas á la puerta; la Cenizosa fue á abrirlas. Qué pesadas habeis estado para volver, les



dijo ella bostezando, estregándose los ojos, y desperezándose como si acabara de despertarse; no habia tenido sin embargo ganas de dormir desde que ellas la habian dejado. Si tú hubieras venido al baile, díjole una de sus hermanas, no te hubieras fastidiado en él; pues ha asistido la mas hermosa princesa, la mas hermosa que es posible verse; ella nos ha hecho mil agasajos, y dádonos algunas naranjas y limones. La Cenizosa no cabia de gozo en sí misma; les preguntó el nombre de aquella princesa: pero ellas le respondieron que nadie la conocia, que por ella se hallaba muy pesaroso el hijo del rey, el cual daría cuanto hay en el mundo para saber quien era. La Cenizosa se sonrió, y les dijo, ¿con qué era pues hermosísima? ¡Dios mio cuan felices sois! no me seria pues posible el verla. ¡Triste de mí! présteme usted, señorita Javota, el vestido amarillo

suyo de todos los dias. — ¡ Soy realmente del mismo parecer, dijo la señorita Javota! Preste usted su vestido á una Cenizosa como esta! era preciso que yo estuviese muy loca. La Cenizo-  
zo contaba seguramente con esta negativa; y se alegró infinito de ello porque se hubiera visto en sumo conflicto, si su hermana se hubiera avenido á prestarle su vestido. Ambas hermanas fueron al baile en el siguiente dia; y tambien la Cenizosa, pero mas adornada todavía que en el primer dia. Anduvo el hijo del rey al lado de ella siempre, y no cesó de decirle requiebros. La jóven doncella no se fastidiaba, y olvidó lo que su madrina le habia recomendado; de modo que oyó dar la primera campanada de media noche, cuando creia que no eran todavía las once; se levantó, y huyó tan ligeramente como hubiera podido hacerlo una corza. Fuese el príncipe tras ella,

pero no pudo alcanzarla. Dejó caer ella una de sus chinelas de vidrio, que el príncipe recogió con suma diligencia. La Cenizosa llegó muy falta de aliento á su casa, sin coche, ni lacayos, y con sus ruines vestidos; no habiéndole quedado de toda su magnificencia mas que una chinela suya, parecida á la que se le habia caido. Preguntáron á los guardias de la puerta de palacio si habian visto salir á una princesa; y dijeron que ellos no habian visto salir mas que á una moza malísimamente vestida, y que mas trazas tenia de aldeana que de señora de forma. Cuando las dos hermanas volvieron del baile preguntóles la Cenizosa, si otra vez se habian divertido bien, y si habia asistido la hermosa dama: ellas le dijeron que sí, pero que habia echado á huir al oír dar las doce de la noche, y tan prontamente que habia dejado caer una chinela suya de vidrio, la cosa mas pu-

lida del mundo; que el hijo del rey la habia cogido, no haciendo mas que mirarla durante lo restante del baile: y que seguramente estaba muy enamorado de la hermosa doncella de quien era la chinela. Ellas dijeron la pura verdad, porque el hijo del rey, pasados unos dias, mandó publicar al son de clarines y trompetas que él se casaria con aquella cuyo pie entrara ajustado en la chinela. Comenzáron á probar-sela á las princesas, en seguida á las duquesas y la corte toda entera; pero en balde. La llevaron á casa de las dos hermanas, que hicieron todo lo posible para hacer entrar su pie en la chinela, pero no pudieron lograrlo. La Cenizosa que estaba mirándolas, y que reconoció su chinela dijo riéndose: veamos si me viene bien á mí. Sus hermanas se pusieron á reir y mofarse de ella. Habiendo mirado atentamente á la Cenizosa el gentil hombre que pro-

baba la chinela, y hallándola hermosísima, dijo que era una cosa muy justa, y que tenía orden para probarla en todas las doncellas. Mandó á la Cenizosa que se sentase; y acercando la chinela á su piecечito, vió que este entraba sin dificultad ninguna, y tan ajustado como si fuera de molde. El asombro de ambas hermanas fue grande; y mayor todavía, cuando la Cenizosa sacó de su bolsillo la otra chinela, en que metió su pie. En esto llegó la madrina, quien habiendo tocado con su varilla los vestidos de la Cenizosa, los hizo volverse mas magníficos todavía que todos los otros.

Ambas hermanas la reconocieron entónces por la hermosa dama á quien habian visto en el baile. Se echaron á sus pies, para pedirle perdon de cuantos malos tratamientos le habian hecho padecer. La Cenizosa las levantó, y dijo abrazándolas, que ella las

perdonaba con la mejor voluntad del mundo, y las rogaba que la quisiesen bien siempre. La llevaron á la presencia del jóven príncipe, adornada como estaba. La hallaron mas peregrina todavía que nunca; y se casó el príncipe con ella pasados unos dias: la Cenizosa que era tan buena como hermosa, mandó hospedar á sus hermanas en el palacio, y las casó en aquel mismo dia con dos principales señores de la corte.



## RIQUET DEL COPETE.

**C**ierta reina parió un hijo tan feo y contra-hecho, que dudaron por mucho tiempo si tenia forma humana. Una hada que se halló en su nacimiento, aseguró que no dejaria de ser amable, á causa de que tendria mucho ta-

lento; y aun añadió que podría, en virtud del don con que ella acababa de dotarle, dar cuanto talento poseyera á la persona que le fuera mas querida. Todo esto sirvió de algun consuelo á la pobre reina, que estaba sumamente afligida de haber echado al mundo á un muchacho tan feo. Es verdad que no bien hubo comenzado á hablar este niño, cuando ya decia mil donaires, y tenia en sus acciones un no sé qué de entendido, que dejaba hechizados á todos. Se me olvidaba decir que vino al mundo con un pequeño copete de pelo en la cabeza, que dió lugar á que le llamaran Riquet del Copete, porque Riquet era apellido suyo.

La reina de una nacion vecina parió dos hijas al cabo de siete ú ocho años. La primera que vino al mundo, era mas hermosa que el sol; lo cual causó tanta alegria á la reina, que se temieron del demasiado gozo malas resultas

para su salud. La misma hada que habia asistido al nacimiento del pequeño Riquet del Copete, se hallaba presente; y declaró, para moderar el contento de la reina, que esta princesita careceria de talento, y seria tan estúpida como era bonita. Esto apesadumbró infinito á la reina; pero tuvo de alli á unos momentos un sentimiento mucho mayor; pues ocurrió que la segunda hija que parió, era sumamente fea. No os aflijais tanto, señora, le dijo la hada; vuestra hija tendrá su recompensa por otra parte; y tendrá tanto entendimiento que apenas echarán de ver que le falta la hermosura. ¡Quiéralo Dios! respondió la reina. Pero ¿no habria algun medio para hacer algo entendida á la mayor, que es tan hermosa? No puedo nada en cuanto á esa señora, por la parte del entendimiento, le dijo la hada; y como no hay nada que yo no quiera en



satisfaccion vuestra, voy á darle por don la virtud de hacer hermoso ó hermosa á la persona que le agrade. Conforme fueron creciendo estas dos princesas, crecieron con ellas tambien sus perfecciones; y no se hablaba en todas partes mas que de la hermosura de la mayor y del entendimiento de la segunda. Es verdad tambien que sus defectos se aumentaron mucho con la edad. La menor se afeaba á ojos vistas, y la mayor se volvia mas estúpida por dias; no respondia nada á lo que la preguntaban, ó respondia una necedad. Era fuera de esto tan poco mañosa, que no hubiera podido colocar sobre el borde de una chimenea cuatro tazas de china sin romper una, ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad sobre sus vestidos. Aunque la hermosura es gran ventaja en una doncella, la menor sin embargo sobrepujaba casi siempre á la mayor en

todas las concurrencias. Iban al principio hácia la mas bonita, para verla y admirarse de ella; pero muy en breve se dirigian hácia la que poseia mayor talento, para oirla decirle mil agudezas y donaires; y se quedaban pasmados de que en menos de un cuarto de hora no habia nadie ya al lado de la mayor. Esta lo notó todo muy bien en medio de su estupidez; y hubiera dado muy gustosa toda su hermosura por tener la mitad del talento de su hermana. La reina, á pesar de toda su prudencia, no pudo menos de reprenderla diversas veces por su necesidad; con lo que esta princesa estuvo á pique de morirse de sentimiento. Un dia en que se habia retirado á un bosque para llorar allí su desgracia, vió venir hácia sí á un hombrecillo muy desagradable, pero vestido magníficamente. Era el jóven príncipe Riquet del Copete, que habiéndose enamorado

de ella por los retratos suyos que corrian en todas partes, habia dejado el reino de su padre para tener el gusto de verla y hablar con ella. Alegrándose de encontrarla asi enteramente sola, se llega á ella con cuanto respeto y cortesía son imaginables; y habiendo notado, despues de hechos los cumplidos de estilo, que estaba melancólica en extremo, le dijo: No alcanzo, señora, como una persona de la hermosura vuestra puede hallarse tan triste como al parecer lo manifestais: porque aunque puedo jactarme de haber visto una infinidad de beldades, puedo decir que ninguna de ellas llegaba á la vuestra. — Teneis gusto en decirlo asi, caballero, le respondió la princesa, y no articuló mas palabra. — La hermosura, repuso Riquet del Co-pete, es tan grande preeminencia, que ella ha de suplir todo lo demas; y cuando la poseemos, no veo ya co-

sa ninguna capaz de darnos mucho sentimiento. — Mas quisiera yo, dijo la princesa, ser tan fea como vos y tener talento, que poseer alguna hermosura como la poseo, y ser tan necia como lo soy. — Ninguna cosa, señora, denota mas que tenemos entendimiento que el creernos faltos de él; y es una propiedad de este bien, que cuanto mayor le poseemos tanto mas discurremos carecer de él. — Ignoro eso, dijo la princesa; pero sé que soy muy ignorante, y de esto dimana la tristeza que me consume. — Si únicamente eso os aflige, señora, puedo fácilmente poner un término á vuestros pesares. — ¿Y como lo haréis, dijo la princesa. — Tengo la virtud, señora, dijo Riquet del Copete, de dar tanto entendimiento cuanto puede tenerse, á la persona á quien he de querer mas; y como sois, señora, esta persona, dependerá de vos

el tener tanto entendimiento como es posible tener, siempre que os digneis casaros conmigo. La princesa quedó enteramente parada, y no respondió nada. Ya veo, repuso Riquet del Copete, que esta propuesta os causa pena, de lo que no me admiro; pero os doy un año entero para resolveros en ello. La princesa tenia tan poco talento, y al mismo tiempo tan fuertes ganas de tenerle, que discurrió que no llegaria el fin de semejante año; aceptó la propuesta que se le habia hecho. No bien hubo prometido ella á Riquet del Copete que se casaria con él de allí á un año en semejante dia, cuando se sintió muy otra de lo que antes era; y halló en sí una increíble facilidad para decir cuanto le agradaba, y decirlo de un modo fino, suelto y natural. Comenzó desde aquel instante una conversacion galante y sostenida con Riquet del Co-

pete, en la que ella charló con tanta veemencia, que Riquet del Copete creyó haberle dado mas entendimiento que el que se habia reservado para sí mismo. Luego que la princesa hubo vuelto al palacio, toda la corte no sabia que pensar sobre tan repentina y rara mudanza; porque cuantas mas impertinencias le habian oido decir ántes, otras tantas mas cosas muy sensatas y sumamente agudas salian de su boca ahora. No hay palabras con que ponderar el júbilo que esto causó en la corte; únicamente su hermana menor no lo celebraba mucho, porque no escediendo en entendimiento á la mayor, no se presentaba ya al lado de ella mas que como una muy desagradable tarasca. El rey se guiaba por sus pareceres, y aun á veces iba á celebrar en su habitacion el consejo de estado. Habiéndose esparcido el rumor de esta mudanza, todos los príncipes jóvenes de

los reinos inmediatos hicieron sus esfuerzos para hacerse amar de ella , y casi todos la pidieron en matrimonio ; pero la princesa no halló á ninguno que tuviese bastante talento; y los escuchaba á todos , pero sin contraer empeño con ninguno. Vino sin embargo uno tan rico, entendido , y bien formado, que ella no pudo menos de mirarle con buena voluntad. Habiéndolo advertido su padre, dijo á la princesa que él la dejaba dueña sobre la eleccion de un esposo , y que no tenia mas que declararse sobre ello. Como cuanto mas talento tiene uno , tanta mayor dificultad le cuesta el tomar una firme resolucion sobre esta materia; pidió ella, despues de haber dado muchas gracias á su padre , que se le diera lugar para pensar en ello. Fue á pasearse por casualidad al mismo bosque en que se habia encontrado con Riquet del Copete , para meditar

mas cómodamente en lo que le conven-  
dría hacer. Al tiempo de pasearse ella,  
meditando profundamente, oyó un rui-  
do sordo bajo sus pies, como de mu-  
chas personas que van, vienen y tra-  
tan sus negocios. Habiendo aplicado el  
oído con mayor atención, oyó que el  
uno decía: Tráeme esa olla; el otro,  
dame esa caldera; y alguno, echa leña  
en esa lumbre. Se abrió la tierra al mis-  
mo tiempo, y vió bajo sus pies como  
una gran cocina llena de cocineros,  
marmitones, y demas sirvientes neces-  
arios para dar un magnífico festin. Salió  
de ella una cuadrilla de veinte ó trein-  
ta pasteleros, que fueron á acampar-  
se en una calle de árboles del bosque,  
alrededor de una mesa larguísima, los  
cuales todos con la mechera en la ma-  
no, y las madejas en la oreja, se pu-  
sieron á trabajar con compás al son  
de una cantinela armoniosa. Asombra-  
da la princesa de este espectáculo, les



preguntó para quien trabajaban. Para el príncipe Riquet del Copete, cuya boda se hará mañana, señora, respondió el principal de la cuadrilla. Mas pasmada todavía que ántes la princesa, y acordándose repentinamente de que hacia un año que ella en semejante dia habia prometido casarse con Riquet del Copete, se quedó aturdida. El no acordarse ella de esto, nacia de que era muy necia cuando hizo semejante promesa, y que al recibir el nuevo entendimiento que el príncipe le habia dado se le borraron todas sus tontanas. No bien hubo andado ella treinta pasos continuando en su paseo, cuando se le presentó Riquet del Copete, valeroso, magnífico, y con las trazas de un príncipe que va á casarse. Me veis, señora, dijo él, puntual en el cumplimiento de mi palabra, y no dudo que encamineis hacia aquí vuestros pasos para egecutar la vuestra. — Con-

fesareos francamente, dijo la princesa, que no he tomado mi resolución todavía en este particular, y discurreo no poder tomarla nunca en la forma que deseais. — Me dejais pasmado, señora, repuso Riquet del Cope. — Créolo, dijo la princesa; y si tratara yo con un hombre brutal y desnudo de entendimiento, sería sumo mi aprieto. Una princesa no tiene mas que su palabra, me diría él, y es necesario que os caseis conmigo, supuesto que así me lo habeis prometido; pero como hablo con el hombre de mayor talento que hay en el mundo, estoy segura de que se dará á la razón. Sabeis que cuando yo no era mas que una tonta, no podía sin embargo resolverme á ser muger vuestra; como quereis que hallándome ahora con el talento que me disteis, y que me hace mas mirada todavía en materia de amores que anteriormen-

te lo era, tome yo hoy dia una resolucion que no me fue posible tomar en aquel tiempo? Si de veras pensabais en casaros conmigo, hicisteis muy mal en quitarme mi necesidad, y hacerme mas despejada que lo era. — Si un hombre sin talento, respondió Riquet del Copete, seria bien acogido, como acabais de decirlo, para reconvieniros de vuestra falta de palabra; ¿porque quereis, señora, que yo no me valga del mismo derecho en una cosa en que me va toda la felicidad de mi vida? ¿Es cosa razonable que las personas entendidas sean de peor condicion que las desnudas de talento? Podeis pretenderlo, vos que sois tan entendida y que tanto deseasteis serlo? Pero vengamos al hecho, si gustais. ¿Hay algo en mí que os desagrade, fuera de mi fealdad? ¿Estais descontenta de mi nacimiento, entendimiento, genio y modales?—De nin-

gun modo, respondió la princesa; me gusta en vos todo cuanto acabais de decirme. — Siendo eso así, repuso Riquet del Copete, voy á ser feliz, supuesto que podeis hacerme el mas amable de los hombres. — ¿Como puede ser eso? le dijo la princesa. — Esto será, respondió Riquet del Copete, si me quereis tanto que deseéis que esto sea; y á fin de que no lo dudeis, señora, sabed que la misma hada, que en el dia de mi nacimiento me hizo el don de poder hacer entendi- da á la persona que me agradara, os hizo tambien el de poder hacer hermoso al que ameis, y al que tengais á bien hacer este favor. — Si la cosa es así, dijo la princesa, deseo muy de veras que os volvais el príncipe mas amable de la tierra, y os hago el don de ello en cuanto depende de mí. No bien hubo pronunciado la princesa estas palabras, cuando Riquet del

Copete se presentó á su vista el hombre mas hermoso del mundo, el mejor formado y mas amable que ella habia visto. Algunos aseguran que no fueron los encantos de la hada los que obraron, sino que únicamente el amor hizo esta metamórfosis. Dicen que habiendo reflexionado la princesa sobre la perseverancia, discrecion y demas buenas prendas intelectuales de su amante, no vió ya la deformidad de su cuerpo ni fealdad de su rostro; que su corcoba no le pareció ya mas que la buena planta de un hombre que hace de persona; y que en vez de que ella le habia visto cojear horrosamente, no le halló ya mas que un cierto airecillo inclinado que la embelesaba. Dicen á mas, que sus ojos que eran bizcos, le parecieron ya como dos soles; que su desórden pasó en su ánimo como el distintivo de un estremado amor; y que finalmente sus

encarnadas narizotas tuvieron para ella algo de marcial y heroico. Sea lo que se quiera de ello, la princesa le prometió al punto casarse con él con tal que obtuviese la licencia de su padre el rey. Habiendo sabido este que su hija tenia mucho afecto á Riquet del Copete, que él conocia por otra parte como un príncipe muy entendido y prudente, le recibió gustoso por yerno suyo. Se hizo la boda en el siguiente dia, como Riquet del Copete lo habia previsto, y con arreglo á las órdenes que él tenia dadas de mucho tiempo atras.



## EL PULGARCILLO.

**H**abia un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones; el mayor se hallaba en los diez años, y el

menor de todos en los siete. Eran muy pobres, y sus siete hijos les incomodaban mucho, porque ninguno de ellos podia ganar su vida todavía. Lo que mas les apesadumbraba, es que el menor de todos los hijos era muy delicado, y no chistaba, tomando por tontería lo que era una señal de su buen entendimiento. Era muy pequeño, y cuando le parió su madre apenas era mas grueso que el dedo pulgar, por lo que le llamaron el Palgarcillo. Este pobre niño era el burro de la casa, y siempre le echaban la culpa de todo. Sin embargo, era el mas fino y advertido de todos los hermanos; y hablaba poco, pero escuchaba mucho. Llegó un año fatalísimo, y el hambre fue tan grande, que estos desvalidos leñadores resolvieron deshacerse de sus hijos. Una noche que sus hijos estaban acostados, y que el leñador se hallaba con su muger al lado del faego, le dijo á esta su marido con el

corazon traspasado de dolor: Bien ves que ya no podemos sustentar á nuestros hijos; yo no tendria valor para verlos morirse de hambre à mi vista, y estoy resuelto á dejarlos perderse mañana en el monte, lo cual será cosa muy fácil; porque mientras que ellos se diviertan en hacinar, no tenemos mas que huirnos sin que nos vean. ¡ Ah! exclamó la leñadora, ¿ serias capaz de tomar á tu cargo el abandonar á tus hijos? Por mas que su marido le representó la suma pobreza suya, no podia la leñadora resolverse á consentir en nada; porque aunque necesitada, era siempre madre de sus hijos. Sin embargo habiendo considerado cuanto dolor le causaria el verlos morirse de hambre, consintió en la propuesta de su marido, y se fue llorando á la cama. El Polgar-cillo escuchó cuanto sus padres dijeron; porque habiendo entendido desde dentro de su cama que ellos hablaban de



negocios , se habia levantado muy quieto é introduciéndose bajo el banquillo de su padre , para oírlos sin ser visto. Volvió á acostarse otra vez ; y no durmió en lo restante de la noche cavilando sobre lo que le convenia hacer. Madrugó mucho ; se fue á orillas de un arroyo en donde se llenó de guijarrillos los bolsillos , y se volvió á casa despues. Partieron , y el pequeño Pulgarcillo no descubrió nada de lo que sabia á sus hermanos. Fueron á un espesísimo monte , en el que unos á otros no se veian á la distancia de diez pasos. El leñador se puso á cortar leña , y sus hijos á recoger chamascas para hacer haces. Cuando los padres vieron á sus hijos ocupados en trabajar , se alejaron de ellos poco á poco , y huyeron de repente por un senderillo apartado. Luego que estos muchachos se vieron solos , se pusieron á gritar y llorar á lágrima viva.

El Pulgarcillo les dejaba gritar, sabiendo muy bien por donde se volvería á su casa; porque al andar habia ido dejando caer á lo largo del camino los guijarrillos blancos que llevaba en sus bolsillos. Díjoles pues á sus hermanos: No tengais miedo, hermanos míos; nuestros padres nos han dejado aquí; pero voy á conducirlos otra vez á casa, y basta que me sigais. Le siguieron, y los llevó hasta su casa por el mismo camino que los habian traído al monte. Al principio no se atrevieron á entrar en casa, sino que todos se pusieron junto á la puerta para escuchar lo que sus padres decian.

Al tiempo mismo que los leñadores estaban llegando á su casa, les envió el señor del lugar diez escudos que les debia mucho tiempo hacia, y con los que no contaban ya. Esto les restituyó la vida, porque estas buenas gentes se morian de hambre. El leñador mandó

al punto á su muger que fuera á la carnicería. Como hacia ya mucho tiempo que ellos no habian comido, tomó la leñadora tres veces mas carne que la necesaria para la cena de dos personas. Cuando estuvieron hartos, dijo la muger: ¡Triste de mí! ¿en donde estarán ahora nuestros pobres hijos? Se regalarían con estas sobras. Pero tambien, Guillermo, tú has sido quien ha querido perderlos; bien me lo tenia yo dicho, que esto nos pesaría. ¿Qué harán ahora en ese monte? ¡Ay de mí! ¡Dios mio, los habrán comido quizá los lobos! eres bien inhumano en haber abandonado asi á tus hijos. El leñador se impacientó por último; porque su muger repitió mas de veinte veces que él se arrepentiria, y que ella lo habia previsto bien: é hizo á la leñadora la amenaza de zurrarla si no callaba. No porque el padre no lo sintiese quizá mas toda-

vía que la madre, sino que esta le rompía la cabeza, y que el leñador era del genio de otras muchas gentes que quieren mucho á las mugeres que dicen lo bueno, pero que tienen por muy molestas á las que lo están repitiendo siempre. La leñadora se deshacía en lágrimas: ¡Ay de mí! ¿en donde estarán ahora mis hijos, mis pobrecitos hijos? Ella lo dijo una vez tan recio, que habiéndolo oído los hijos que estaban en la puerta, echaron á gritar todos juntos: ¡aquí estamos! ¡aquí estamos! La madre fué volando á abrirles la puerta, y les dijo al abrazarles: ¡Cuanto me alegro de volveros á ver, hijos míos! Debeis estar muy cansados y tener mucha hambre: y tú, Periquillo, qué en lo dado estás! ven á que yo te limpie. Este Periquillo era su hijo mayor, á quien queria mas que á todos los otros, á causa de que era algo rubio y que ella lo era tam-

bien. Se pusieron los hijos á la mesa, y comieron con unas ganas que recreaban á los padres, á quienes los muchachos contaron el miedo que habian pasado en el monte, hablando casi todos á un mismo tiempo. Estas buenas gentes celebraban el tener en su compañía otra vez á sus hijos, y este contento duró tanto como los diez escudos: pero luego que se hubo gastado el dinero, cayeron de nuevo en su primera pesadumbre, y resolvieron abandonarlos por segunda vez, y para no errar el tiro llevarlos mucho mas lejos que en la primera. No pudieron hablar sobre esto tan secretamente, que no los oyese el Pulgarcillo, el que contó con salir del apuro tan airosamente como antes: pero aunque habia madrugado mucho para ir á recoger guijarrillos, no pudo conseguirlo porque halló cerrada con doble vuelta la puerta de la casa. No sabia que hacer,

cuando habiendo dado la madre un pedazo de pan á cada uno para su desayuno, pensó él que podria valerse de su pan en vez de guijarrillos, echándole por migajas á lo largo del camino por donde pasaran: se le metió pues bien en el bolsillo. Los padres condujeron á los muchachos al parage mas espeso y obscuro del monte; y luego que estuvieron en él tomaron un atajo, y los dejaron allí. El Pulgarcillo no se apesadumbró mucho, porque creia volver á hallar fácilmente su camino por medio de su pan, que habia sembrado en todos los caminos de su paso; pero se quedó muy asombrado cuando no pudo hallar ni siquiera una migaja; habian venido los pájaros, y comidoselo todo. Ételos aquí pues bien afligidos; porque cuanto mas se estraviaban, tanto mas se internaban en el monte. Habiendo anochecido, se levantó un ventarron

que les hacia un tremendo miedo. No creian oir por todas partes mas que ahullidos de lobos, que venian hácia ellos para comerlos; y casi no se atrevian á hablarse unos á otros, ni volver la cabeza. Sobrevino un aguacero que los dejó calados hasta los huesos; se resbalaban á cada paso, y caian en el barro, del que se levantaban enlodados del todo, sin saber que hacer de sus manos. El Palgarcillo trepó á lo alto de un árbol para ver si descubria algo; y volviendo la cabeza hácia todas partes, vió un corto resplandor como de una luz, pero que estaba mas allá del monte. Se bajó del árbol; y luego que estuvo en tierra no vió ya nada, lo que le desconsoló. Sin embargo, habiendo andado por algun tiempo con sus hermanos hácia donde habia visto la luz, volvió á verla al salir del bosque. Llegaron últimamente á la casa en que habia esta luz, no

sin muchos espantos, porque á menudo la perdian de vista; lo que les acontecia siempre que bajaban á alguna hondonada. Llamaron á la puerta, y vino á abrirles una buena muger. El Pulgarcillo le dijo que ellos eran unos pobres muchachos que se habian perdido en el monte, y que suplicaban que los recogiesen en aquella noche por caridad. Al verlos esta muger tan pulidos á todos, se echó á llorar, y les dijo: ¡ay de mí! pobres niños míos, ¿á donde habeis venido? sabeis bien que esta es la casa de un ogro que se come á las criaturas? ¡Triste de mí! señora, le respondió el Pulgarcillo, que temblaba con toda su fuerza, ¿qué haremos? Es cosa bien segura que los lobos del monte no dejarán de comernos en esta noche, si no quereis recogerlos en vuestra casa; y siendo esto así, queremos mas que su merced nos coma; se apiadará quizá de noso-



tros, si teneis á bien el suplicárselo. La muger del ogro, que creyó que podria ocultárselo á su marido hasta la siguiente mañana, los dejó entrar, y los llevó á calentarse al lado de una buena lumbre, pues habia un carnero enterito en el asador para la cena del ogro. Cuando ellos comenzaban a calentarse, oyeron dar tres ó cuatro fuertes aldabadas en la puerta: era el ogro que volvia. Al punto les hizo su muger esconderse bajo la cama, y marchó á abrir la puerta. El ogro preguntó al principio si estaba pronta la cena, y si habian sacado vino; y se sentó inmediatamente á la mesa. El carnero estaba chorreando sangre todavía, pero no por ello le pareció menos sabroso. Olfateaba el ogro hácia todos lados, diciendo que él olia carne fresca. Es preciso, le dijo su muger, que sea esta ternera, que acabo de preparar, lo que tú hueles.

Digo por segunda vez que me huele á carne fresca, repuso el ogro mirando de medio ojo á su muger; hay aquí algo que yo no entiendo; y al decir estas palabras se levantó de la mesa, y se fue derecho á la cama. ¡Ah! dijo, he aquí pues como quieres engañarme, maldita muger! No sé en que depende que no te como tambien á tí: te va bien con ser un animal viejo. Aquí hay caza que me llega muy á tiempo para dar de comer á tres ogros amigos míos, que han de venir á verme en estos dias: y los sacó uno tras otro de debajo de la cama. Estos pobres niños se arrodillaron pidiéndole perdon; pero trataban con el mas cruel de todos los ogros, que tan lejos de apiadarse, estaba devorándolos ya con la vista; y decia á su muger que eran unos bocados apetecibles si ella los componia con una buena salsa. El ogro se fué á tomar un buen cuchillo;

y al acercarse á estos pobres niños, iba aguzándole en una piedra larga que tenia en su mano izquierda. Ya habia cogido al uno, cuando le dijo su muger: ¿Qué quieres hacer á la hora que es? ¿No tendrás suficiente lugar mañana? Calla, repuso el ogro; estarán mas manidos con esto. Pero tienes todavia tanta carne; replicó su muger: hay aquí una ternera, dos carneros, y la mitad de un cerdo. Tienes razon, dijo el ogro, dales bien de cenar, á fin de que no se enflaquezcan, y marcha á llevarlos á acostar. La buena muger se puso loca de contento, y les dió bien de cenar; pero no pudieron atravesar bocado, tan sobrecojidos de miedo estaban. Por lo que hace al ogro, se volvió á sus tragos, sumamente alegre de tener con que agasajar tan bien á sus amigos. Bebió una docena de tragos mas de lo acostumbrado; con lo que se achispó algo, y se

vió en la precision de irse á la cama.

El ogro tenia siete hijas, que eran niñas todavía. Estas pequeñas ogresas tenian todas una hermosísima tez, porque comian carne fresca al modo de su padre; pero tenian unos ojuelos pardos y enteramente redondos, la nariz engarabatada, y una boca con unos largos dientes agudísimos, y muy apartados los unos de los otros. Ellas no eran todavía muy malas, pero prometian mucho; porque ya mordian á las criaturillas para chuparles la sangre. Las habian hecho acostarse temprano; y todas las siete estaban en una cama grande, teniendo cada una en la cabeza una corona de oro. Habia en el mismo cuarto otra cama igualmente grande, en la que la muger del ogro hizo acostarse á los siete muchachos; despues de lo cual se fue á dormir al lado de su marido. El Pulgarcillo, que habia reparado que las siete hijas del

ogro tenían coronas en la cabeza , y que temia que le pesase al ogro el no haberlos degollado en aquella noche misma , se levantó hácia la media noche ; y tomando las gorras de sus hermanos y la suya , fue muy quedito á ponerlas sobre la cabeza de las siete hijas del ogro , despues de haberles quitado sus coronas de oro que puso sobre la cabeza de sus hermanos y la suya , á fin de que el ogro los tomase por sus hijas , y á sus hijas por los niños que él queria degollar. La cosa surtió tan buen efecto como él se habia prometido ; porque habiéndose despertado el ogro á eso de la media noche , se arrepintió de haber diferido hasta el siguiente dia lo que podia egecutar en la víspera. Echóse pues de un salto fuera de su cama ; y tomando su cuchillon , dijo : vamos á ver como lo pasan nuestros tunillos ; y despachemos de una vez. Subió

pues á obscuras al cuarto de sus hijas, y se arrimó á la cama en que los niños dormían, escepto el Pulgarcillo, que tuvo mucho miedo cuando sintió la mano del ogro que le palpaba en la cabeza como lo habia practicado con las de sus hermanos. El ogro, que palpó las coronas de oro, dijo: iba yo realmente á hacer una buena obra; y veo ya muy bien que eché demasiados tragos anoche. Fue despues á la cama de sus hijas, en donde habiendo tocado las gorrillas de los muchachos, dijo: ¡ah! ételos aquí nuestros perillanes; trabajemos atrevidamente. Al decir estas palabras, degolló, sin vacilar, á todas sus siete hijas.

Muy gozoso con esta empresa, fue á acostarse otra vez al lado de su muger. Luego que el Pulgarcillo oyó roncar al ogro, despertó inmediatamente á sus hermanos, y les dijo que se vistieran cuanto antes y le siguieran. Bajaron

muy quedito al jardín ; y saltaron por encima de las tapias. Corrieron toda la noche, temblando siempre y sin saber á donde iban. Habiéndose despertado el ogro, dijo á su muger: vete allá arriba á preparar á aquellos tunillos de anoche. La ogresa se quedó pasmada de la bondad de su marido, no recelándose del modo con que él entendia que ella los preparase, y creyendo que él mandaba que fuera á vestirlos. Subió la muger arriba, en donde se quedó asombrada al ver degolladas á sus siete hijas, que estaban nadando en su propia sangre. Comenzó desmayándose (porque es el primer espediente que hallan todas las mugeres casi siempre en semejante circunstancia). Temiendo el ogro que su muger fuese demasiado pesada en desempeñar la tarea que él la habia encargado, subió arriba para ayudarla. No se quedó menos asombrado que

su muger, cuando vió aquel horrendo espectáculo. ¡Ah! ¿qué he hecho aquí? exclamó; me la pagarán aquellos desdichados, y ahora mismo. Echó un jarro de agua sobre las narices de su muger; y habiéndola hecho recobrar sus potencias, le dijo: dame pronto mis botas de siete leguas, á fin de que yo vaya á cogerlos. Salió al campo; y despues de haber corrido por todas partes, entró por último en el camino que llevaban aquellos desdichados niños, que no estaban ya mas que á cien pasos de la casa de su padre. Vieron al ogro que iba de montaña en montaña, y que atravesaba los rios tan fácilmente como hubiera pasado un arroyo. El Pulgarcillo, que vió una peña hueca inmediata al sitio en que ellos se hallaban, mandó á sus bermanos ocultarse en ella, y se coló tambien allá, mirando siempre el paradero del ogro. Este, que se hallaba muy can-



sado del largo camino que habia andado en balde ( porque las botas de siete leguas fatigan mucho al que las lleva ), quiso descansar ; y fue á sentarse sobre la peña en que los muchachos se habian escondido. Como estaba rendido ya de cansancio , se durmió despues de haber descansado un rato ; y se puso á roncar tan espantosamente que los pobres muchachos no tuvieron menos miedo que cuando tenia su cuchillo en la mano para degollarlos. El Pulgarcillo que era mas atrevido dijo á sus hermanos que huyeran prontamente hácia su casa mientras que el ogro dormia tan profundamente , y que no tuviesen cuidado de él. Dieron crédito á sus consejos , y se marcharon presto á casa. Habiéndose acercado el Pulgarcillo al ogro le sacó poco á poco las botas , y se las puso á sí mismo inmediatamente. Las botas eran grandísimas y muy anchas,

pero como ellas estaban encantadas, tenían el don de volverse mayores ó menores segun la pierna del que se las calzaba; de manera que viniéron tan justas á sus piernas como si estuvieran hechas para él. Se fué en derecha á la casa del ogro, en donde halló á su muger que lloraba al lado de sus hijas degolladas. Vuestro marido, le dijo el Pulgarcillo, está en sumo peligro; porque le ha cogido una cuadrilla de bandoleros, que han jurado matarle, si él no les da todo su oro y plata. Al tiempo que le tenían puesto el puñal sobre la garganta, me ha alcanzado á ver él, y rogádome que venga á avisaros del estado en que se halla, y á deciros que me deis cuanto caudal suyo hay, sin guardar nada, porque de otro modo le matarán sin misericordia. Como la cosa apura mucho, ha querido vuestro marido que tome yo sus botas de siete leguas, que trai-

go aquí puestas para venir con diligencia, y tambien á fin de que no creais que soi un trampeador. Enteramente atemorizada la buena de la muger, le dió al punto todo lo que ella tenia; porque este ogro no dejaba de ser un buen marido, á pesar de que se comia á los niños. Hallándose cargado pues el Pulgarcillo con todas las riquezas del ogro, se volvió á casa de sus padres, en donde fue recibido con mucha alegría.

Hay muchas gentes que no están acordes sobre esta última circunstancia, y que sostienen que el Pulgarcillo no hizo nunca semejante robo al ogro; y que á la verdad no se le habia hecho cargo de conciencia el tomar las botas suyas de siete léguas, de las cuales no se valia él mas que para correr tras los muchachitos. Estas gentes aseguran que lo saben de buena mano, y aun por haber comido y

bebido en casa del leñador. Aseguran que cuando el Pulgarcillo se hubo calzado las botas del ogro, se fue á la corte del rey, en la que sabia que daban mucho cuidado así un egército que estaba á docientas leguas de allá, como el éxito de una batalla que se habia trabado. Dicen que él fue á verse con el rey, y le dijo que si su Magestad lo deseaba, le traeria noticias del egército antes del fin de aquel dia. Le prometió el rey una cuantiosa suma de dinero si cumplia con lo que ofrecia. El Pulgarcillo trajo noticias en aquella misma noche; y habiéndose hecho conocido con esta primera carrera, ganaba cuanto queria; porque el rey le pagaba grandemente para llevar sus órdenes al egército, é infinitas damas le daban cuanto él pedia para tener noticias de sus amantes; y en esto consistió su mayor ganancia. Habia varias mugeres que le encarga-



un rey de no sé qué reino de Europa, se resolvió ir á hacer la guerra contra los infieles en la Palestina. Antes de emprender tan largo viage, puso tan buen órden en los negocios de su reino, y confi6 la regencia de 6l á un ministro tan hábil, que qued6 descansado por esta parte. Lo que mas inquietaba á este monarca era el cuidado de su familia. Habia perdido á la reina su muger, hacia poquísimo tiempo; y no habia tenido hijo ninguno en ella; pero se veia padre de tres princesas casaderas. Mi cr6nica no me ha enterado sobre sus verdaderos nombres, y únicamente sé, que como la sencillez de los pueblos daba sin ceremonia en aquellos felices tiempos, algunos renombres á las personas que se señalaban por sus buenas 6 malas prendas, habian nombrado *Dejada*, que significa indolente en estilo moderno, á la mayor de estas princesas; *Habladora*, á

la segunda; y *Finilla*, á la tercera: todos los cuales nombres tenian una perfecta conformidad con los genios de estas tres hermanas.

No se habia conocido muger tan indolente como Dejada. No se despertaba diariamente hasta la una del dia: la arrastraban á la iglesia conforme salia de la cama, con el prendido descompuesto, desabrochado su vestido, sin cotilla, y á menudo con una chinela de diferente hechura en cada pie. Corregian esta diferencia durante el dia; pero no se podia lograr jamás que esta princesa llevase mas calzado que el de sus chinelas; y se la hacia cosa insufrible el ponerse unos zapatos. Luego que Dejada habia comido, se metia en su tocador, en el que permanecia hasta la noche, empleando el tiempo restante hasta la media noche en jugar y cenar; tardaban despues tanto tiempo en desnudarla como

habian empleado en vestirla; y ella no podia lograr acostarse hasta que fuese muy de dia.

Habladora hacia otra especie de vida. Esta princesa era vivísima, y empleaba poquísimo tiempo en la compostura de su persona; pero tenia tan estremadas ganas de hablar, que no se le cerraba la boca desde que se despertaba hasta volverse á dormir otra vez. Sabia la historia de los malos matrimonios, intimidades amorosas y galanteos, no solamente de la corte, sino tambien de los mas oscuros particulares. Era ella un libro verde de cuantas mugeres hacian algunas rate-rias en sus casas para proporcionarse unos mas locidos trages; y estaba puntualmente informada de lo que ganaban la doncella de esta condesa, y el mayordomo de aquel marques. Para enterarse de todas estas cosillas, escuchaba á su nodriza y costurera con



mas gusto que hubiera oído á un embajador; y atardía en seguida con estos buenos cuentos desde su padre el rey, hasta los lacayos; porque con tal que ella hablase, no le daba cuidado ninguno á quien. El prúrito de charlar produjo tambien otro mal efecto en esta princesa. A pesar de su alta clase, sus muy familiares modales infundieron en varios pisaverdes de la corte la osadía de decirla algunos requiebros. Ella dió lisamente oídos á sus dichos amorosos, para proporcionarse la complacencia de responderles; porque era preciso que Habladora picotease de la mañana á la noche, fuese á costa de lo que se quisiese. Habladora al modo de Dejada, no se ocupaba jamas en pensar, reflexionar, ni leer; ni la inquietaban tampoco los cuidados caseros, y divertimientos que la aguja y huso proporcionan. Ultimamente estas dos hermanas, en una per-

pétua ociosidad, tenían siempre en inacción así el ánimo como las manos.

La hermana menor de estas dos princesas era de genio muy diferente. Traía en movimiento continuamente, tanto su entendimiento como su persona; tenía una estremada viveza, y se dedicaba á hacer buen uso de ella. Bailaba perfectamente, cantaba, tocaba instrumentos; tenía sumo gusto para toda las labores manuales que divierten comunmente á las personas de su sexo; ponía en órden y regla la casa real; é impedía con sus desvelos los latrocinios de los empleados subalternos; porque desde aquellos tiempos se metían á hurtar á los príncipes.

No se ceñían á esto solo sus habilidades: era muy discreta; y tenía una tan admirable presencia de ánimo, que al punto hallaba arbitrios para salir de toda especie de negocios. Esta jóven princesa habia descubierto, por medio

de su penetracion , un peligroso lazo, que un embajador de mala fe habia armado al rey su padre en un tratado que este príncipe estaba ya para firmar. El rey, para castigar la perfidia del embajador y de su monarca, mudó el artículo del tratado; y al ponerle en los términos que su hija le habia sugerido , engañó á su vez al engañador mismo. La princesa descubrió ademas una trapaceria que un ministro queria usar con el rey; y este , á sugeriones de su hija, hizo recaer la infidelidad de este hombre sobre él mismo. Dió la princesa señales de su penetracion y fino entendimiento en otras muchas ocasiones ; pero tantas, que el pueblo le dió el nombre de Finilla. La queria el rey mucho mas que á sus hermanas; y se fiaba tanto en su discrecion, que á no tener mas hija que ella, se hubiera marchado descuidado; pero le infundia tanta desconfianza el

porte de las otras hijas suyas, cuanta confianza el de Finilla. Por lo mismo, para estar seguro de los pasos de su familia, como él creia estarlo de los de sus vasallos, dió las providencias que voy á esponer.

Todos han oido hablar de las portentosas virtudes de las hadas. El rey pues de quien trato, era íntimo amigo de una de estas mugeres hábiles; fue á verse con esta amiga, le hizo presente la inquietud que sus hijas le causaban; y dijo, no porque las dos mayores de que me inquieto, hayan hecho jamás cosa ninguna contraria á sus obligaciones; sino porque tienen tan poco talento, son tan imprudentes, y viven en tan grande ociosidad que temo que durante mi ausencia se metan en locos galanteos para tener con que divertirse. Por lo que hace á Finilla, estoy seguro de su virtud; la trataré sin embargo como á las otras,

para hacerlo todo igual; por lo que os ruego, sabia hada, que me hagais tres ruelas de vidrio para mis hijas, que estén hechas con tal arte, que cada una de las ruelas no deje de romperse, luego que aquella de quien sea, haga algo contra su gloria.

Como esta hada era de las mas hábiles, dió á este príncipe tres ruelas encantadas, y labradas con todo el esmero necesario para el designio que él tenia. Pero el rey no se contentó con esta precaucion; sino que ademas llevó á las princesas á una altísima torre que estaba edificada en un sitio muy solitario. El rey dijo á sus hijas que le daba para morada soya la torre por todo el tiempo de su ausencia, y que les prohibia el recibir á ninguno, fuese quien fuese. Les quitó todos los empleados de uno y otro sexo; y despues de haberles hecho el regalo de las ruelas encantadas, cuyas propie-

dades les esplicó él , abrazó á las princesas ; cerró las puertas de la torre, llevándose las llaves consigo mismo , y partió despues.

Va á creerse sin duda , que estas princesas corrian allí el peligro de morir de hambre ; pero no hay semejante cosa , pues se habia tenido la cautela de fijar una gran polea , en una de las ventanas de la torre , con una cuerda que las princesas ataban un canastillo que hacian bajar todos los dias. Se ponian en este canastillo las provisiones para el dia , y luego que las princesas le habian subido , recogian cuidadosamente la cuerda en su cuarto.

Dejada y Habladora hacian en este desierto una vida que las desesperaba ; y estaban tan aburridas que no hay expresiones capaces de manifestarlo ; pero era preciso tener paciencia ; porque les habian pintado tan terrible la rueca , que temian que el primer paso

algo equívoco la hiciese romperse.

Por lo que hace á Finilla no estaba aburrida de modo ninguno; su huso, aguja é instrumentos músicos le suministraban suficientes diversiones; y ademas de esto, en virtud de órdenes del ministro que gobernaba el estado, se ponian en el canastillo de las princesas algunos escritos que las informaban de cuanto pasaba dentro y fuera del reino; el rey habia dado licencia para ello; y el ministro, con el fin de hacer su corte á las princesas, no dejaba de ser puntual sobre este artículo. Finilla leia muy diligente todas estas noticias, que le servian de entretenimiento. En cuanto á sus dos hermanas, no se dignaban ni aun de prestar la menor atencion á semejantes escritos; decian que estaban tan apesadumbradas, que no tenian valor para distraerse con semejantes cosas; y les eran necesarios los naipes

á lo menos para espaciarse durante la ausencia de su padre.

Pasaban ellas así tristemente su vida quejándose de su suerte; y creo que no dejaron de decir: *que mas vale haber nacido feliz que hijo de rey.* Se asomaban con frecuencia á las ventanas de su torre, para ver á lo menos lo que pasaba en el campo. Un día en que Finilla se dedicaba en su cuarto á alguna pulida labor, sus hermanas, que estaban en la ventana, vieron al pie de su torre á una pobre vestida toda de andrajos, que les pintaba á gritos muy patéticamente su miseria; les rogaba con las manos juntas que la dejasen entrar en su palacio, representándoles que ella era una desdichada estrangera que poseia mil habilidades, y les serviria con la mas puntual fidelidad. Las princesas se acordaron desde luego de la órden que su padre el rey habia dado, para no



permitir que nadie entrase en la torre; pero Dejada estaba tan cansada de servirse por sí misma, y Habladora tan fastidiada de hablar con sus hermanas únicamente, que la gana que la una tuvo de peinarse menudamente; y la diligencia que la otra manifestó en tener una persona mas con quien charlar, las obligó á resolverse á permitir que la pobre estrangera entrase.

¿Piensas acaso, dijo Habladora á su hermana, que la prohibicion del rey se estiende á gentes de la clase de esta desdichada? Soy de parecer que podemos recibirla sin temor ninguno de las resultas. Harás lo que mas gustes, hermana, dijo Dejada. Habladora que no esperaba mas que este beneplácito, bajó al punto el canastillo: metióse la pobre muger dentro de él, y la subieron las princesas con la ayuda de la polea.

Luego que esta muger estuvo en presencia de las princesas , el horrible desaseo de sus vestidos las disgustó , y quisieron darle otros ; pero les respondió ella que se los mudaría en el siguiente dia , y que por el pronto iba á pensar en servir las. Cuando la pobre acababa de hablar , volvió Finilla de su cuarto. Esta princesa se quedó sumamente asombrada de ver con sus hermanas á aquella desconocida ; le dijeron ellas por qué motivos la habian hecho subir ; y Finilla que vió que era una cosa ya hecha , disimuló el sentimiento que semejante imprudencia le causó.

Entre tanto la nueva sirvienta de las princesas dió mil vueltas por el palacio , socolor de servir las ; pero en la realidad para observar la disposicion del interior suyo : porque no sé si el lector se lo recela ya , pero esta supuesta pordiosera era nada menos que

el hijo mayor de un rey poderoso, vecino del padre de las princesas. Este jóven príncipe, que era uno de los mas artificiosos espíritus de su tiempo, gobernaba enteramente al rey su padre; y no le era necesaria mucha sutileza para esto, porque este rey era de genio tan blando y condescendiente, que le habian dado el renombre de *muy benigno*. Por lo tocante al jóven príncipe, como él no trataba mas que por medio de artificios y rodeos, le habian apellidado los pueblos *Rico en cautela*; y para abreviar, decian *Rico-cautela*.

Este príncipe tenia un hermano menor, que estaba tan lleno de buenas prendas como el mayor lo estaba de malas: sin embargo, y á pesar de la diversidad de genios, reinaba una tan perfecta union entre ambos hermanos, que tenia atónitos á todos. Ademas de los dones intelectuales que el prínci-

pe menor poseia , su hermoso rostro y gentileza personal eran tan recomendables , que á causa de ello le habian nombrado *Hermoso de ver*. El príncipe Rico-cautela habia sugerido al embajador del rey su padre aquel pérfido rasgo , que la destreza de Finilla habia hecho recaer sobre ellos. Rico-cautela , que apenas quería ya al rey , padre de las princesas , habia acabado con esto de cobrarle aversion; asi cuando supo las precauciones que este príncipe habia tomado con respecto á sus hijas , tuvo la perniciosa complacencia de dejar burlada la prudencia de un padre tan receloso. Rico-cautela consiguió licencia de su padre para emprender un viage bajo diversos pretextos que él inventó ; y tomó unas precauciones que le facilitaron entrar en la torre de las princesas , como se ha visto.

Al examinar este príncipe el pala-

cio, notó que era fácil á las princesas el hacerse oír de los pasajeros; y de ello dedujo que le convenia guardar su disfraz por todo el dia; porque si las princesas le echaban de ver, podrian llamar gente, y mandar castigarle por su temeraria empresa. Conservó pues durante todo el dia los vestidos y trazas de una pordiosera de profesion; y llegada la noche, luego que las tres hermanas hubieron cenado, arrojó Rico cautela los andrajos que le cubrian, y dejó ver unos vestidos de caballero llenos de oro y piedras preciosas. Quedaron tan espantadas las pobres princesas con esta vista, que todas echaron á huir precipitadamente. Finilla y Habladora que eran ágiles, llegaron bien presto á su cuarto; pero Dejada, que apenas tenia la costumbre de andar, se vió alcanzada del príncipe en un instante.

Se echó él á sus pies inmediata-

mente, le declaró quien era, y le dijo que la fama de su hermosura y retratos suyos le habían obligado á dejar una deliciosa corte, para venir á ofrecerle sus deseos y fe. Dejada se vió tan perdida al principio, que no podía responder al príncipe, que permanecía arrodillado siempre; pero como él al mismo tiempo de decirle mil requiebros, y hacerla no menor número de protestaciones, la conjuraba ardientemente que le recibiese por esposo desde aquel instante mismo, su natural desidia no le dejó valor para disputar, y dijo flojamente á Rico-cautela, que le creía sincero, y que aceptaba su fe; y sin observar mayores formalidades quedó consumado el matrimonio; pero por lo mismo perdió con ello su rueca, que se hizo mil añicos.

Entre tanto Habladora y Finilla se hallaban sumamente inquietas; cada

una de ellas se habia ido á su cuarto separadamente, y encerrádose en él. Estos cuartos estaban muy apartados uno de otro; y como cada princesa ignoraba la suerte de sus hermanas, pasaron todas ellas la noche sin cerrar los ojos. En la siguiente mañana llevó el pernicioso príncipe á Dejada á una habitacion baja que habia al cabo del jardin; en donde esta princesa manifestó á Rico cautela la inquietud con que la tenian sus hermanas, aunque no se atrevia á ponerse en presencia suya, temiendo que ellas censurasen mucho su matrimonio. Díjole el príncipe que tomaba á su cargo el hacérsele aprobar; despues de algunos discursos, salió y encerró á Dejada sin que lo advirtiese ella; y en seguida se puso á buscar diligentemente á las princesas. Estuvo algun tiempo sin poder descubrir en que cuartos estaban encerradas. Finalmen-

te , como la gana que Habladora tenia de hablar siempre fuese causa de que esta princesa charlase enteramente solo quejándose , se acercó á la puerta de su cuarto el príncipe , y la vió por el agujero de la cerradura.

Rico-cautela le habló al traves de la puerta , y le dijo como lo habia dicho á su hermana , que el deseo de ofrecerle su corazon y fe le habia movido á entrar en la torre. Alababa con exageracion su hermosura y talento ; y Habladora , que estaba muy persuadida de que ella poseia sumo mérito , fue tan loca que creyó cuanto el príncipe le decia , y le respondió con un flujo de palabras que eran algo obsequiosas. Era preciso que esta princesa tuviese un sumo furor de charlar , para corresponder como ella correspondia en semejantes circunstancias ; porque se hallaba estremadamente abatida , fuera de que no habia comido nada en to-



do el día, por la razón de que no había en su cuarto cosa ninguna propia para comer. Como ella era de una suma pereza, y que en nada pensaba nunca mas que en hablar, no tenía la menor prevision; cuando necesitaba algo, recurría á Finilla; y esta amable princesa que era tan laboriosa y prevenida como sus hermanas lo eran poco, tenía siempre en su cuarto una infinidad de mazapanes, bollos, dulces secos y compotas que ella misma hacia. Habladora, pues, que no poseía los mismos beneficios, y que se sentía apurada de hambre y tiernas protestas que el príncipe le hacia al traves de la puerta, la abrió últimamente á este seductor, y luego que hubo abierto, hizo al lado de ella todavía perfectamente del cómico el príncipe, pues habia estudiado bien su papel.

Salieron en seguida ambos de aquel cuarto, y fueron á la repostería del

palacio, en donde hallaron toda especie de frescos; porque el canastillo proveia de ellos siempre anticipadamente á las princesas. Habladora continuaba al principio muy cuidadosa del paradero de sus hermanas; pero se figuró despues allá en su ánimo, con no sé qué fundamento, que ellas estaban sin duda en el cuarto de Finilla, en que no carecian de nada. Rico-cautela se esforzó cuanto pudo para confirmarla en esta idea, y le dijo que irian á verse con estas princesas por la noche: no siendo ella de este dictámen, respondió que era preciso ir á buscarlas despues de haber comido.

Ultimamente el príncipe y princesa comieron juntos en muy buena armonía; y acabada la comida solicitó Rico-cautela ir á ver la hermosa habitacion del palacio: dió la mano á la princesa, que le condujo á aquel

sitio; y luego que estuvo allí comenzó á ponderar el cariño con que la miraba, y beneficios que ella tendria en casarse con él. Le dijo, como habia dicho á Dejada, que debia aceptar su fe en el momento mismo, porque si ella iba á verse con sus hermanas antes de haberle recibido por esposo suyo, no dejarian ellas de oponerse á esto supuesto que siendo él sin contradiccion el príncipe vecino mas poderoso, parecia mas verosímilmente un acomodo para la mayor que para ella; y que asi aquella princesa no consentiria jamas en un enlace que él deseaba con todo el ardor imaginable. Habladora, despues de algunos discursos que no significaban nada, fue tan extravagante como lo habia sido su hermana; aceptó por esposo suyo al príncipe; y no se acordó de los efectos de su rueca de vidrio, hasta despues que la vió hecha mil pedazos.

Habladora se volvió por la noche á su cuarto con el príncipe; y la primera cosa que se presentó á la vista de esta princesa, fue su rueca de vidrio hecha mil añicos. La turbó este espectáculo; y le preguntó el príncipe la causa de su alteracion. Como la rabia de hablar la hacia incapaz de callar cosa ninguna, dijo neciamente á Rico-cautela el misterio de las ruecas; y este príncipe tuvo una alegría de malvado, de ver que con ello el padre de las princesas quedaria enteramente convencido de la mala conducta de sus hijas.

Habladora sin embargo no se hallaba ya de humor para ir en busca de sus hermanas; temia con fundamento que ellas no pudiesen aprobar su conducta; pero el príncipe se ofreció á ir á verlas, y dijo que no le faltarian medios para persuadirlas que la aprobaran. Despues de esta seguridad, la

princesa, que no habia dormido en toda la noche, se adormeció; y durante su sueño, la cerró con llave Rico-cautela, como lo habia practicado con Dejada.

¿No es verdad que este Rico-cautela era un malvado de profesion, y ambas princesas unas débiles é imprudentes jóvenes? Me mueven á ira todas estas gentes, y no dudo de que le suceda lo mismo al lector; pero no tiene este que inquietarse porque todas ellas llevarán su merecido. Unicamente la prudente y valerosa Finilla saldrá triunfante.

Luego que este pérfido príncipe hubo encerrado á Habladora; fue á todos los cuartos del palacio unos tras otros; y como los halló abiertos todos, concluyó que uno solo, que él veia cerrado por dentro, era seguramente el en que Finilla se habia retirado. Como habia compuesto una arenga circular,

fue á encajar en la puerta de Finilla las mismas cosas que habia dicho á sus hermanas. Pero esta princesa, que no era una boba como sus hermanas, le escuchó por mucho tiempo sin responderle nada. Viendo últimamente la princesa que él estaba cerciorado ya de que ella se hallaba en aquel cuarto, le dijo que si estaba tan viva y sinceramente enamorado de ella como sus palabras querian persuadirlo, le rogaba que se bajase al jardin cerrando tras si la puerta; y que ella le hablaria despues, mientras que á él le agrada-se, por la ventana de su cuarto que caia al jardin.

Rico-cautela no quiso aceptar esta propuesta, y como la princesa se obstinaba siempre en no querer abrir, este perverso príncipe, poseido de impaciencia fue en busca de una acha, y echó abajo la puerta. Halló á Finilla armada con un gran martillo, que

habian dejado por casualidad en un guardaropa inmediato á su cuarto. La conmocion animaba la tez de esta princesa: y aunque parecia que sus ojos estaban llenos de ira, se le figuró á Rico cautela ver la mas peregrina hermosura en Finilla. Quiso echarse á sus plantas; pero le dijo ella con soberbia y retrocediendo: si os acercais á mí, príncipe, os hendiré la cabeza con este martillo. ¡Qué! hermosa princesa, exclamó Rico cautela con su tono hipócrita, el amor con que uno os mira, se atrae tan cruel odio! Se puso á preconizarla de nuevo, pero de uno á otro extremo del cuarto, el violento ardor que la fama de su hermosura y maravilloso talento le habia infundido. Añadió que no se habia disfrazado mas que para venir á ofrecerla respetuosamente su pecho y mano; y le dijo que ella debia perdonar á su veemente pasion

la osadía que le habia arrastrado á forzar su puerta. Finalizó queriendo persuadirle, como lo habia hecho con sus hermanas, que le interesaba á ella el recibirle por esposo suyo cuanto antes. Dijo ademas á Finilla que él estaba ignorante del parage á que se habian retirado sus hermanas, á causa de que no se habia tomado la molestia de buscarlas, no habiendo pensado sino en ella únicamente. Fingiéndola diestra princesa que se aplacaba, le dijo que era necesario buscar á sus hermanas, y que todos juntos tomarian despues las correspondientes providencias; pero Rico cautela le respondió que él no podia resolverse á ir en busca de las princesas, sin que ella hubiese consentido en ser muger suya; por que sus hermanas no dejarian de oponerse á ello, á causa del derecho suyo de primogenitura.

Finilla, que con razon desconfiaba



de este pérfido príncipe, concibió duplicadas sospechas con esta respuesta; tembló de lo que podría haber acontecido á sus hermanas; y se resolvió á vengarlas con aquel mismo golpe, que á sí misma la preservaría de una desgracia parecida á la que en concepto suyo habian experimentado ellas. Esta jóven princesa dijo pues á Rico-cautela que ella consentia sin dificultad ninguna en casarse con él; pero que estaba persuadida de que eran desgraciados siempre los matrimonios hechos de noche; que así le rogaba que remitiera á la siguiente mañana la ceremonia de darse fe recíproca; añadió que le aseguraba que ella no pondría nada en noticia de las princesas; le dijo que le suplicaba la dejase sola por algun tiempo, para pensar en el cielo; que le llevaria ella despues á un cuarto en que él hallaria una muy buena cama, y en seguida se vol-

veria á encerrarse ella en su cuarto hasta el siguiente dia.

Rico-cautela, que no era uno de los mas valerosos personajes, y que veia armada siempre á Finilla de un martillo, con que ella jugueteaba como con un abanico; Rico-cautela, repito, consintió en lo que deseaba la princesa; y se retiró, para dejarla entregada por algun tiempo á la meditacion. No bien se hubo marchado el príncipe, cuando Finilla voló á hacer una cama sobre el agujero de una alcantarilla que habia en un cuarto del palacio. Este cuarto estaba tan aseado como cualquier otro, pero echaban en el agujero de este sumidero, que era muy espacioso, todas las inmundicias del palacio. Finilla puso cruzadas sobre el agujero dos palos muy delgados; despues hizo por encima muy aseadamente una cama, y se volvió inmediatamente á su cuarto. Vino de

allí á un instante Rico-cautela, le condujo la princesa á donde ella acababa de hacer la cama, y se retiró. El príncipe se echó sin desnudarse en la cama precipitadamente; y rompiéndose de un golpe con su pesadez los paliños, cayó Rico-cautela en el fondo de la alcantarilla, sin poder retenerse, haciéndose mil chichones en la cabeza, y fracturándose en todas partes. La caída del príncipe hizo un gran ruido en el canal; por otra parte, estaba cerca de allí el cuarto de Finilla; esta supo al punto que su artificio habia tenido el buen éxito que ella se prometia, y experimentó en su interior una alegría que le fue sumamente agradable. No puede pintarse el gusto que ella tuvo de oírle chapuzar en la alcantarilla. El príncipe tenia bien merecido este castigo, y la princesa tenia razon en celebrarlo. Pero su gozo no la ocupaba en tanto

grado, que dejase de pensar en sus hermanas. Su primer cuidado fue el de buscarlas. Le fue fácil el hallar á Habladora. Rico cautela, despues de haber encerrado á esta princesa con doble vuelta, habia dejado la llave en su cuarto. Entró Finilla en él con apresuramiento; y el ruido que ella hizo, despertó de sobresalto á su hermana. Esta se quedó bien confusa al ver á Finilla, la cual le contó de que manera se habia deshecho del trapacero príncipe que habia venido para ultrajarlas. Esta noticia fue una puñalada para Habladora; porque, á pesar de su cháchara, era tan poco advertida, que se habia creído ridículamente cuanto Rico-cautela le habia dicho. Hay todavía bobas como esta en el mundo. Disimulando esta princesa su estremado sentimiento, salió de su cuarto para ir con Finilla en busca de Dejada. Ellas recorrieron todos los cuartos del pala-

cio sin poder encontrar á su hermana; últimamente, le ocurrió á Finilla que quizás estaria ella en el cuarto del jardin; y en él la halláron efectivamente, medio muerta de desesperacion y flaqueza; porque no habia comido bocado en todo aquel dia. Las princesas la dieron todos los auxilios necesarios; en seguida, tuvieron juntas algunas esplicaciones que causaron un mortal dolor á Dejada y Habladora; y todas tres se fueron despues á descansar.

Rico cautela entre tanto pasó la noche con muchísima incomodidad; y no le fue casi mejor, luego que amaneció. Este príncipe se hallaba en unas cavernas, cuyo horror no podia presentarse á sus ojos, á causa de que nunca entraba en ellas la claridad. Sin embargo, á puro atormentarse halló la salida de la alcantarilla, que caia á un rio, que estaba muy distante del palacio. Halló modo de hacerse enten-

der de personas que estaban pescando en aquel rio, del que le sacaron en un estado que causaba lástima á aquellas buenas gentes.

Mandó que le trasladaran á la corte del rey su padre, para curarse con todo espacio, y la desgracia que le habia acaecido, le hizo concebir tanto odio contra Finilla, que pensó menos en curarse que en vengarse de ella.

Esta princesa pasaba tristísimos momentos; la gloria le era mas querida mil veces que la vida; y la vergonzosa flaqueza de sus hermanas le causaba una desesperacion que con mucha dificultad podia dominar. Sin embargo, la mala salud de estas dos princesas, á que habian dado origen las resultas de sus indignos casamientos, probó de nuevo la constancia de Finilla. Rico-cantela, que era ya un hábil trapacero, reunió todo su talen-

to despues de este lance para ser tra-  
pacerísimo. La alcantarilla y contusio-  
nes no le causaban tanto pesar , co-  
mo el despecho de haber hallado á  
uno mas fino que él. Se sospechó las  
resultas de los dos matrimonios ; y para  
tentar á las dos princesas enfermas,  
mandó llevar , bajo las ventanas de  
su palacio , grandes cajas llenas de ár-  
boles enteramente cargados de her-  
mosas frutas. Dejada y Habladora, que  
con frecuencia se asomaban á las ven-  
tananas , no dejaron de ver estas fru-  
tas: tuvieron al punto fuertes ganas  
de comerlas ; y persiguieron á Finilla  
para que bajara en el canastillo á co-  
ger algunas. La condescendencia de  
esta princesa fue tan grande, que tu-  
vo á bien el contentar á sus herma-  
nas; bajó , y les trajo de aquellas bue-  
nas frutas que ellas comieron con la  
mayor ansia.

Se dejaron ver otras especies de

frutas en el siguiente día. Nuevas ganancias de las princesas, y nueva condescendencia de Finilla; pero los criados de Rico cautela, escondidos, y que habian errado el tiro en la primera vez, no le erraron en esta; cogieron á Finilla, y se la llevaron á vista de sus hermanas, que se mesaban el cabello de desesperacion.

Los satélites de Rico cautela se condujeron tan bien, que llevaron á Finilla á una casa de campo en que se hallaba el príncipe para acabar de restablecer su salud. Como estaba sumamente iracundo contra esta princesa, le dijo mil cosas brutales, á las que ella respondió siempre con una entereza y magnanimidad dignas de una heroína como ella era. Ultimamente, despues de haberla guardado presa por unos dias, mandó que la llevaran á la cumbre de una altísima montaña, á la que él mismo llegó un momen-



to despues de ella. Le hizo saber en aquel sitio, que iban á hacerla morir de un modo que le dejaria vengado de los chascos que ella le habia dado. Le enseñó despues bárbaramente este pérfido príncipe un tonel lleno todo él por dentro de cortaplumas, navajas de afeitar y escarpías; y le dijo que para castigarla como ella merecia, iban á echarla en aquel tonel, y rodarle despues de lo alto de la montaña abajo. Aunque Finilla no era Romana, no se atemorizó mas con el martirio que la preparaban, que en otros tiempos se habia atemorizado Régulo á la vista de una suerte parecida. Esta princesa conservó toda su firmeza, y aun presencia de ánimo. Rico caatela, en vez de admirarse de la heroica entereza de Finilla, concibió una nueva rabia contra ella, y trató de acelerar su muerte. Con esta mira, se bajó hácia la

entrada del tonel que habia de ser el instrumento de su venganza, para examinar si estaba bien pertrechado de sus armas mortíferas. Finilla, que vió á su perseguidor atento en mirar, no malogró la ocasion, le hechó en el tonel, y le hizo rodar de arriba abajo de la montaña, sin dar lugar al príncipe para reconocerse. Echó á huir ella despues de este lance; los criados del príncipe, que habian visto con sumo pesar el modo cruel con que su amo queria tratar á esta amable princesa, no se tomaron la molestia de ir persiguiéndola para detenerla. Por otra parte, estaban tan atemorizados con lo que acababa de suceder á Rico-cautela, que no pudieron en cosa ninguna mas que en detener el tonel que corria con suma violencia; pero fueron en balde sus esfuerzos; por que el tonel marchó rodando hasta el pie de la montaña, y sacaron de

él á su príncipe todo plagado de heridas.

El contratiempo de Rico cautela dejó desesperados al rey Muy benigno, y al príncipe Hermoso de ver. En cuanto á los pueblos de sus dominios, no los conmovió esto. Rico-cautela era muy aborrecido; y aun se admiraban de que el príncipe jóven, que tenia tan nobles y generosas ideas, pudiese querer tanto á su indigno hermano mayor. Pero el buen natural de Hermoso de ver era tal, que tenia sumo apego á todos los de su sangre; y Rico-cautela habia tenido siempre la destreza de manifestarle tanto afecto, que este generoso príncipe no hubiera podido desentenderse nunca de corresponderle con viveza. Hermoso de ver, pues, se afligió en extremo con las heridas de su hermano, y se valió de todos los medios imaginables para curarlas. Sin

embargo, y á pesar de los solícitos desvelos con que todos concurrieron para esta cura, Rico cautela no hallaba alivio ninguno; por el contrario, parecia que sus llagas se enconaban mas y mas, y que habian de hacerle sufrir por mucho tiempo.

Finilla, despues de haberse salvado del horrendo peligro que habia corrido, volvió á llegar todavía con felicidad al palacio en que habia dejado á sus hermanas; y no estuvo allí mucho tiempo sin verse asaltada de nuevas pesadumbres. Las dos princesas parieron cada una un hijo, con lo que Finilla se vió sumamente apurada. Sin embargo, no se abatió jamas el valor de esta princesa; y la gana que ella tenia de ocultar el oprobio de sus hermanas, la obligó á resolverse á correr nuevos peligros, á pesar de lo bien conocidos que ella los tenia. Para el buen éxito de sus

designios, tomó cuantas disposiciones pueden sugerirse por la prudencia; se disfrazó de hombre; cerró á los hijos de sus hermanas en unas cajas, haciendo en ellas agujerillos al frente de la boca de los niños para dejarles la respiracion; tomó un caballo; se llevó estas cajas con algunas otras; y llegó con estos atavíos á la ciudad capital del rey Muy benigno, en donde se hallaba Rico-cantela.

Luego que Finilla estuvo en esta ciudad, supo que el modo magnífico con que el príncipe Hermoso de ver recompensaba los remedios que daban á su hermano, habia atraído hácia la corte á todos los curanderos de la Europa; porque desde aquellos tiempos habia una infinidad de aventureros sin destino ni talento, que se hacian pasar por hombres admirables, y que habian recibido algunos dones celestiales para curar toda especie de

dolencias. Estas gentes, cuya única ciencia se reducía á embelecar con osadía, hallaban siempre mucha creencia en los pueblos. Sabían engañar por medio de su raro exterior y extravagantes nombres que ellos tomaban. Esta especie de médicos no se queda nunca en su pueblo nativo; y la prerogativa de venir de lejos les sirve de mérito á menudo entre el vulgo.

Bien enterada de todo esto la ingeniosa princesa, tomó un nombre extraño para aquel reino: este nombre era el de Sanacio; hizo publicar despues en todas partes, que el caballero Sanacio habia llegado con raros secretos para curar todo género de heridas las mas peligrosas y enconadas. Hermoso de ver envió á buscar inmediatamente al pretenso caballero. Vino Finilla, hizo el papel del mejor médico empírico de la tierra, encajó cinco ó seis

dichos del arte con despejado tono, y de modo que nada les faltaba. Esta princesa se quedó asombrada de la bella presencia y agradables modales de Hermoso de ver, y despues de haber discurrido con este príncipe por un rato sobre las heridas de Rico-cautela, dijo que iba á buscar una botella de un agua incomparable, y que entretanto dejaba dos cajas que habia traído, que contenian famosos unguentos muy acomodados para el herido príncipe.

Salióse con esto el supuesto médico; él no daba la vuelta; y se impacientaban ya mucho con verle tardar tanto. Ultimamente, cuando iban á enviar para suplicarle que volviera, se oyeron algunos gritos de criaturillas en el cuarto de Rico-cautela. Esto dejó atónitos á todos; porque no habia niño ninguno á la vista. Alguno aplicó el oido; y descubrieron que aquellos gri-

tos salian de las cajas del empírico.

Eran en efecto los sobrinos de Finilla. Esta princesa les habia dado mucho alimento antes de traerlos al palacio; pero como hacia ya mucho tiempo, los niños deseaban otro nuevo, y esplicaban su necesidad cantando por un tono doliente. Abrieron las cajas; y se asombraron infinito de ver efectivamente en ellas á dos muchachos, que se tuvieron por muy bonitos. Rico-cantela se receló al punto que era un nuevo chasco de Finilla; lo cual le causó una furia que no es posible pintar; y su mal se agravó en tanto grado, que se vió claramente que no podia escaparse de la muerte.

Hermoso de ver se hallaba inconsolable con ellos; y Rico-cantela, pérfido hasta su postrer aliento, pensó en abusar del afecto de su hermano, y le dijo: Me has querido siempre, príncipe, y lloras mi pérdida. No me son



necesarias nuevas pruebas de tu cariño en lo concerniente á la vida. Voy á morirme; pero si me has profesado un verdadero afecto, dame palabra de acordarme la súplica que voy á hacerte.

Hermoso de ver, que no se sentia con fuerzas de negar nada á su hermano en el estado en que se hallaba en aquel momento, le prometió, con los mas terribles juramentos, que le acordaria cuanto pidiera. Así que Rico-cautela hubo oido estos juramentos, dijo á su hermano abrazándole: me muero consolado, supuesto que me vengarán; porque la súplica que tengo que hacerte, es la de pedir en matrimonio á Finilla luego que yo me muera. Obtendrás sin duda ninguna á esta maligna princesa; y así que ella esté en poder tuyo, le meterás un puñal en el pecho. Hermoso de ver se horrorizó de semejantes palabras; se arrepintió de

sus imprudentes juramentos; pero no era tiempo de desdecirse, y no quiso manifestar señal ninguna de arrepentimiento á su hermano que espiró de allí á unos momentos. Esta muerte causó infinita pesadumbre al rey Muy benigno. Por lo que hace á sus pueblos, bien lejos de llorar á Rico cautela, celebraron en extremo que su muerte asegurase la sucesion del reino á Hermoso de ver, cuyo mérito tenia cautivados todos los espíritus.

Finilla, que por otra nueva vez se habia vuelto con felicidad al lado de sus hermanas, supo en breve la muerte de Rico cautela; y anunciaron poco tiempo despues á las princesas la vuelta de su padre el rey. Este monarca fue apresurado á su torre; y el primer cuidado suyo fue el de ver las ruecas de vidrio. Dejada fue á buscar la rueca de Finilla, la enseñó al rey;

y habiendo hecho despues una profunda reverencia , volvió á llevar la rueca al sitio en que la habia tomado. Habladora hizo igual manejo ; y Finilla trajo sucesivamente su rueca ; pero el rey , que era receloso , quiso ver las tres ruecas á un mismo tiempo. Unicamente Finilla pudo mostrar la suya ; y se puso tan furioso el rey contra las otras dos hijas mayores , que sin dilacion ninguna las envió á la hada que le habia dado las ruecas , rogándole que las guardara por toda su vida al lado suyo , y las castigase como ellas lo merecian.

La hada , para dar principio al castigo de las princesas , las llevó á una galeria de su palacio encantado , en donde ella habia mandado pintar la historia de infinitas mugeres ilustres , que se habian hecho célebres por medio de sus virtudes y laboriosa vida.

Todas estas figuras, por un portentoso efecto del arte de la hechiceria, tenian movimiento, y estaban en continua accion desde la mañana hasta la noche. Por todas partes se veian trofeos y divisas en honor de estas virtuosas mugeres; y no fue una leve mortificacion para ambas hermanas, el comparar los triunfos de estas heroínas con la situacion abatida á que su desgraciada imprudencia las habia reducido. Para colmo de sentimiento, les dijo la hada con gravedad, que si ellas se hubieran ocupado tan bien como aquellas cuyas pinturas estaban á su vista, no hubieran caido en los indignos extravios en que se habian perdido; pero que la ociosidad era *la madre de todos los vicios*. La hada añadió, que ella iba á ocuparlas de una buena manera, para impedirles de recaer nunca en semejantes desdichas, y hacerles reparar el tiempo

que ellas habian malogrado. En efecto, obligó á las princesas á emplearse en las faenas mas ordinarias y viles; y sin atender á su tez, las enviaba á coger guisantes en sus huertos y arrancar malas yerbas. Dejada no pudo resistir á la desesperacion que ella tuvo de hacer una vida tan poco conforme con sus inclinaciones; se murió de pesadumbre y fatiga. Habladora, que de allí á algun tiempo halló arbitrio para escaparse por la noche del palacio de la hada, se rompió la cabeza en un árbol, de cuya herida murió en poder de los aldeanos.

El bello natural de Finilla le hizo experimentar un vivo sentimiento con la suerte de sus hermanas; y en el seno de sus pesares llegó á saber, que el príncipe Hermoso de ver habia mandado pedirla en matrimonio á su padre el rey, que lo habia acordado sin avisárselo á ella; porque desde aque-

llos tiempos, lo menos que se atendia en los casamientos era la inclinacion de los novios. Finilla se estremeci6 con esta noticia: temia ella, y con fundamento, que el odio que Rico-cautela le habia manifestado, hubiese pasado al corazon de un hermano que le queria tanto; y se recel6 que este j6ven pr6ncipe quisiera casarse con ella para sacrificarla 6 su hermano. Dominada de esta inquietud la princesa, fue 6 consultar la sabia hada, que la estimaba tanto cuanto menospreciaba 6 Dejada y Habladora.

La hada no quiso revelar nada 6 Finilla, y 6nicamente le dijo: Princesa, sois sabia y prudente; y no habeis tomado hasta ahora tan buenas disposiciones en vuestra conducta, mas que penetr6ndoos bien siempre de que *la desconfianza es la madre de la seguridad*. Continudad acord6ndoos vivamente de esta importante m6xima; y con-

seguireis ser dichosa sin el auxilio de mi arte. No habiendo podido sacar Fí-nilla otras luces de la hada, se volvió estremadamente agitada al palacio.

De allí á unos dias, se casó con esta princesa un embajador en nombre del príncipe Hermoso de ver; y la llevaron para hallarse con su esposo en una magnífica carroza. Hizo igualmente una suntuosa entrada en las dos primeras ciudades fronterizas del rey Muy benigno; y se encontró en la tercera con el príncipe Hermoso de ver, que habia salido á recibirla por órden de su padre. Todos estaban pasmados de ver la tristeza de este príncipe en la proximidad de un casamiento que él habia manifestado desear: el rey mismo se lo afeaba, y le habia enviado, á pesar suyo, al recibimiento de la princesa.

Luego que Hermoso de ver la vió, quedó hechizado de sus gracias; y le

dió á Finilla el parabien por ellas , pero de un modo tan confuso , que ambas cortes , que sabian cuan entendido y galante era este príncipe , creyeron que se hallaba tan vivamente prendado de su nueva muger , que á puro enamorado perdía la presencia de ánimo. Resonaban regocijados gritos en toda la ciudad ; y no se oían por todas partes mas que conciertos y fuegos artificiales. Ultimamente , despues de una magnífica cena se trató de conducir á ambos esposos á su habitacion.

Finilla , que se acordaba siempre de la máxima que la hada le habia renovado en su ánimo , llevaba un proyecto en su cabeza. Esta princesa habia ganado á una de sus doncellas que tenia la llave del gabinete de la habitacion que le destinaban , y dado órden á la misma doncella para llevar á este gabinete paja , una vegiga , san-



gre de carnero, y las tripas de algunos de los animales que se habian comido en la cena. La princesa pasó á aquel gabinete bajo cierto pretesto, y compuso una figura de paja, en la que puso las tripas y la vegiga llena de sangre. En seguida adornó esta figura con deshabilé de muger y gorro de dormir. Luego que Finilla hubo acabado esta hermosa muñeca, fue á incorporarse con la concurrencia; y de allí á breve rato condajeron á la princesa y esposo suyo á su habitacion. Luego que se hubo dado á la compostura el tiempo que le era indispensable, tomó la camarista las luces, y se retiró. Finilla echó inmediatamente la muger de paja en la cama y se escondió en un rincon del cuarto.

El príncipe, despues de haber suspirado dos ó tres veces muy fuertemente, tomó su espada, y atravesó

con ella el cuerpo de la supuesta Finilla. En el mismo instante sintió correr por arroyos la sangre en todas partes, y halló sin movimiento la muger de paja. ¿Qué he hecho? exclamó Hermoso de ver. ¿Que! despues de haber dudado tanto si yo guardaria mis juramentos á costa de un delito, he quitado la vida á una hechicera princesa á la que mi amor estaba destinado! Sus gracias me han cautivado el corazon desde que la he visto; ¡y sin embargo, no he tenido valor para eximirme de un juramento que un hermano poseido de furor habia exigido de mí por medio de una indigna sorpresa! ¡Ah cielos! ¿es posible pensar en castigar á una muger por poseer demasiadas virtudes? Pues Rico cautela, he satisfecho tu injusta venganza; pero voy á vengar sucesivamente á Finilla con mi muerte. Sí, hermosa princesa, es necesario que

la misma espada... A estas palabras oyó Finilla que el príncipe, que en su enagenamiento habia dejado caer su espada, la buscaba para metérsela en el cuerpo. No quiso Finilla que él hiciese semejante tontuna, por lo que le gritó: no estoy muerta, príncipe. Vuestro buen corazon me ha hecho adivinar vuestro arrepentimiento; y por medio de un inocente engaño, os he ahorrado un crimen.

En esto manifestó Finilla á Hermoso de ver la prevision que ella habia tenido tocante á la muger de paja. Enagenado de júbilo el príncipe al saber que la princesa vivia, se admiró de la prudencia con que ella se habia comportado en todas ocasiones; le quedó muy reconocido por haberle ahorrado un delito, que él miraba con horror; y no podia alcanzar como habia incurrido en la torpeza de no ver la nulidad de los desgraciados juramentos

que se le habian exigido con artificio.

Sin embargo, á no estar siempre bien persuadida Finilla de que *la desconfianza es madre de la seguridad*, hubiera sido asesinada, y su muerte causado la de Hermoso de ver; dando con esto motivo á que hubieran discurrido sobre la conducta y extravagante modo de pensar de este príncipe. ¡Vivan la prudencia y presencia de ánimo! ellas preservaron á estos esposos contra unas bien funestas desdichas, para reservarlos á la mas dulce suerte del mundo. Se quisieron siempre uno á otro muy tiernamente, y pasaron una dilatada serie de buenos dias de una gloria y felicidad, que serian muy dificultosas de pintar.



## PIEL DE ASNO.

Érase un rey tan grande, querido de sus pueblos, y respetado de todos sus vecinos y aliados, que podia decirse que no habia monarca ninguno tan feliz como él. Su felicidad era mas colmada todavía con la eleccion que él habia hecho de una princesa tan bella como virtuosa; y estos esposos vivian en la mas perfecta union. Habia nacido de su casto himeneo una hija dotada de tantos dones y gracias, que los padres no se hallaban pesarosos de no tener mas dilatada descendencia.

Reinaban en su palacio la magnificencia, gusto y abundancia; los ministros eran prudentes y doctos; los cortesanos, virtuosos y adictos; los criados, fieles y laboriosos; y las caballerizas, vastas y llenas de los mas

hermosos caballos de la tierra, cubiertos con ricos caparazones: pero lo que dejaba pasmados á los extranjeros que llegaban á admirarse de sus caballerizas, es que en el sitio mas principal de ella ostentaba un caballero asno sus largas y grandes orejas. Le habia dado el rey un lugar particular y distinguido, no por antojo, sino con razon. Las virtudes de este raro animal merecian esta distincion, por que la naturaleza le habia formado tan extraordinario, que su pajaza, en vez de hallarse sucia, estaba profusamente cubierta, todas las mañanas, de hermosos escudos y lises de oro de toda especie, que iban á recoger cuando el asno se despertaba.

Pero, como las vicisitudes humanas alcanzan tanto á los reyes como á sus vasallos, y que los bienes van mezclados siempre con algunos males, permitió el cielo que la reina

se viese asaltada repentinamente de una cruel enfermedad, contra la que á pesar de la ciencia y habilidad de los médicos, no pudo hallarse remedio ninguno. El desconsuelo fue general. El rey, tierno y enamorado, á pesar del famoso proverbio que dice que el himeneo es el sepulcro del amor, se afligia desmesuradamente, hacia ardientes votos en todos los templos de su reino, y ofrecia su vida por la de una esposa tan querida; pero se invocaban en balde los dioses y las hadas. Conociendo la reina que se le llegaba su postrer momento, dijo á su marido, que se deshacia en lágrimas: ten á bien, antes de morirme, que yo exija una cosa de tí: es que si pensases en volverte á casar.... A estas palabras, dió el rey lastimeros gritos, tomó las manos de su muger, anególas en sus lágrimas; y asegurando que era cosa supérflua el hablarle so-

bre un segundo himeneo, dijo finalmente: háblame mas bien de seguirte, querida reina mia. El estado, repuso la reina con una entereza que daba nuevo aumento al sentimiento de este príncipe, ha de exigir sucesores, y apurarte para que tengas hijos que te se parezcan, supuesto que no te he dado mas que una hija: pero te pido encarecidamente, y por cuanto amor me has profesado, que no cedas á las solicitudes de tus pueblos, mas que cuando hayas hallado á una princesa mas hermosa y gallarda que yo: exijo juramento tuyo sobre ello, y entonces moriré contenta. Se deja presumir bien que la reina, que no carecia de amor propio, habia exigido este juramento, creyendo que no hubiese en el mundo persona ninguna que pudiera igualarla, y pensando ciertamente que era asegurarse de que el rey no volveria á



casarse jamas. Murió en fin esta hermosa reina. Ningun marido hizo nunca tanta batahola: llorar, sollozar noche y dia, derechos menudos de la viudez, esto fue la única ocupacion suya.

Los sentimientos estremados no son durables. Por otra parte, los magnates del estado se juntaron y fueron en cuerpo á rogar al monarca que se casara otra vez. Le pareció dura esta primera propuesta, y le arrancó nuevas lágrimas. El rey alegó el juramento que habia hecho á la reina, apostándose las á todos sus consejeros de que no hallarían á una princesa mas hermosa y gallarda que su difunta muger, por pensar que esto era una cosa imposible. Pero el consejo trató de fruslería semejante promesa, y dijo que la hermosura no hacia al caso, con tal que una reina fuese virtuosa y fecunda; que el estado ne-

ecesitaba de príncipes para su descanso y prosperidad; que la infanta en realidad poseía cuantas prendas se requieren en una famosa reina; pero que era necesario escoger para esposo suyo á un extranjero; en cuyo caso se la llevaría este extranjero á su país, ó que si reinaba con ella, no se reputarian ya sus hijos como de la misma sangre; y que no habiendo un príncipe de su nombre, los pueblos inmediatos podrian suscitarles varias guerras que acarrearían la ruina del reino. Habiéndole suspendido estas consideraciones al rey, prometió que pensaría en contentarlos.

Buscó efectivamente entre las princesas casaderas las que mas podrian convenirle. Todos los dias le traian primorosos retratos, pero ninguno tenia las gracias de la difunta reina: por lo que el rey no se determinó. Por desgracia ocurrió hallar que su

hija la infanta no solamente era hermosa y peregrinamente formada, sino que tambien sobrepujaba con mucho á su madre en talento y gracias. Su juventud y agradable frescura de su hermosa tez inflamaron con una tan violenta llama al rey, que él no pudo ocultarlo á la infanta; y le dijo que estaba resuelto á tomarla por muger suya, supuesto que ella sola podia eximirle de su juramento.

Llena de virtud y pudor la jóven princesa, estaba para desmayarse con tan horrenda propuesta. Se echó á las plantas del rey su padre, y le suplicó, con toda la veemencia que le fue posible hallar en su ánimo, que no la violentase para semejante delito.

El rey que estaba encaprichado con este extravagante proyecto, habia consultado á un anciano druida para aquietar la conciencia de la princesa. Este druida menos pio que ambicio-

so, sacrificó el interes de la inocencia y virtud al honor de ser confidente de un gran rey; y se insinuó con tanta destreza en el ánimo del monarca, y le suavizó en tanto grado el crimen que iba á cometer, que aun le persuadió que el casarse con su hija era una obra piadosa. Lisongeado el príncipe con los discursos de este malvado, le abrazó, y se apartó de su lado mas encaprichado que nunca con su proyecto: fuese pues á mandar á la infanta que se dispusiera á obedecerle.

Apurada de un vivo dolor la jóven princesa, no le ocurrió cosa ninguna mejor que el ir á verse con la hada de los Lilas, madrina suya. A este fin partió aquella misma noche en un bonito birlocho, del cual tiraba un carnerazo que sabia todos los caminos. Llegó allá felizmente. La hada, que queria á la infanta, le dijo

que estaba noticiosa de cuanto ella venia á decirle; pero que no tuviese zozobra alguna; porque ninguna cosa podia causarle perjuicio si egecutaba fielmente cuanto ella iba á prescribirle; pues, hija mia, le dijo la hada, cometeríais una gran falta en casaros con vuestro padre; pero podeis evitarlo sin contradecirle: decidle que para satisfacer una fantasía que teneis, es necesario que él os dé un vestido del color del tiempo: porque con todo su amor y dominacion no podria conseguirlo nunca. La princesa dió muchas gracias á su madrina; y desde la siguiente mañana dijo al rey su padre lo que la hada le habia aconsejado; y protestó que no sacarian consentimiento ninguno de ella, antes que no tuviese un vestido de color del tiempo. Regocijado el rey con la esperanza que su hija le daba, reunió los mas famosos obreros, y les en-

cargó este vestido bajo la condicion de que mandaria ahorcarlos á todos, si no lograban hacérsele. No tuvo el sentimiento de llegar á tanto extremo; porque al segundo dia le trageron el tan anhelado vestido. El empíreo no es de un mas hermoso azul, cuando le ciñen doradas nubes, que este bello vestido luego que estuvo puesto á la vista. La infanta se quedó muy contristada con ello; y no sabia como salir del aprieto. El rey apuraba para la conclusion. Fue necesario recurrir otra vez á la madrina, que admirada de que su secreto no habia tenido buen éxito, le dijo que tratara de uno del color de la luna. El rey, que no podia negarle nada, envió á buscar á los mas hábiles obreros, y les encargó en tan formales términos un vestido del color de la luna, que entre mandar hacerle y traerle no mediaron veinte y cuatro horas. La infanta, mas

contenta de este primoroso vestido que de los desvelos de su padre, se affligió estremadamente luego que se vió con sus damas y madrina. La hada de los Lilas, que lo sabia todo, vino al socorro de la contristada princesa, y le dijo: Me engaño mucho, ó creo que si pedis un vestido de color de sol, lograremos disgustar á vuestro padre, porque nunca se podrá conseguir semejante vestido; á lo menos ganaremos tiempo: convino en ello la infanta, y pidió el vestido: el enamorado rey dió sin pesar ninguno todos los diamantes y rubies de su corona para ayudar á esta soberbia obra, con órden de no perdonar diligencia ninguna para hacer este vestido igual al sol. Por lo mismo, desde que se apareció el vestido, cuantos le vieron desplegado, tuvieron necesidad de cerrar los ojos, pues en tanto grado los deslumbraba. De este tiempo traen su

fecha los anteojos verdes y vidrios negros. ¿Que se hizo la infanta con esta vista? Jamas se habia visto cosa ninguna tan hermosa y trabajada con tanto arte y primor. La infanta estaba confusa; y so color de tener malos los ojos, se retiró á su habitacion, en que la hada estaba esperando mas vergonzosa que cuanto cabe en la espresion. Fue mucho peor; porque al ver ella el vestido del sol, se puso encarnada de cólera, y dijo á le infanta: ¡Ah! por esta vez, hija mia, creo que vamos á probar de una terrible manera el amor de vuestro padre. Le veo muy encaprichado en este casamiento, que él mira como tan próximo; pero pienso que se verá algo perplejo con lo que os aconsejo que le pidais; es la piel de ese asno que vuestro padre quiere tan apasionadamente, y que suministra con tanta profusion para todos sus dispendios:



id, y no dejeis de decirle que estais deseosa de esta piel. Alegre la infanta de hallar un nuevo medio para eludir un casamiento que ella abominaba, y pensando al mismo tiempo que su padre no podia resolverse nunca á sacrificar su asno, fue á verle, y le espuso su deseo de la piel de aquel bello animal. Fue sacrificado el pobre asno, y llevada bizarramente su piel á la infanta, que no viendo ya medio ninguno de eludir su desdicha, iba á desesperarse, cuando su madrina acudió. ¿Que haceis, hija mia? le dijo ella, al ver que la princesa se mesaba el cabello y magullaba sus hermosas mejillas: este momento es el mas dichoso de toda vuestra vida. Arropaos con esa piel, salid de este palacio, y marchad mientras que piseis tierra; cuando lo sacrificamos todo á la virtud, saben los dioses recompensárnoslo. Id, yo cuidaré de que vuestro tocador os siga á

todas partes; en cualquiera parage que os detengais, os acompañará por debajo de tierra el cofrecito en que estarán vuestros vestidos y dijes; y os doy esta varilla mia. Sacudiendo en la tierra, cuando tengais necesidad de este cofrecito, se presentará él á vuestra vista; pero aceleraos á partir, y no tardeis. La infanta dió mil abrazos á su madrina, le rogó que no la abandonase, se rebujó con aquella ruin piel despues de haberse tiznado con hollin de chimenea, y salió de aquel soberbio palacio sin que nadie la conociera.

La ausencia de la infanta causó un gran rumor. El rey, que habia mandado preparar una magnífica funcion, se puso desesperado con esto y no habia consuelo ninguno para él. Mandó que partieran mas de cien gendarmes y mas de mil mosqueteros, para ir en busca de su hija; pero la hada que la

protegia la hacia invisible á las mas grandes pesquisas: por lo que el rey tuvo al fin que consolarse.

Entre tanto, iba caminando la infanta. Ella fue muy lejos todavía, y buscaba una conveniencia en todas partes; pero aunque por caridad la daban de comer, la hallaban tan mugrienta, que nadie la queria guardar consigo. Sin embargo, ella entró en una hermosa ciudad, en las puertas de la cual habia una quinta, cuya quintera necesitaba de una fregona para lavar las rodillas, y limpiar los pavipollos y gamella de los cerdos. Viendo la quintera á esta tan sucia pasagera, le propuso que entrase en su casa; lo que aceptó la infanta con muchísima gana, porque estaba fatigada ya de tanto andar. La pusieron en un rincon apartado de la cocina, en donde los primeros dias estuvo espuesta á las groseras chanzas de la turba de criados; tan sucia y asque-

rosa la hacia su piel de asno. Se acostumbraron por último á ella, la infanta por otra parte era tan puntual en el desempeño de sus quehaceres, que la grangera la tomó bajo su proteccion. Ella llevaba los carneros; los hacia apriscar en sus correspondientes temporadas; y llevaba á pacer los pavipollos con tanta inteligencia, que parecia que no habia hecho otra cosa en toda su vida: por lo mismo todo cuanto estaba á su cuidado fructificaba.

Un dia en que sentada junto á una cristalina fuente, en la que á menudo iba á contemplar su triste situacion, se la antojó mirarse en su corriente, y la atemorizó la espantosa piel de asno, que formaba todo su prendido y vestido. Avergonzada de esta vestimenta, se limpió la cara y manos, que se pusieron mas blancas que el marfil; y su hermosa tez recuperó su natural frescura. La alegría de hallarse tan

hermosa la infundió ganas de bañarse allí, lo que ella ejecutó: pero le fue preciso ponerse otra vez su indigna piel para volver á la quinta. Por fortuna el siguiente día lo era de fiesta; por lo que ella tuvo tiempo desocupado para sacar su cofrecito, asearse, echar polvos en su hermoso cabello, y ponerse su lindo vestido de color del tiempo. Su cuarto era tan pequeño, que no podía estenderse la cola de esta primorosa bata. La hermosa princesa se miró en el espejo, y se admiró de sí misma con razon, y tan bien que resolvió, para esplayarse, ponerse sucesivamente sus buenos vestidos las fiestas y domingos: lo que ejecutó con toda puntualidad. Ella mezclaba con admirable arte algunas flores y diamantes en su hermoso cabello: y suspiraba con frecuencia por no tener mas testigos de su hermosura que sus carneros y pavipollos, que la querian

otro tanto con su horrible piel de asno, con cuyo nombre la designaban en aquella quinta.

Un día de fiesta, en que Piel de Asno se había puesto el vestido de color de sol, el hijo del rey de quien era este cortijo, llegó á apearse allí para descansar de vuelta de caza. Este príncipe, jóven, bizarro y admirablemente bien formado, era la gloria de sus padres los reyes y el ídolo de los pueblos. Ofrecieron á este príncipe una merienda de campo, que él aceptó; y se puso despues á recorrer los corrales y todos los escondrijos. Al escudriñar asi de uno en otro sitio, entró en un obscuro callejon, al cabo del cual vió cerrada una puerta. La curiosidad le movió á mirar por la cerradura. Pero ¿cual fue su asombro, cuando descubrió tan hermosa y ricamente vestida á la princesa, cuya noble y modesta traza le obligó á tomarla por

una deidad? La veemencia del afecto que el príncipe experimentó en aquel instante, le hubiera movido á descerrar la puerta, á no mediar el respeto que aquella peregrina persona le infundió.

El príncipe se salió con pena de este triste y obscuro callejon, pero fue para informarse de quién era la persona que vivia en aquel cuartejo. Le respondieron que era una fregona á la que llamaban Piel de Asno, á causa de la que le servia de vestido; que era tan sucia y grasienta, que nadie la miraba, ni hablaba; y que únicamente por compasion la habian recogido para guardar los carneros y pavipollos.

Poco satisfecho el príncipe con estas luces, vió ciertamente que aquella gente ordinaria no sabia mas sobre el particular, y que era en balde el hacerle mas preguntas. Se volvió

al palacio del rey su padre , mas enamorado de cuanto puede pintarse con palabras , y teniendo de continuo á su vista la hermosa imágen de aquella deidad que él habia visto por el agujero de la cerradura. Se arrepintió de no haber llamado á la puerta , é hizo firme propósito de no hacer lo mismo otra vez.

Pero la agitacion de su sangre , causada por el ardor de su amor , le acarreó en la misma noche una tan terrible calentura , que se vió brevemente á las puertas de la muerte. Su madre la reina , que no tenia mas hijo que él , desesperaba de ver que todos los remedios eran en balde. Ella prometia inútilmente los mayores premios á los médicos , pues á pesar de que ellos agotaban todos los auxilios de su arte , ninguno curaba al príncipe. Ultimamente adivinaron que un sentimiento moral era la causa de tan-



to estrago; se lo dijeron los médicos á la reina, la que, poseida toda ella del cariño maternal, fue á rogar encarecidamente á su hijo que dijera la causa de su mal; que aun cuando se tratara de cederle la corona, el rey su padre descenderia gustoso del trono para hacer sentar en él á su hijo; y que si él estaba prendado de alguna princesa, aun cuando se estuviera en guerra con el rey su padre, y hubiera justos motivos de queja de él, se sacrificaría todo para lograr lo que él deseaba; pero que ella le conjuraba que no se dejara morir así, supuesto que de su vida dependia la de sus padres. No acabó la reina este afectuoso discurso sin anegar en un diluvio de lágrimas el rostro del príncipe. Señora, le dijo últimamente el príncipe con una muy débil voz, no soy tan inhumano que desee la corona de mi padre; ¡plegue

á Dios que él viva dilatados años, y que tenga á bien que yo sea el mas leal y respetuoso de todos sus vasallos! En cuanto á las princesas que me ofreceís, no he pensado todavía en casarme; y discurreis ciertamente, que sumiso yo como lo estoy á vuestras voluntades, os obedeceré siempre, cuéstemelo que me cueste.— ¡ Ah! hijo mio, repuso la reina, lo sacrificaremos todo para salvarte la vida; pero, hijo mio, salva tú la mia y la de tu padre, declarándome lo que desees, y ten seguridad de que te será acordado.—Pues bien, señora, dijo el príncipe, supuesto que es necesario declaros mi pensamiento, voy á obedeceros; pues el poner en peligro á dos personas que me son tan queridas, sería para mí un delito. Sí, madre mia, deseo que Piel de Asno me haga una torta, y que me la traigan en estando hecha. Asombrada la reina

de este extravagante nombre, preguntó quien era semejante Piel de Asno. Es, señora, repuso uno de su servidumbre, que por casualidad habia visto á aquella moza, es, dijo, la mas ruin bestia despues del lobo; una negra piel, una mugrienta que está alojada en vuestra quinta, y que guarda vuestros pavipollos. — No importa, dijo la reina; mi hijo comió quiza de sus tortas á la vuelta de caza, es un antojo de enfermedad; en una palabra, quiero que Piel de Asno, ya que hay Piel de Asno, le haga una torta prontamente. Volaron á la quinta; y mandaron venir á Piel de Asno, que hiciera, lo mejor que le fuera posible, una torta para el príncipe.

Algunos autores han asegurado de Piel de Asno, que al tiempo de poner el príncipe sus ojos en la cerradura, le habian descubierto los suyos; que mirando ella despues por su ven-

tanilla, habia visto á este príncipe tan jóven, hermoso y bien formado que se le quedó grabada la idea suya; y que este recuerdo le habia costado á menudo algunos suspiros. Sea lo que quiera de ello, habiéndole visto Piel de Asno, ú oido elogiarle mucho, y contenta de poder hallar un medio para ser conocida, se encerró en su aposentillo, arrojó su maldita piel, limpióse la cara y manos, se compuso su rubio cabello, se puso un guapo corpiño de plata reluciente, un faldeñin de lo mismo, y comenzó á hacerla tan anhelada torta; tomó de la harina mas candial, huevos y manteca de vaca, todo fresco. Al estar haciéndola, sea designio, ó sea otra cualquiera cosa, se cayó en la masa, y se mezcló con ella, una sortija que Piel de Asno llevaba en el dedo; y tapujándose ella con su horrenda piel, luego que estuvo hecha la torta, fue á

entregarla esta al criado de la corte; al cual preguntó por el príncipe; pero no dignándose este hombre responderla, se fue volando á llevar la torta.

El príncipe la tomó ansiosamente de las manos de su criado, y la comió con tanta viveza, que los médicos, que se hallaban presentes, no dejaron de decir que este furor no era una buena señal: y en efecto, estuvo el príncipe á pique de ahogarse con la sortija, que halló en uno de los pedazos de la torta; pero la sacó diestramente de su boca: y su ardor en devorar la torta, se entibió al examinar aquella fina esmeraldad, engastada en un arillo de oro, cuyo círculo sumamente angosto, pareció que no podía servir sino para el mas pulido dedito del mundo.

Besó mil veces esta sortija, la puso bajo su almehada, de donde la sacaba á cada paso, cuando creía no ser

visto de nadie. Se atormentó infinito á sí mismo, para discurrir como le seria posible ver á la que era dueña de esta sortija; porque él no se atrevia á creer, en el caso de preguntar por Piel de Asno que hizo la torta que él habia pedido, que le acordaran el favor de mandarla venir; tampoco se atrevia á decir que la habia visto por el agujero de la cerradura, temiendo que se mofaran de él, y le tuvieran por un visionario; atormentándole todos estos pensamientos á un mismo tiempo, le asaltó de nuevo la calentura; y como los médicos no sabian ya que hacer, declararon á la reina que el príncipe estaba malo de amor. La reina acudió con el rey que se desconsolaba, al cuarto de su hijo: Hijo mio, hijo querido mio, exclamó el afligido monarca, nómbranos la que tú quieres; y juramos que te la daremos; aunque fuera la mas vil esclava. Abra-

zando la reina á su hijo, le confirmó el juramento del rey. Enternecido este príncipe con las lágrimas y caricias de los autores de sus dias, les dijo: padres míos, no tengo designio ninguno de hacer un enlace que os desagrade; y en prueba de esta verdad, dijo sacando su esmeralda de debajo de la almohada, me casaré con la persona á quien venga bien esta sortija, sea la que se quiera; y no hay apariencias de que la que tenga este bonito dedo sea una palurda ó lugareña. Los reyes tomaron la sortija, la examinaron curiosamente, y juzgaron, como el príncipe, que aquella sortija no podia venir bien mas que á una doncella de distincion. Habiendo abrazado el rey entonces á su hijo, rogándole encarecidamente que se curara, se salió y mandó tocar los tambores, pífanos y clarines por toda la ciudad, y gritar por sus heraldos que no te-

nian mas que venir al palacio para probar una sortija, y que aquella á cuyo dedo viniera ajustada, se casaria con el heredero del trono.

Llegaron al principio las princesas; despues las duquesas, marquesas y baronesas; pero por mas que todas ellas se adelgazaron los dedos, ninguna pudo ponerse la sortija. Hubo precision de llegar á las manolas, las cuales todas, bonitas como eran, tenían muy gruesos los dedos. El príncipe, que estaba ya mejor, hacia por sí mismo la prueba. Ultimamente, llegaron á las doncellas, las que tampoco cogieron mas fruto. Nadie quedaba ya que no hubiese probado esta sortija en balde, cuando el príncipe preguntó por las cocineras, fregonas y porquerizas; se le trageron todas estas; pero sus encarnados y cortos dedazos no pudieron entrar ni aun siquiera mas allá de la uña. ¿Han man-



¿dado venir á aquella Piel de Asno que me ha hecho una torta en estos últimos dias? dijo el príncipe. Todos se echaron á reir, y le dijeron que no; tan sucia y mugrienta era. Que vayan á buscarla ahora mismo, dijo el rey; no quiero que digan que he hecho excepcion ninguna. Volaron, riéndose y burlándose, á buscar á la pavera.

La infanta, que habia oido los tambores, y gritos de los heraldos de armas, se habia recelado muy bien que su sortija era la causa de toda esta batahola; estaba enamorada del príncipe, y como el verdadero amor es tímido y no tiene vanidad, estaba en un continuo miedo de que alguna dama tuviese un dedo tan pequeño como el suyo. Tuvo pues suma alegría cuando llegaron á llamar en la puerta, y venir en busca suya. Desde que ella habia sabido que buscaban un dedo que pudiese

entrar en su sortija, no sé qué esperanza la movió á prenderse con mas cuidado, y ponerse su hermoso corpiño de plata, con el faldellin lleno de falbalás y encages de plata, sembrado de esmeraldas. Asi que ella oyó que llamaban á la puerta, y que la llamaban para ir á la presencia del príncipe, se puso prontamente su Piel de Asno, y abrió la puerta; y mofándose aquellas gentes de ella, le dijeron que la llamaba el rey para casarla con su hijo; la condugeron despues con muchas carcajadas á la presencia del príncipe, el cual mismo, asombrado de la vestimenta de esta moza, no se atrevió á creer que ella fuera aquella á la que él habia visto tan pomposa y bella. Triste y confuso el príncipe de haberse engañado tan neciamente, le dijo: ¿eres tú la que vive en lo interior de aquel obscuro callejon que hay en el tercer corral de la quin-

ta? Sí, señor, respondió ella. En-  
séñame tu mano, dijo él temblando  
y dando un profundo suspiro. ¡Cás-  
pita! que se quedaron atónitos los re-  
yes, y todos los gentiles hombres y  
grandes de la corte, cuando de de-  
bajo de aquella negra y mugrienta piel  
salió una manecita delicada, blanca y  
de oclor de rosa, en que la sortija en-  
tró sin dificultad en el mas pulido  
dedito del mundo; y en virtud de un  
pequeño movimiento que la infanta hi-  
zo, se cayó la piel, y apareció tan  
peregrinamente hermosa, que el prín-  
cipe, á pesar de su mucha debilidad  
corporal, se echó á sus rodillas, y las  
apretó con un ardor que la hizo po-  
nerse colorada; pero casi nadie lo ad-  
virtió, por que el rey y la reina lle-  
garon abrazarla con toda su fuerza,  
y á preguntarle si tenia á bien casar-  
se con su hijo. Confusa la princesa  
con tantas caricias, y con el amor que

este gallardo príncipe le manifestaba, iba sin embargo á darle las gracias por ello, cuando se abrió el techo, y bajando la hada de las Lilas en un carro hecho de ramas y flores de su nombre, contó con admirable gracia la historia de la infanta. Alegres los reyes de ver que Piel de Asno era una gran princesa, duplicaron sus caricias; pero el príncipe se mostró mas sensible todavía á la virtud de la princesa; y su amor se aumentó con este conocimiento. Fue tanta la impaciencia del príncipe para casarse con la infanta, que dió escasamente lugar para hacer los preparativos correspondientes á este augusto himeneo. Los reyes, que estaban locos con su nuera, le hacian millares de halagos, y la tenian abrazada de continuo; ella habia declarado que no podia casarse sin el asenso de su padre el rey: por lo mismo él fue el

primero á quien convidaron, sin decirle cual era la novia; pues la hada de las Lilas, que lo dirigia todo, lo habia exigido así á causa de las resultas. Vinieron reyes de todas las tierras: los unos en silla de manos, otros en birlocho, y algunos mas lejanos montados en elefantes, tigres y águilas; pero el mas magnífico y poderoso fue el padre de la infanta, que por fortuna habia olvidado su desordenado amor, y casándose con una reina viuda hermosísima, en la que no habia tenido hijo ninguno. La infanta voló á recibirle; él la reconoció al punto, y la abrazó con sumo cariño, antes que ella tuviese lugar para echarse á sus plantas. Los reyes le presentaron su hijo, al que él colmó de atenciones. Se celebró la boda con toda la pompa imaginable. Poco sensibles los jóvenes novios á estas magnificencias, no vieron ni miraron

nada fuera de sí mismos. El rey, padre del príncipe, mandó que coronaran á su hijo en aquel mismo dia; y besándole la mano, le colocó en su trono, à pesar de la resistencia de este hijo tan bien inclinado: fuele preciso obedecer. Las fiestas de este esclarecido casamiento duraron cerca de tres meses: pero el amor de ambos esposos duraria todavía, tanto se querian, si no hubieran muerto de allí á cien años.

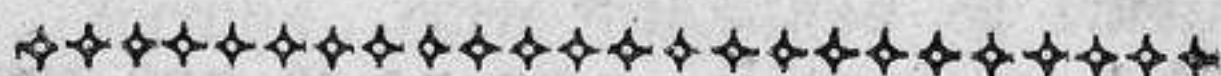
**FIN.**

# EGEMPLOS

## MORALES.

*No todo han de ser cuentos para divertir los niños. Queremos añadir á este tomito los siguientes egemplos morales, los cuales deben conmover sus tiernos y sensibles corazones, é inclinarlos á la práctica de las virtudes.*





## LA JÓVEN SUECA.

Empezaremos esta coleccion por uno de los mas hermosos sentimientos de la naturaleza, que es el amor filial, el primero que debe nacer en nosotros, y que generalmente es mas vivo y delicado en la muger que en el hombre; porque su misma debilidad parece aficionarla mas á los autores de su existencia, y porque permanece mas tiempo con ellos, y siempre está á su vista y bajo la egida de su proteccion. Si experimentan desgracias, ó caen enfermos, la hija los consuela con dulzura, los cuida con presteza y delicadeza, y mira sus cuidados como un deber de su sexo. Un viejo puede encontrar en su hijo un amigo tierno que se sacrificará por él; pero con los mismos sentimientos, hallará en su hija mayor

dulzura, gracia, y un no sé qué que llega al alma y nos hace felices. Un buen hijo perderá la vida por su padre; una buena hija hará mas, porque le consagrará todos los instantes de ella; es decir, que aquel morirá por su padre, y esta no vivirá sino para él. No quiero decir por esto que hay menos virtud y menos ternura en el hombre, pero sí que hay en la muger una sensibilidad mas activa, y mas arte para hacer el bien.

El rey Gustavo III atravesando á caballo una aldea, vió una jóven aldeana que cogia agua de una fuente, se acercó á ella y le pidió de beber, la cual lo hizo con toda la gracia y sencillez que habia adquirido de la naturaleza. Hermosa jóven, le dijo el príncipe, si quisieras venir conmigo á Estocolmo, te proporcionaria una suerte mas li-songera. — *Aun cuando*, le respondió la aldeana, *tuviera tanto deseo de hacer*

*fortuna, como confianza en vuestras promesas, me seria imposible aceptar vuestra proposicion; porque mi madre que es una pobre, y siempre está enferma, no tiene mas alivio ni consuelo que yo. — ¿Donde está tu madre? — En esta choza. El rey entró en ella, y vió en una tarima cubierta con un poco de paja á una muger enferma: á vista de semejante espectáculo le dijo el príncipe enternecido: ¡Ha! pobre madre cuanto os compadezco! ¡Ay! señor, respondió la enferma, aun seria mas digna de compasion, si no tuviera á esta hija tierna y generosa que con sus cuidados y trabajo consigue alargarme mi triste existencia. ¡Que Dios la bendiga y la recompense como merece! añadió, vertiendo un torrente de lágrimas. Gustavo enternecido extraordinariamente, sacó su bolsillo y lo entregó á la jóven aldeana, diciéndola: Continúa cuidando de tu pobre madre, que*

pronto te proporcionaré los medios de hacerlo mejor. A dios. Yo soy vuestro rey. A su vuelta á Estocolmo, el monarca concedió una pensión vitalicia á la madre, la cual debia pasar por su muerte á la hija.

No ha sido mi objeto al contar este rasgo de ternura filial, el que se crea que el cumplimiento de una obligacion natural, es una de aquellas acciones que escitan la admiracion general. Si hay aqui alguno digno de alabanza, sin dada ninguna es el príncipe que no se desdeñó entrar en una pobre cabaña para consolar en ella al desgraciado, y admirar la virtud oscurecida. La jóven cumplia sencillamente con su obligacion, y si asi no hubiese sido, debia mirársela como una fiera. Sin embargo, este cuadro tiene un atractivo que nos conmueve, y siempre es útil recordar á la juventud, que la piedad pa-

ra con los padres, no solamente es nuestra primera obligacion, sino que tambien es la que nos acarrea mayores elogios, y mas bendiciones.



### LA HUÉRFANA RECONOCIDA.

Una señora viuda acababa de perder un pleito en que estaban interesados la mayor parte de sus bienes, por lo cual se vió precisada á vender los que le quedaban, como muebles y alhajas; los impuso en casa de un comerciante, y se retiró á una aldea para vivir con la economía que exigia su módica renta.

Apenas se habian pasado algunos meses, y cuando empezaba á acostumbrarse en su oscuro retiro, supo que el comerciante habia huido con los últimos restos de su caudal. Cualquiera

puede suponer lo horrible de su situación. Los pesares y las enfermedades la habian imposibilitado de trabajar, y despues de haber pasado lo mejor de su vida en la abundancia, no le quedada otro recurso en una edad avanzada sino entrar en un hospital, ó ponerse á pedir limosna.

Ella no tenia á quien volver la vista, ni nadie se interesaba por su suerte; porque habiendo venido con su esposo de un pais lejano donde nació, no podia pedir socorros á sus parientes; únicamente habia uno de su esposo; pero era tan avaro que se privaba á sí mismo de lo necesario para su precisa existencia, y por consiguiente no podia ser sensible á la desgracia ajena.

En esta situacion espantosa, una huerfanita que habia adoptado en tiempo de su prosperidad, y que, á pesar de sus reveses, nunca se habia resuelto á abandonar, fue la única que vino

á ser su apoyo y su consuelo.

Esta jóven llamada *Clotilde*, suplicó á su bienhecho a que no la despidiese, añadiendo: Me habeis tratado como á hija, y educado como á tal, estoy pues obligada á cumplir con las obligaciones que impone tan sagrado deber: soy jóven, estoy robusta y podré trabajar para la subsistencia de ambas: cuanto sé os lo debo; permitid que emplee en vuestro favor los conocimientos que he adquirido, y que os pertenecen.

La señora de Fonbon (que así se llamaba) conmovida al oír semejante lenguaje, la estrechó en sus brazos, y le respondió vertiendo un torrente de lágrimas: „Continua siendo siempre mi hija, y consuela á tu madre en su aflicción.”

Ya tenemos á Clotilde siendo la bienhechora de aquella á quien todo lo debía; no se contentaba con mante-

nerla á fuerza de un trabajo constante y penoso, sino que ademas dulcificaba su suerte, con la suavidad de sus palabras, y con sus tiernas caricias; la asistia cuidadosamente en sus enfermedades, y le hacia olvidar en algun modo las injusticias de la suerte.

Dos años vivió la señora de Fonbon en este estado, y Clotilde la cuidó y consoló con el mismo zelo el último dia que el primero, y cuando exhaló el postrer suspiro la lloró tan amargamente como si con ella perdiese su fortuna. Algunos dias antes habia muerto tambien el rico avaro que se habia manifestado tan insensible, y como no podia llevarse consigo sus tesoros, creyó reparar su ingratitud para con su parienta dejándoselos por su última disposición; pero para la desgraciada señora llegaban ya tarde, y tanto que ni aun tuvo el consuelo



antes de morir, de saber la nueva fortuna que acababa de heredar, y por consiguiente ni podérsela dejar á la pobre Clotilde. Esta herencia se declaró, por falta de herederos, como bienes mostrencos; pero como en las averiguaciones que se hacen en tales casos, se supo la conducta, heróica y noble de la huerfanita, y llegó á oídos del príncipe, este trasportado y sorprendido al oír la narracion de una accion tan brillante, exclamó: Ella es mas digna que yo de esta herencia; renuncio á todos mis derechos en su favor, y me declaro ademas su protector y su padre.

Toda la nacion aprobó su conducta. Clotilde al recibir esta recompensa hizo un uso bien digno de un corazon tan generoso, pues que la empleó en educar jóvenes huérfanas como ella, inspirándoles los sentimientos mas generosos.



## EGEMPLO

### DE FIDELIDAD CONYUGAL.

**U**na muger, cualesquiera que sean los agravios que reciba de su marido, nunca debe vengarse: su mayor virtud consiste en disimularlos y oponer á ellos la dulzura y los miramientos.

Octavia despues de la muerte de su primer marido se casó con Antonio, que la abandonó muy pronto, habiéndose prendado de la famosa Cleopatra, reina de Egipto, la cual tan artificiosa como hermosa, tenia mas ingenio que su rival en el escudriñamiento vergonzoso de los deleites sensuales. Octavia salió de Roma para reunirse á su marido, resuelta á acompañarle á una nueva espedicion que meditaba contra los Partos; le escribió

desde Atenas á Leucopolis donde se hallaba; le manifestaba el placer que tendria en verle, y le anunciaba que llevaba consigo mucho vestuario para sus soldados, un gran número de caballos, y varios presentes para sus amigos y sus tenientes, y dos mil hombres perfectamente equipados. Antonio estaba resuelto á recibir á su tierna y virtuosa esposa: pero Cleopatra temerosa de una rival que á sus atractivos reunia la modestia y buenas costumbres, se valió de todos los artificios de una galantería refinada para conservar su conquista. Antonio engañado ó subyugado respondió á Octavia que no continuase su camino, y la prohibió que fuese á reunirse con él, pretestando que iba á pasar el Eufrates. Octavia sintiendo mas la pérdida del corazon de su esposo que su desprecio, lo disimuló y le envió á decir, que puesto que no aprobaba

que ella misma fuese en persona á llevarle los regalos en cuestion, le señalase el lugar donde queria se remitiesen. Este segundo mensaje fue tan mal recibido como el primero, y Cleopatra no permitió á Antonio aceptar nada de mano de su muger: esta obedeció al punto. Su hermano Octavio César sobre quien recaia la afrenta que acababa de recibir, la aconsejó abandonase la casa de un marido que la trataba con tanto desprecio, y le prometió vengarse de la injuria. Octavia respondió á su hermano que ella no sabia mas que llorar los extravios de su marido, y no vengarse de ellos; y que si no tenia otras razones para hacer la guerra á Antonio, le rogaba encarecidamente abandonase sus intereses, y no derramase la sangre de sus compatriotas por los sinsabores de una muger. Octavia permaneció constantemente en casa de su marido,

continuando en ella la educacion, no solo de sus hijos, sino tambien la de los de su marido que habia tenido de su primera muger Fulvia.



## LA RELIGION

ES EL MANANTIAL DE TODAS LAS VIRTUDÉS.

**P**ara ser estimable, hija mia, no basta sujetarse á todas las reglas exteriores de la decencia: los sentimientos son los que forman el carácter, conducen el alma, gobiernan la voluntad, y responden de la duracion de todas las virtudes. El principio de todos estos sentimientos es la religion, que una vez grabada en nuestros corazones será el manantial de las demas virtudes, y arreglará nuestras obligaciones: no basta el obligar á las jóvenes á que cumplan con ellas; es necesario ha-

cérselas amar. La autoridad egerce su tiranía en el exterior; pero no sucede así del interior; por lo cual es necesario que los buenos consejos vayan acompañados de razones y motivos, inspirando al mismo tiempo el gusto para que sean escuchados.

Tenemos tanto interes en practicar la virtud, que nunca debemos mirarla como nuestra enemiga, sino como el manantial de la felicidad, de la gloria y de la paz.

Cualesquiera que sean los principios que tenga una jóven cuando entra en el gran mundo, por mucho que los fortifique, nunca será lo bastante para librarse de las asechanzas que en él la esperan. Debe conservar toda su religion, alimentarla en su corazon con buenos sentimientos, sostenerla en su alma con reflexiones y con la lectura de buenos libros.

Nada nos es mas necesario, ni nada

nos hace mas venturosos, que el conservar un sentimiento que nos hace amar y esperar, que nos promete un porvenir agradable, que afianza nuestras obligaciones, que nos abona á nosotros mismos, y que es nuestro garante para con los demas. La religion será siempre el mas firme apoyo y consuelo en las desgracias de que á cada paso estamos amenazados; particularmente á las jóvenes á quienes estan determinadas un cierto número de desgracias. Un anciano respectable decia, *que se cubria con el manto de su virtud*. Cubriros tambien vosotras con el de la religion, porque os servirá de auxilio contra las debilidades de la juventud, y será un asilo seguro en una edad mas avanzada.

Las mugeres cuya alma no se ha alimentado sino de las máximas del siglo, luego que llegan á una edad avanzada sienten un gran vacío, la socie-

dad las abandona, y su razon les dicta retirarse de ella; solo les queda el auxilio de la religion, porque lo pasado no les ofrece sino pesares, lo presente disgustos, y el porvenir temores. La religion es la que todo lo tranquiliza y todo lo consuela, uniéndoos á Dios, os reconcilia con el mundo y con vosotras mismas.



### DEL PUDOR.

**E**s necesario tener un pudor afectuoso: porque el desórden interior pasa del corazon á la boca, que es lo que produce las espresiones deshonestas; aun las pasiones mas vivas necesitan del pudor para ser mas seductoras; y debe estenderse á todas nuestras acciones, porque las hermosea y adorna.



Se dice que Júpiter, cuando creó las pasiones, señaló á cada una su lugar, y cuando se presentó el pudor que habia sido olvidado, no sabiendo donde colocarse, le permitió mezclarse con todas las demas, desde cuyo tiempo es el compañero inseparable de ellas: es amigo de la verdad, y descubre la mentira que se atreve á atacarle; está unido particularmente con el amor, siempre le acompaña y muchas veces le revela y descubre: en fin el amor pierde todo su atractivo desde el momento que el pudor le abandona: este da mucho realce á una jóven, y la modestia debe ser su mayor compostura; y ademas resultan de él grandes ventajas, porque aumenta la hermosura, y encubre la fealdad; y por fin puede decirse que es el suplemento de aquella.



## CASTIDAD, PUREZA, PUDOR.

**L**a castidad debe ser una virtud muy agradable para una muger hermosa que tiene el alma elevada, é ínterin que ve toda la tierra á sus pies, triunfa de todo y de sí misma, edifica en su corazon un trono al cual todos vienen á rendir homenaje; los sentimientos cariñosos y zelosos, pero siempre respetuosos de los dos sexos, la estimacion universal y la suya propia le compensan sin cesar los combates de algunos instantes: las privaciones son pasajeras, pero el galardón es permanente. ¡Qué regocijo resulta á un alma noble del orgullo de la virtud unida á la hermosura! Personifíquese una heroína de novela; esta disfrutará de los deleites mas exquisitos que las Lais y las

Cleopatras, y luego que su hermosura no exista, su gloria y sus placeres permanecerán todavía, porque sabrá gozar de lo pasado.

La pureza se sostiene por sí misma; los deseos que se reprimen se acostumbran á no renacer, y solo el hábito de sucumbir á ellos es el que multiplica las tentaciones.

La fuerza del alma que engendra todas las virtudes, consiste en la pureza que las sostiene todas.

Nada es despreciable de cuanto contribuye á sostener la pureza; generalmente las pequeñas precauciones son las que conservan las grandes virtudes.....

Por mas que el vicio se oculte en la oscuridad, siempre se manifiesta en el semblante de los culpables, la desenvoltura de una muger es una señal segura de su deshonra, porque á fuerza de abochornarse ya no se cor-

re, y si alguna vez el pudor no se pierde con la castidad, ¿qué debe pensarse de esta cuando aquella no existe?

¡Cuantos atractivos pierde una mujer en el momento que renuncia al pudor! si conociese su imperio le conservaría, sino por honestidad á lo menos por coquetería. El pudor no se puede remedar, y de cuantos artificios se practican para ello, el mas ridículo es aquel que se emplea en imitarle.



## EL CORAZON

### VERDADERAMENTE MATERNO.

**E**n 1783 llegó al puerto de\*\*\* un navío que venia de la India; el capitán que le mandaba desembarcó con los pasajeros una niña de diez y ocho meses que se apresuró á llevar á su

muger, diciéndole que el nombre y nacimiento de ella era un secreto, pues que al entregársela solo le habian encargado que la dejase en la primera casa de espósitos que hallase luego que estuviese en tierra, cuya pronta egecucion dejó á cargo de su muger, que prometió hacerlo inmediatamente.

Esta muger insensible á los tiernos cariños de la infancia, que reúnen el encanto y todas las delicias que mueven á compasion, se disponia á confundir esta triste víctima de la muchedumbre de aquellas á quienes la caridad cristiana da un asilo: ya le faltaba tiempo para deshacerse de una carga, que le parecia tan pesada, y se dirigió sin duda por disposicion del cielo, á casa de una madre de familia á quien contó la aventura, y el partido que iba á tomar. — Desgraciada criatura (fue la primera espresion de esta madre compasiva) ; como ha

podido una madre resolverse á cometer una accion tan bárbara! ¿Y que, estais resuelta á llevarla á la casa de espósitos? ¿No podré verla?

Al fin trageron la huerfanita en su cuna, y al descubrirla: ¡es un ángel! exclamó esta muger bien diferente que la del capitan, y despues de haberla besado mil veces y estrechádola otras tantas contra su seno, continúa: ¿será posible, señora, que tengais tan poca humanidad que abandoneis esta hermosa criatura á la merced de la caridad pública? ¡Mirad que interesante es, y como nos tiende sus manitas en ademan de suplicarnos que no la abandonemos! ¡Cuanto siento que mis facultades sean tan cortas! Las vuestras no os permiten... — No, yo me hallo en la imposibilidad de hacer nada, la familia de mi marido pesa toda sobre mi: ademas que no conozco quien sea esta criatura. — Señora, us-

ted no es madre.—¡No, gracias á Dios! y cada dia me doy el parabien; porque los hijos me hubieran sido insoportables. — Señora, vuestra indiferencia no me sorprende ya; yo que soy madre conozco todo el horror de la desgracia que aguarda á esta pobre huerfanita. Déjemela usted hasta mañana, y veré si en este tiempo soy bastante dichosa para libertarla de los males que la aquejan.

Efectivamente se la dejó, y no bien la hubo perdido de vista cuando volvió á prodigar mil y mil caricias á la indianita, diciendo: ¡Es posible que mi fortuna sea tan corta que no pueda hacer nada por esta criatura! ¡En este momento solo experimento la necesidad!

Los tres hijos de esta sensible mujer que venian de la escuela entran en la sala, se acercan á su madre que tenia aun en sus brazos á la niña des-

graciada , y dicen á un mismo tiempo: ¡Que hermosa es! La madre les cuenta su historia vertiendo lágrimas, y añade que está destinada á aumentar el número de las criaturas desgraciadas abandonadas á la caridad pública de un hospital. ¡De un hospital! esclaman los tres muchachos tan dignos de su madre; ¡mamá, mamá querida, quédemonos con ella, quédemonos con ella! y será nuestra hermana, ya que no tenemos ninguna.

¡Que placer, que regocijo es para un alma tan compasiva y tierna, el hallar en su familia la misma sensibilidad de que ella misma estaba animada! — Pero hijos míos, ya veis que somos pobres. — ¡Y qué mamá! partiremos con ella todo lo que nos dé usted, y los cuatro seremos vuestros hijos. — Sin embargo, nada puedo resolver sin consultar antes con vuestro padre. — ¡Oh! mamá, estamos segu-



ros que consentirá en ello , porque se lo rogaremos nosotros: ¡es tan bueno, y nos quiere tanto!

Luego que el padre llegó, vuelan estas criaturas amables á él, cada cual se disputa la preeminencia de ser el primero en hablarle de la jóven india, sin omitir ninguna circunstancia de la relacion que les ha hecho su madre. El padre accedió al fin á los deseos de su familia, animado de los mismos sentimientos de beneficencia; y la desgraciada india quedó adoptada por estas buenas gentes, y fue cuidada y tratada con los mismos miramientos y ternura que sus hijos.



## EL TRABAJO DE MANOS.

Esta práctica se ha generalizado bastante en nuestros días, y es muy hon-

rosa para las jóvenes. En los siglos remotos, que aun conservaban la simplicidad venturosa del mundo aun en mantillas, las señoras mas distinguidas por su clase se ocupaban en trabajos muy penosos, y que en el dia nos parecerian bajos y despreciables. Sara, que era rica y opulenta y tenia muchos criados, hacia la comida para los huéspedes. Rebeca y Raquel siendo aun muy jóvenes iban por agua á la fuente con cántaros muy pesados que traian en sus hombros. En casa de Alcino, rey de Feacia, que ejercia la hospitalidad con una magnificencia verdaderamente real, la joven princesa Nausicada, su hija, no se avergonzaba de ir ella misma al rio á lavar la ropa de su casa. El bello sexo ha conservado esta laudable costumbre del trabajo de manos en todos los paises y en todos los tiempos. Sabemos por la historia que Alejandro, el mayor

de todos los conquistadores conocidos y el emperador Augusto, dueño del universo, los vestidos que llevaban estaban hechos por sus madres, sus mugeres ó sus hermanas. El cristianismo nos da otros modelos no menos ilustres. Lo importante es el aplicar el trabajo de manos, no á labores frívolas, sino á cosas útiles y que sirvan para el uso ordinario; y así vemos muchas señoras que se han hecho un ajuar en todo ó en parte por sí mismas; lo cual tiene su mérito y debe ser estimado.



## DE LA URBANIDAD.

La urbanidad es un deseo de agradar, la naturaleza nos la da, y la educación y el mundo la aumentan; es un suplemento de la virtud, y aun se

dice que ha venido á reemplazarla al mundo desde el punto que aquella lo abandonó. En los tiempos antiguos en que habia mas virtudes, habia menos urbanidad: ha venido esta con la voluptuosidad, es hija del lujo y de la delicadeza, y aun se ha dudado si tiene mas del vicio que de la virtud. Nos será permitido manifestar nuestra opinion, sin que por eso nos atrevamos á decidirla ni definirla. Creemos que es uno de los mayores lazos de la sociedad, puesto que es la que mas contribuye á la paz, la que prepara á la caridad, y aun es una imitacion de la humildad. La verdadera urbanidad es modesta, y como su obgeto es agradar, sabe que el medio de conseguirlo consiste en hacer conocer que siempre se da á los otros el primer lugar en nuestra estimacion, y nunca se prefiere uno á sí mismo.

El orgullo nos separa de la socie-

dad, y nuestro amor propio nos da una calidad á parte, que se nos disputa casi siempre; la estimacion de si mismo que se hace conocer demasiado, nos hace despreciables á los ojos de todos. La urbanidad es el arte de conciliar con gracia lo que uno se debe á sí mismo y lo que debe á los demas; porque estas obligaciones tienen sus límites, pasados los cuales, ya no es sino lisonja para los otros, y orgullo para vosotros, que es la calidad mas seductora.

Las personas mas atentas, tienen generalmente costumbres suaves y calidades atractivas. Puede llamarse el cinturon de Vénus, que hermosea y da gracia á cuantos lo llevan, y con el cual no puede dejarse de agradar.

Hay muchos grados de urbanidad, y es mas esquisita á proporcion de la delicadeza del entendimiento, entra en todo, en los modales, en la con-

versacion, y aun en el silencio mismo.

La urbanidad verdadera no permite que se haga gala con altivez de su entendimiento y talento; y hay tambien mucha crueldad en manifestar uno su felicidad á la vista de los desgraciados. Para adquirir buenos modales, basta el trato de gentes, pero se necesita mucha delicadeza para que la urbanidad pase hasta el entendimiento. Con una fina y delicada urbanidad se cubren muchos defectos, y brillan mas las buenas calidades. Los que no tienen modales, necesitan de calidades sólidas, y su reputacion se forma muy lentamente. En fin, la urbanidad cuesta poco, y vale mucho.

**FIN.**



## ÍNDICES.

<i>El Barba Azul.....</i>	Pág.	1
<i>La Caperucilla Encarnada.....</i>		13
<i>Las Hadas.....</i>		17
<i>La Hermosa del bosque durmiente.....</i>		22
<i>El Gato maestro, ó con botas....</i>		45
<i>La Cenizosa, ó la chinelilla de vidrio.....</i>		55
<i>Riquet del Copete.....</i>		70
<i>El Pulgarcillo.....</i>		86
<i>La Diestra princesa, ó las Aven- turas de Finilla.....</i>		109
<i>Piel de Asno.....</i>		165

## EGEMPLOS MORALES.

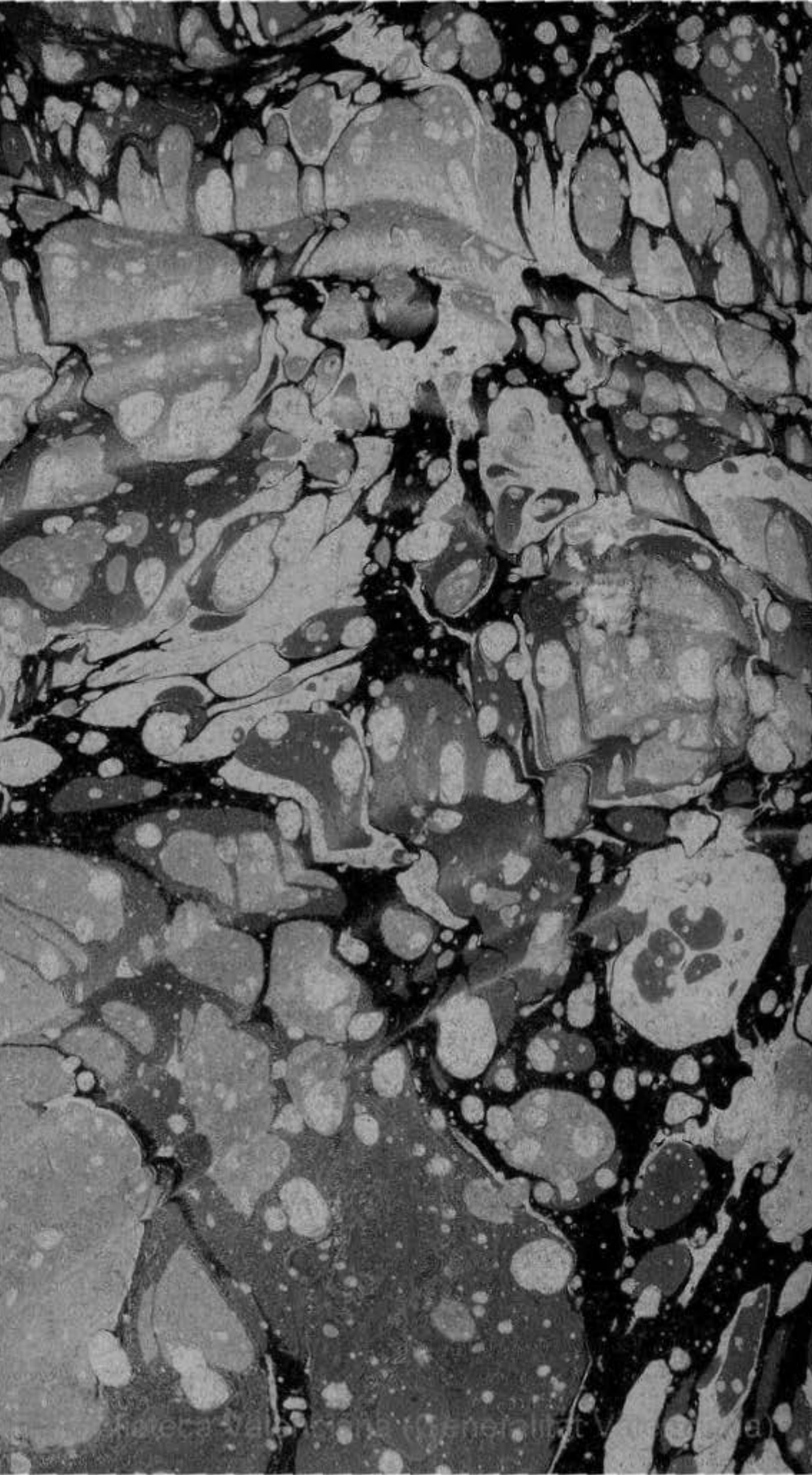
<i>La Joven sueca.....</i>	3
<i>La Huérfana reconocida.....</i>	7
<i>Ejemplo de fidelidad conyugal.....</i>	12
<i>La religion es el manantial de todas las virtudes.....</i>	15
<i>Del Pudor.....</i>	18
<i>Castidad, pureza, pudor.....</i>	20
<i>El corazon verdaderamente materno.....</i>	22
<i>El trabajo de manos.....</i>	27
<i>De la urbanidad.....</i>	29

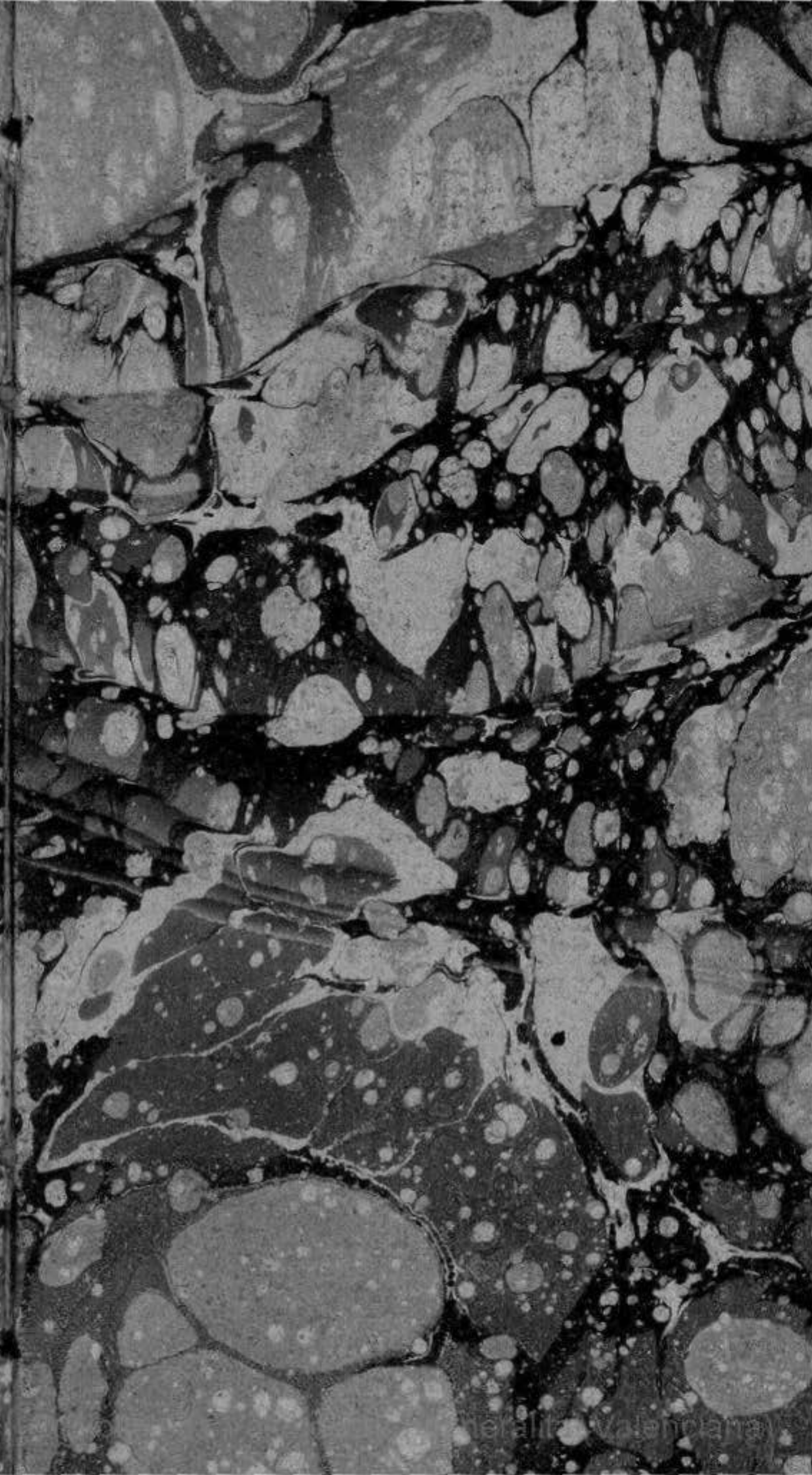


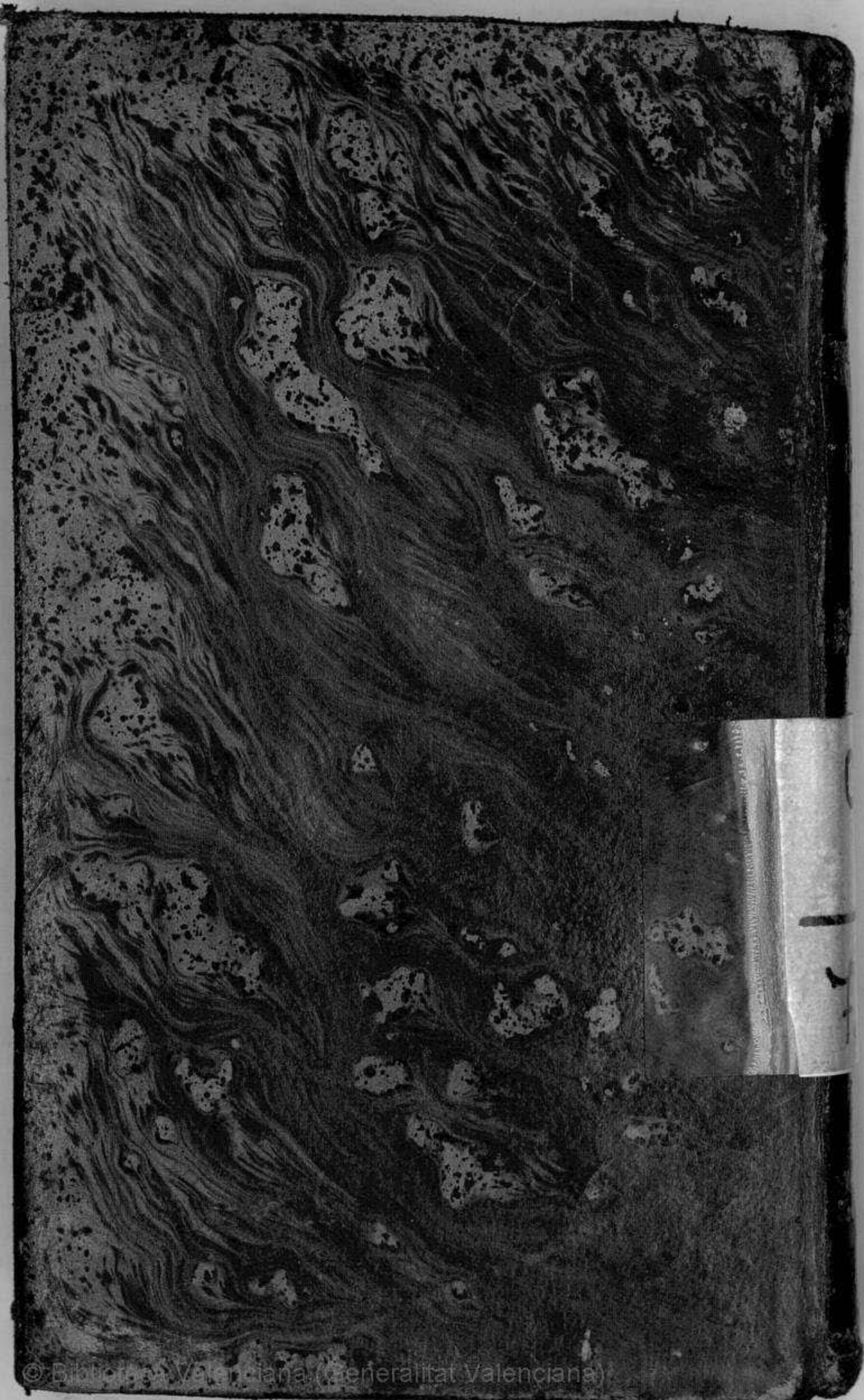


El primer libro de la obra	1
El segundo libro de la obra	7
El tercer libro de la obra	13
El cuarto libro de la obra	19
El quinto libro de la obra	25
El sexto libro de la obra	31
El séptimo libro de la obra	37
El octavo libro de la obra	43
El noveno libro de la obra	49
El décimo libro de la obra	55











BAKBA

AZUL



C.V.

7.502

